La luna dibuja tu nombre

SERIE BREATOWN, 3



DIANA DE BREA

LA LUNA DIBUJA TU NOMBRE

Serie Breatown 3

Diana de Brea

Derechos de autor de @DianadeBrea 2025
Maquetación: Diana de Brea
Cubierta: Diana de Brea
Registrado en CEDRO
Todos los derechos reservados, solo pertenecen a la autora.
Los hechos, algunos lugares y personajes aquí relatados son ficticios en su totalidad y cualquier semejanza a la realidad se debe a la más pura casualidad.
No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su incorporación a ningún archivo digital ni plataforma de venta sin el consentimiento escrito de su autora. Cualquier infracción de los derechos de autor y propiedad serán constitutivos de delito (art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com o 917021970).


La luna dibuja tu nombre
SERIE BREATOWN, 3
DIANA DE BREA

PRÓLOGO
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo

PRÓLOGO

Natalie

—Si sales por esa puerta, no pienses en volver—gritó detrás de mí.

Arrastré la maleta hacia la salida con el estómago encogido. Lo único que una hija espera de su padre, cuando se va a cumplir un sueño, es un abrazo y el deseo de que todo vaya bien. Pero no es lo que recibí.

Cuando llegué a la puerta del edificio me paré, dudosa. Los remordimientos me asaltaban de nuevo. Pensé por un momento en si debería quedarme y vivir la vida que mi padre había diseñado para mí, o alejarme y seguir con mis planes lejos de París.

Abrí la carpeta del móvil en la que había guardado todo lo relacionado con el viaje a Nueva York: el billete de avión, la reserva de la habitación en la residencia de estudiantes, el *dossier* con todo lo relacionado con el curso de diseño en el que me habían admitido, planos y direcciones de interés. Mi corazón latía con fuerza al verlo. Eso es lo que deseaba y no lo que mi padre me ofrecía. Aunque él no lo quisiera entender.

Cerré la puerta y subí al taxi, que ya me esperaba, con la mala conciencia martilleando mi cabeza y, a la vez, la esperanza de que mi padre entrara en razón y no dejara de quererme. Miré una vez más hacia la ventana del salón de mi casa, cuando el coche arrancó, y lo ví asomado tras la cortina. Las lágrimas empezaron a correr por mis mejillas, pero sabía que era mi última oportunidad de hacer algo decidido por mí. Si me quedaba, tal vez no tuviera otra. «Papá, ojalá

lo entiendas algún día y me apoyes. Te quiero», balbuceé para mí misma.

El taxi giró en la esquina de la calle en la que había vivido toda mi vida, y perdí el contacto visual con mi padre, que seguía de pie tras la ventana del salón. La imagen se quedó para siempre en mi memoria.

CAPÍTULO 1

Natalie

La lluvia golpeaba la ventana del avión con la persistencia de un pájaro carpintero. Fuera, la pista del aeropuerto de Charles de Gaulle era un mosaico de luces parpadeantes y figuras de viajeros en fila, que bajaban del autobús con las espaldas encorvadas para no mojarse la cabeza. Observé mi reflejo en la ventanilla, que apenas era una silueta desdibujada por las gotas de agua. No sabía si era el cansancio que acumulaba, o el peso de lo que dejaba atrás, lo que me mantenía en silencio, mientras el avión comenzaba a moverse por la pista de despegue.

«Si sales por esa puerta, no pienses en volver».

Las palabras de mi padre seguían rebotando en mi cabeza, como un murmullo persistente que dejaba un eco amargo en mi pecho. Apreté los dedos alrededor del pasaporte, la única prueba tangible de que todo lo que sentía era real, de que no estaba atrapada en una pesadilla de la que despertaría en cualquier momento, en mi habitación de París, con la vista puesta en el escaso trozo de cielo gris que alcanzaba a ver por el ventanuco de la buhardilla.

Pero no. Estaba allí. En un avión que me llevaría a una ciudad donde nadie me conocía, donde no era la hija de Charles Lambert, el modisto de renombre y guardián de un futuro que nunca quise.

Cuando el avión despegó, una presión sorda se instaló en mi pecho. No supe si era por la altura o por la certeza de que acababa

de cruzar un umbral invisible del que no sabía si habría vuelta atrás. Cuando tomamos una decisión, lo hacemos pensando que es lo mejor y así lo creía. Solo el tiempo dirá si las consecuencias de esa decisión nos han llevado por un camino equivocado del que no se puede regresar. Quería sacar de mi cabeza lo bueno de mi vida anterior para no hacer sombra a lo que me podía traer el futuro. Lo que tenía claro, y así se lo expliqué a mi padre, es que no quería ser la heredera de su casa de diseño y costura sin haber conocido otros mundos fuera de mi barrio parisino. Por eso, a pesar de no tener su consentimiento, había ahorrado para hacer ese viaje con toda la ilusión que me empujaba creciendo dentro de mí. No, no era posible echar la vista atrás y tirar mis sueños por la borda.

Aterricé en Nueva York con el cuerpo agarrotado y el corazón desbocado. Desde el momento en que bajé del avión, me sentí diminuta ante la inmensidad de la ciudad. El aeropuerto era un caos de voces, anuncios ininteligibles y pasos apresurados por todas partes. La gente caminaba con determinación, cada uno con su propio rumbo, como si supieran exactamente a dónde ir, mientras que yo me esforzaba por encontrar la cinta de equipaje y convencerme de que no estaba a punto de hacer algo estúpido, como dar media vuelta y volver a la tranquilidad del hogar con papá, ese lugar que trató durante años de hacerlo seguro para mí y para mi hermano.

Recogí mi maleta y me detuve un instante en la salida, con el viento frío enredándose en mi pelo. Inspiré hondo. Todo aquí era más grande, más ruidoso y más impersonal. París, a pesar de ser enorme también, era como un murmullo elegante y sereno, mientras que Nueva York era un latido acelerado, incesante y abrumador.

Sin embargo, en el fondo de todas esas emociones contradictorias, un cosquilleo me recorrió la piel por la sensación de estar al borde de algo que podía cambiar mi vida. Aunque volviera a casa al acabar mi formación, la Natalie del futuro sería mejor, más madura y menos miedosa que la que acababa de dejar París.

El autobús avanzó entre el tráfico denso de la ciudad mientras en mi mente repasaba los detalles que había memorizado como un conjuro contra el miedo y la falta de seguridad: la residencia estudiantil, el curso de diseño aplicado a la industria de la moda, la cuenta bancaria que había abierto con los ahorros de los últimos dos años y una maleta llena de sueños por cumplir.

Estaba preparada. Tenía que estarlo para vivir al máximo esta aventura en la que el arrepentimiento no tenía lugar.

Cuando llegué a la residencia, esperé sentir alivio, pero lo que me recibió fue un pasillo desangelado, paredes blancas y un colchón tan delgado que dudé que pudiera dormir bien. Aun así, cuando abrí la ventana, un resquicio de emoción me recorrió la piel al admirar la gran ciudad en la que iba a vivir y el murmullo constante se convirtió en mi nueva banda sonora. La realidad es que ya estaba allí. Sola, sí. Pero libre.

Las luces de la ciudad parpadeaban a lo lejos, difuminadas por el reflejo de mi aliento en el cristal cuando la cerré. Observé la silueta de los edificios, los taxis amarillos que invadían las avenidas y las diminutas figuras de las personas cruzando los pasos de peatones como si fueran parte de un enorme mecanismo que nunca se detenía. Me pregunté cómo sería formar parte de todo aquello, si alguna vez me sentiría una más en la ciudad o si siempre sería una extranjera que observa su vibración desde fuera, ajena a su realidad.

Deshice la maleta con movimientos mecánicos, ordené la ropa en los cajones diminutos y coloqué mis bocetos sobre la mesa. Mis diseños, los únicos fragmentos de mí misma que no habían cambiado en los últimos años, viajaron conmigo para no olvidar de dónde venía.

Me tumbé sobre el colchón y dejé que mi cuerpo se hundiera en él. Sentí la textura áspera de la colcha, el leve zumbido del tráfico en la distancia y, por primera vez en todo el día, sonreí, a pesar de las dudas y del miedo que seguían conmigo.

Me relajé pensando que al día siguiente empezaba una nueva etapa para mí y pensé en mi madre. Estaba segura de que ella me habría apoyado, de que le habría dicho a mi padre que él no tenía que diseñar mi vida a su conveniencia, y me habría abrazado en la puerta de embarque con lágrimas en los ojos como las que en ese momento recorrían mis mejillas. Busqué su foto en el móvil, que vi borrosa por culpa de mi llanto. Me sequé las lágrimas y respiré para recuperar la compostura antes de llamar a mi padre. No lo cogió y las lágrimas al sentirme más sola que nunca volvieron a brotar. Le escribí un mensaje para decirle que había llegado bien y llamé a mi hermano. Fred contestó al segundo tono.

—¿Ya estás en Nueva York?

Su voz me llenó de alivio, como si el océano que nos separaba no existiera.

—Sí. Estoy en la residencia.

—¿Cómo es?

—Pequeña. Fea. Pero tiene una ventana con vistas a la ciudad, que espero que me dé luz natural para dibujar.

Fred rio suavemente.

—Seguro que encuentras la forma de hacerla bonita. Siempre has tenido ese don.

Su comentario, y la confianza que me demostraba, me llegaron con calidez. El pecho se me llenó de su amor y me recordó que nada de lo que hiciera me haría perderlo.

—Gracias, Fred, por estar ahí.

—Siempre, pequeña. Y no te preocupes por papá. Se le pasará.

—Eso espero.

—¿Quieres saber qué creo que le molesta? Aunque no lo diga… Pienso que le duele que vayas al país del que huyó mamá. No entiende qué se te ha perdido allí, si aquí puedes estudiar lo mismo.

No te lo he querido preguntar hasta ahora, pero, Nat, sé sincera, ¿vas por ella?

Tardé en responder, porque mi hermano pinchó donde más me dolía, en ese sentimiento que algunas guardamos en un cofre protegido para que no se mueva, porque así no puede hacernos daño.

—No es el principal motivo, pero sí, ha ayudado a que tome la decisión. Quiero ir a su pueblo y conocer los lugares donde vivió y creció. Creo que eso me ayudará a entenderme.

—Yo te apoyo, Nat. Eres muy valiente y me gustaría visitarlos contigo. Solo quiero que entiendas que a papá le duela.

—No, Fred. A papá le molesta que no haga lo que él ha planeado para mí. Quiere que viva su vida y no la mía.

—Quizá sea un poco de todo. Ojalá pueda coger unos días libres para ir a verte. Te quiero. Papá te apoyará cuando lo acepte, ya lo verás. ¡Cuídate!

No estaba tan segura, pero en ese momento no importaba. Mi hermano estaba ahí, y tal vez, después de todo, no estaba tan sola.

Me despedí, y su voz fue lo último que escuché antes de cerrar los ojos. Afuera, la ciudad seguía latiendo con un ritmo que algún día sería el mío, y ese pensamiento me dio paz.

CAPÍTULO 2

Natalie

Los primeros días en Nueva York fueron frenéticos y pasaron con más rapidez de la que me hubiera gustado. No me daba tiempo a absorberlo todo. Los viví en una mezcla de emoción y agotamiento, una montaña rusa de sensaciones que me mantenía en un constante estado de alerta. Todo era nuevo: los edificios que parecían rozar el cielo, el ruido incesante de la ciudad, el bullicio de la universidad, incluso la manera en la que la gente sonreía y hablaba, la forma diferente de comportarse y la comida, sobre todo, la comida.

Sin embargo, lo que más me sorprendió fue lo pronto que encontré mi lugar. Tal vez porque aquí nadie me conocía, no había etiquetas ni expectativas familiares que cumplir. Yo no era la hija de Charles Lambert, ni la futura heredera de una casa de moda, ni la niña huérfana de madre criada por su padre y su hermano. Solo era Natalie, una estudiante más llena de ilusiones y una mochila pesada repleta de incertidumbre.

La universidad era un mundo en sí mismo, excitante y lleno de posibilidades. En clase, el murmullo constante de conversaciones en distintos idiomas me recordaba que no era la única extranjera en busca de su camino. Me resultaba fascinante ver cómo cada persona tenía una historia distinta, un propósito, una meta diferente que nos había llevado al mismo lugar. Lo sentía como una confluencia de caminos que se cruzan en una plazoleta, a la que todos llegábamos con una maleta llena de sueños.

No tardé en hacer amigas. Compartía la residencia con tres chicas que, sin darme cuenta, se convirtieron en mi refugio dentro del caos de la ciudad.

Hanna, de origen californiano, estudiaba fotografía y tenía una energía contagiosa. Siempre llegaba con una cámara en la mano, con la que captaba momentos aparentemente insignificantes y los convertía en pequeños relatos visuales.

Lauren, en cambio, era pura extravagancia. Diseñaba moda con un estilo atrevido y colorido, como si el mundo fuera un lienzo en blanco, donde no existía el miedo al error. Su entusiasmo por la vida era arrollador, y su confianza, contagiosa.

Becky, que estudiaba literatura inglesa, era la más reservada del grupo, pero cuando hablaba, lo hacía con una precisión que me impresionaba. Tenía un sentido del humor afilado, de esos que a primera vista pasan desapercibidos, pero que con el tiempo se vuelven indispensables.

Entre clases y cenas improvisadas en nuestra habitación, construimos una pequeña burbuja de risas y complicidad.

Mi cuarto dejó de ser el espacio impersonal y frío que me recibió la primera noche. Compré una manta de lana gruesa en tonos cálidos, una guirnalda de luces que colgué sobre el cabecero de la cama y unas láminas de arte que encontré en un mercadillo de Brooklyn y que pusé en la pared, junto a algunos de mis bocetos. Me llevé una de mis tazas favoritas de casa, una blanca con flores de lavanda pintadas a mano, y cada noche me preparaba un té caliente antes de dormir. No era París, pero poco a poco, la sensación de hogar comenzaba a instalarse en mi pecho.

Aun así, algo me inquietaba.

Mis ahorros no durarían para siempre y, aunque la beca cubría gran parte de la matrícula, necesitaba un trabajo para los gastos diarios.

—Una ciudad tan cara como esta se devora el dinero en cuestión de días —me dijo Lauren una noche, mientras mirábamos anuncios de empleo en su portátil.

—Por eso trabajo en una librería los fines de semana —comentó Becky—. Pagan poco, pero el ambiente es tranquilo y me dejan leer lo que me apetezca.

—Yo aún sobrevivo con los ahorros —admitió Hanna—, pero necesito encontrar algo antes de que me vea obligada a vender mi cámara. De momento he abierto una cuenta en Instagram para ofrecerme como fotógrafa. Mira que si me contratan para hacer las fotos de la boda de algún famoso, ¡sería mi lanzamiento al estrellazgo!

Todas nos reímos, aunque en el fondo, ninguna estaba bromeando sobre algo tan serio.

Al día siguiente, encontré un empleo en una cafetería cerca de la universidad. No era glamuroso, pero pagaban lo suficiente como para cubrir mis gastos básicos. El horario, sin embargo, era un castigo: empezaba a las seis de la mañana, antes de que la ciudad despertara del todo, para servir café a los más madrugadores. De ahí me iba a clase con el sueño pesando sobre mis párpados.

Mi primer día fue un desastre.

—¡Doble *espresso* sin azúcar para la mesa tres! —gritó un compañero desde el fondo.

Corrí a preparar la orden, pero al girarme demasiado rápido, choqué con otra camarera. El capuchino que llevaba en la mano terminó en el suelo, y salpicó mis zapatillas y parte del delantal. Pasé los siguientes cinco minutos limpiando entre disculpas, mientras el gerente me miraba con el ceño fruncido.

El segundo día no fue mucho mejor. El tercer día, después de mi turno, llegué a la universidad con las piernas temblorosas del cansancio. En mitad de una clase sobre historia del diseño, el sueño me venció.

—Natalie… —susurró Lauren, dándome un leve codazo.

Me enderecé de golpe y miré alrededor. Nadie parecía haberlo notado, pero la fatiga me envolvía como una neblina densa. No podía seguir así. Sobre todo cuando apenas llevaba una semana en el curso y ya sentía que mi cuerpo pesaba el doble de su peso real.

Esa misma tarde, mientras reorganizaba mi agenda para encontrar un resquicio de descanso, apareció una oportunidad inesperada.

Era viernes y la última clase del día transcurría con la lentitud de una película en cámara lenta. El profesor dejó una hoja sobre la mesa delantera y se apoyó en la pizarra con aire distraído.

—Para las que estéis buscando prácticas, una agencia de diseño gráfico necesita becarios. No es obligatorio, pero es una buena oportunidad para quienes queráis experiencia en ese campo. Decid que vais de mi parte.

Miré la hoja desde mi asiento.

No era mi rama. Yo quería diseñar moda, no logotipos ni campañas publicitarias. Pero pagaban mejor que en la cafetería y me contaba como prácticas laborales si lo gestionaba a través de la oficina de alumnos. Pero lo mejor de todo era que tenía horarios más flexibles y no tendría que madrugar tanto.

—¿Por qué no pruebas? —susurró Lauren a mi lado, a la vez que me daba un pequeño empujón con el codo—. Al final, todo diseño tiene su base en lo visual. Puede ser interesante.

No estaba convencida, pero tomé la hoja de todas formas.

—Si me aceptan, al menos dejaré de oler a café y bollos todo el día —bromeé.

Lauren rio y yo intenté que mi entusiasmo no se notara demasiado. Tenía claro que no se trataba del trabajo de mis sueños, pero era un primer paso para conseguirlos. Y en Nueva York, la ciudad de las oportunidades, un primer paso podía cambiarlo todo.

CAPÍTULO 3

Natalie

La agencia era un lugar diáfano, excepto por algunas salas acristaladas que se utilizaban para las reuniones. En la zona común, los diseñadores parecían hormigas trabajando cada uno a lo suyo sin molestarse. Cada tarde, al terminar las clases, cruzaba la puerta de cristal y me sumergía en un mundo de pantallas encendidas, bocetos sobre escritorios y teclados que sonaban a distintos ritmos. Había algo extrañamente reconfortante en la rutina de llegar, colgar mi abrigo en el perchero junto a la entrada y saludar a los compañeros con un gesto, antes de sentarme en mi escritorio. No era mi trabajo ideal, pero me gustaba ese ambiente que me hacía sentirme parte de algo, aunque aún estuviera aprendiendo a ser una más.

Llevaba apenas unos días como asistente de uno de los diseñadores de identidad de marca y páginas web. No tenía nada que ver con el diseño de moda, ni textiles, ni patrones, pero resultaba fascinante ver cómo los colores y las formas podían contar una historia sin necesidad de palabras. Mi trabajo consistía en realizar tareas sencillas como organizar archivos, buscar referencias, hacer pequeños ajustes en los proyectos cuando mi jefe me lo pedía, retocar imágenes y poco más. Al principio no me daban encargos importantes, pero poco a poco empezaba a comprender la lógica que había detrás de cada diseño, el porqué de cada trazo o tipografía elegida, y disfrutaba de las reuniones en las que el cliente explicaba qué quería y ellos lo transformaban en imágenes. Estaba descubriendo un mundo alucinante.

Lo que más me gustaba de la agencia era que hacía esquina y tenía unos ventanales enormes que daban a una calle llena de tiendas y cafeterías. En los descansos, solía apoyarme en el marco de la ventana de la cocina y observaba la ciudad con un café en la mano. Me gustaba imaginar la vida de las personas que pasaban por allí, preguntarme a dónde iban con tanta prisa, si alguna de ellas también estaba lejos de casa o si eran felices.

Un día, mientras revisaba una galería de imágenes para un cliente, una conversación entre dos compañeros, en la mesa de al lado, me distrajo.

—Nada como el lago Tahoe en primavera —decía uno de mis compañeros—. Es otra cosa, te lo juro.

—Siempre he querido ir, pero en invierno —respondió otro—. Dicen que la nieve allí es espectacular.

—Lo es. Pero en primavera es cuando de verdad se aprecia la belleza del lugar. Los colores cambian completamente, el agua se vuelve de un azul impresionante y los bosques recuperan su brillo. Hay rutas de senderismo increíbles y pueblos con mucho encanto.

El nombre del lago resonaba en mi cabeza como un eco. Sentí cómo mi cuerpo se tensaba, dejé las manos quietas sobre el teclado y los ojos fijos en la pantalla sin ver realmente lo que tenía delante.

El lago Tahoe. Mi madre había crecido allí.

No era algo de lo que habláramos en casa. Lo sabía porque mi padre lo había mencionado de pasada alguna vez, en conversaciones que se resistía a alargar, como si nombrar aquel lugar fuera invocar un recuerdo demasiado doloroso. Nunca había visto fotos de mi madre con su familia, ni escuchado historias sobre su infancia en aquel rincón del mundo. Lo único que tenía era la certeza de que, antes de mudarse a París y conocer a mi padre, aquel había sido su hogar. De París me traje una carta con una dirección y, cada vez que la sacaba, me temblaban las manos. ¿Me atrevería a ir allí alguna vez y conocer a mi familia materna? Era una de mis ideas cuando

elegí este país para mi posgrado, pero todavía no había dado un paso ni buscado ninguna información. No sé si era miedo, la sensación de traicionar a mis padres o qué, solo sé que me ponía excusas cada día para posponerlo. La casualidad me daba una primera oportunidad de indagar que no podía dejar pasar.

Me giré con aparente calma y fingí que seguía revisando imágenes en la pantalla.

—¿Qué hay allí para ver? —fingí curiosidad, como si solo estuviera buscando ideas para mis viajes—. ¿Lo recomendáis para una extranjera como yo?

Mis compañeros me miraron con curiosidad.

—Depende de lo que te guste —respondió uno de ellos—. Hay rutas de senderismo, miradores con vistas impresionantes, pequeños cafés con encanto, pesca… Es un sitio perfecto para desconectar del caos de la ciudad y yo creo que te daría una visión de los Estados Unidos muy diferente a la que vives aquí.

—Claro, no es Nueva York, eso seguro. Esto es una burbuja que no representa al resto del país —añadió el otro con una sonrisa—. Además, es ideal para descansar. Hay silencio de verdad y puedes respirar sin sentir que te llenas los pulmones de contaminación.

Sonreí despacio, con cara de estar procesando la información con verdadero interés.

—Suena interesante. Quizá vaya de vacaciones, después de los exámenes. Me vendrá bien y quiero hacer turismo de naturaleza. Gracias, chicos.

Lo dije sin pensarlo demasiado, como si fuera un plan improvisado. Pero en cuanto las palabras salieron de mi boca, supe que no era un simple comentario y que las ganas de hacerlo realidad bullían dentro de mí.

Pasé el resto de la tarde en piloto automático, realizando las tareas asignadas sin realmente concentrarme en lo que hacía. Cada

vez que mi mirada se posaba en la pantalla, en los logotipos en los que trabajaba mi jefe o en las páginas web en construcción, lo único que veía era la imagen de un lago inmenso, de aguas azules rodeadas de montañas.

Cuando volví a la residencia, ya había oscurecido. El aire aún era frío, pero tenía esa suavidad propia de los últimos días de invierno, cuando la primavera empieza a abrirse paso en las sombras sin que apenas lo notemos.

Subí a mi habitación, me puse cómoda y me metí bajo las sábanas con el portátil sobre las piernas. Respiré hondo antes de escribir las palabras en el buscador.

Lago Tahoe.

Las imágenes aparecieron de inmediato. Miradores con vistas espectaculares, aguas cristalinas y pinos altos que parecían tocar el cielo. La descripción hablaba de pequeños pueblos a orillas del lago, de cafeterías con terrazas casi al borde del agua, de senderos rodeados de vegetación que en primavera se llenaban de flores silvestres.

No sabía qué esperaba encontrar allí ni si aún quedaba alguien que hubiera conocido a mi madre y, más importante, que todavía la recordara. No tenía ni idea de si todavía existía la casa en la que había crecido. Lo único que tenía claro era que, por alguna razón que no terminaba de comprender, algo dentro de mí se había removido al ver aquellas imágenes.

Cerré el portátil y me quedé en la penumbra de la habitación, con la luz tenue de las farolas de la calle por toda compañía. Miré a través de la ventana y vi la luna, redonda como un queso, y pregunté: «Mamá, ¿quieres que vaya?». No hubo respuesta ni pasó nada que pudiera considerar una señal, como siempre que le hablaba desde que era niña, aunque mi padre me riñera cuando me veía hacerlo. Sin embargo, a pesar de que él lo negara, sé que lloraba cada vez que le preguntaba por ella, hasta que dejé de hacerlo para evitarle ese sufrimiento.

Un gato maulló en ese momento al cruzar la calle y yo me lo tomé como un sí. Algo se retorció dentro de mí y supe que la decisión estaba tomada.

CAPÍTULO 4

Natalie

Soñé con ella. No era la primera vez, pero en esa ocasión fue distinto. La imagen de mi madre apareció con una claridad abrumadora, como si el tiempo no hubiera pasado, como si pudiera extender la mano y tocarla. Estaba sentada en una terraza de madera que daba al agua, con el sol del atardecer reflejado en los mechones rubios de su pelo. Tenía la melena larga, suelta, y el viento la agitaba suavemente y la desordenaba sin que eso pareciera importarle. Siempre la había imaginado así, luminosa, con esa belleza natural que no necesitaba adornos.

Me sonrió al verme y alargó el brazo tendiendome la mano.

—Ven a buscarme —susurró.

Mi corazón se encogió en el sueño, un nudo de emociones que no lograba entender, me sobrecogió. Quise hablar, preguntarle por qué nunca me dejó conocerla, por qué en casa solo quedaban fragmentos de su recuerdo, pero las palabras no salieron de mi boca.

De pronto, todo se volvió borroso. El agua del lago se oscureció, la luz desapareció, y yo me vi sola en medio de la nada, con el viento helado golpeándome la piel y el sonido del agua inundando mis oídos.

Me desperté de golpe, con la respiración acelerada y la piel pegajosa por culpa del sudor. La habitación estaba en penumbra, solo iluminada por la farola de la calle, que reflejaba sombras en el

techo. Parpadeé varias veces, para sacudirme la sensación de angustia que me había dejado el sueño. Aún podía sentir la voz de mi madre resonando en mi cabeza, ese *ven a buscarme* que me había atravesado como un eco que no era capaz de ignorar.

Giré la cabeza y vi que Becky estaba despierta, apoyada en un codo, mirándome con cara de extrañeza.

—¿Estás bien? —Aunque adormilada, noté la preocupación en su voz.

Me pasé una mano por la frente, como si pudiera borrar los restos del sueño con un simple gesto, y sacudí la cabeza levemente a un lado y al otro.

—Sí… creo que sí. Solo… —tragué saliva, dudando.

Becky esperó en silencio, sin insistir, lo que de algún modo hizo que me fuera más fácil hablar.

—Soñé con mi madre —confesé en voz baja—. Nunca la conocí de verdad. Murió cuando yo era pequeña.

El rostro de Becky se suavizó.

—Oh, vaya. Cuanto lo siento.

Asentí con una pequeña sonrisa. No pretendía darle lástima; eso de ser huérfana hacía tiempo que lo tenía superado y por eso no lo solía contar. Era una circunstancia de mi vida que no tenía por qué definirme.

—Creo que me está diciendo que vaya al lago Tahoe, al pueblo donde nació y se crió.

La frase quedó suspendida en el aire. Becky me miró con curiosidad, como si estuviera analizando la veracidad de mis palabras antes de responder.

—¿Y qué te lo impide?

Suspiré, mirando al techo.

—No lo sé. Tal vez el miedo o porque ir supone que me tendré que enfrentar a todo lo que no sé de ella y que mi padre nunca me contó. A veces pienso que quizá no lo hiciera porque hay algo que no debo saber.

Becky se acomodó mejor en la cama y me observó con la mirada que mantenía cuando hablaba en serio.

—O porque a él le duele, sin tener en cuenta lo que tú necesitas. ¿Se lo has preguntado?

—Rehúye siempre la conversación.

—Nat, yo creo que, si tienes la oportunidad de descubrir más sobre su vida, lo hagas. Puede que encuentres algo que te haga sentir más cerca de ella. Al fin y al cabo es tu madre y tienes todo el derecho del mundo a conocerla mejor.

La escuché en silencio, mientras sopesaba sus palabras. Quizá tuviera razón.

Los exámenes del posgrado serían en menos de un mes. Luego tendría una semana libre antes de comenzar el segundo cuatrimestre y tenía dinero ahorrado. Podía hacerlo.

El mes pasó entre horas de estudio, clases, largas jornadas en la agencia y noches en las que, en lugar de dormir, recopilaba información sobre el lago Tahoe. Buscaba fotos, leía sobre sus pueblos, los pequeños negocios que seguían en pie, las rutas que bordeaban la orilla del lago. Cuanto más investigaba, más crecía en mí esa sensación de que ir era inevitable. Como si el destino hubiera estado guiándome hasta este punto desde que puse un pie en Nueva York.

La agencia se convirtió en mi segundo hogar. Al principio, había sido solo un trabajo temporal, pero con el tiempo, el espacio empezó a resultarme familiar. Los diseñadores con los que trabajaba dejaban de ser solo compañeros y empezaban a ser amigos. Las jornadas

tenían su propio ritmo: los saludos apresurados entre tazas de café, los correos que atender, las conversaciones sobre proyectos en medio del sonido inconfundible de teclados y clics de ratón.

Mi jefe empezó a confiar en mí más de lo que esperaba.

—Tienes buen ojo para esto —me dijo un día, mientras revisaba un boceto mío para un cliente—. Si quieres quedarte cuando termines el posgrado, aquí hay un puesto para ti.

Lo miré, sorprendida, porque no me lo esperaba y, además, no encajaba con mis planes.

—Pero… lo mío es el diseño de moda, es para lo que me he formado.

Él sonrió, apoyó los brazos en el escritorio, y reforzó su propuesta.

—Tenemos clientes en el sector de la moda. Pero si te gusta el diseño web, a qué se dedique el cliente no es tan importante. No subestimes lo que has aprendido aquí.

Su comentario se quedó dando vueltas en mi cabeza durante días. Siempre había pensado que venir a Nueva York era solo una etapa, un paso necesario antes de seguir mi camino real. Pero, ¿y si todo lo que estaba construyendo aquí tenía más sentido del que imaginaba?

La noche antes de los exámenes, me asomé a la ventana de mi habitación y miré la ciudad que nunca dormía. En el fondo, sabía que había tomado la decisión correcta al venir. Había aprendido más de mí misma y de mis posibilidades en estos meses que en todos mis años en París.

Lo que estaba por venir aún era un misterio, pero por primera vez, en lugar de asustarme, me llenaba de emoción. Empezaba a ser la Natalie que actuaba a pesar del miedo.

CAPÍTULO 5

Henry

El primer sol de marzo llegaba cálido a través de los ventanales de la cafetería literaria de mi hermana Ava. Fuera de *El Refugio del Lago* aún hacía frío, pero dentro el ambiente era acogedor, entre cafés y los estantes llenos de libros. La chimenea, aunque encendida, ya no ardía con la intensidad de los meses más fríos, y la brisa que se colaba cada vez que alguien abría la puerta, traía consigo el aroma fresco de la tierra que despertaba tras el invierno.

Ava había insistido en que nos reuniéramos allí en vez de en el almacén de la empresa. «Si tenéis que hablar de ideas nuevas, mejor hacerlo en un sitio inspirador», había dicho con una sonrisa amplia antes de marcharse a preparar los cafés. Y la verdad es que no era mala idea, ya que todavía no teníamos oficina. El murmullo bajo de las conversaciones, la calma de la gente que tomaba su café o té con un libro sobre la mesa… todo contribuía a que hubiera un ambiente relajado y pudiéramos trabajar. *El Refugio del Lago* era el tipo de lugar donde podías pasarte las horas sin darte cuenta.

—Si queremos que este año sea mejor que el anterior, tenemos que empezar a movernos ya —dijo Logan, al encender su *tablet* con gesto pensativo—. La primavera está a la vuelta de la esquina y, en cuanto el clima mejore, la gente empezará a buscar actividades al aire libre. Me ha dicho Daniel que tienen muchas reservas en las cabañas y debemos ser la primera opción para los turistas de Breatown y de los pueblos de alrededor, ¿no creéis?

—Sí, tienes razón.

Al otro lado de la ventana, en el exterior, los primeros brotes verdes asomaban en los árboles del camino que llevaba al lago. En cuestión de semanas, el paisaje cambiaría por completo. Los colores apagados del invierno darían paso al verde más chillón de los sauces y al azul cristalino del agua reflejaría un cielo sin nubes. Era mi época favorita del año, cuando Breatown despertaba de su letargo invernal y volvía a llenarse de vida.

—¿Qué tenemos planeado? —pregunté, tras apoyar los antebrazos en la mesa.

—Las rutas de senderismo siguen siendo nuestra actividad estrella —intervino Pete, revisando unas notas en su libreta—. Pero tenemos que diversificar. No podemos depender solo del turismo de montaña. Os recuerdo que tenemos que revisar las barcas y los aperos de pesca para las excursiones por el lago y ver si necesitamos reparar o comprar algo. A ver cuándo vamos al almacén.

Ava regresó con la bandeja de cafés y la dejó sobre la mesa con la eficiencia de quien conoce de memoria los gustos de todos.

—He oído vuestra conversación desde la barra —comentó con una sonrisa mientras se sentaba en la silla junto a Logan—. Lo que necesitáis es una estrategia.

—¿Estrategia? —repitió Logan, con una ceja arqueada.

—Sí. Una campaña de marketing.

Se hizo un silencio en la mesa y todos nos miramos los unos a los otros sin reaccionar, porque esas palabras nos quedaban grandes. No nos considerábamos empresarios.

—Uf —solté, pasándome una mano por la nuca—. No sabría ni por dónde empezar con algo así.

—Yo tampoco —admitió Pete—. No tenemos experiencia en eso.

Ava sonrió con suficiencia y giró la cabeza hacia la entrada.

—Entonces es buena idea que habléis con Charlize. Si en los demás pueblos se promocionan, no podéis quedaros de brazos cruzados, chicos. La competencia es dura.

Nos volvimos justo cuando Charlize cruzaba la puerta, envuelta en un abrigo color camel, el pelo suelto y expresión pensativa. Transmitía la misma seguridad elegante con la que había llegado a Breatown hacía un par de años, cuando apareció con la misión de diseñar un centro comercial, que terminó convirtiéndose en un proyecto de revitalización del pueblo.

—¿De qué tengo que salvaros esta vez? —preguntó, con una media sonrisa mientras se quitaba el abrigo y se acercaba a nuestra mesa, en cuanto se percató de que todos la mirábamos.

Ava le hizo un gesto para que se sentara con ellos.

—Están buscando ideas para atraer más clientes a la empresa de actividades de recreo del lago. Pero no tienen ni idea de por dónde empezar. El año pasado fue de prueba y ahora lo quieren profesionalizar.

Charlize dejó su bolso en el respaldo de la silla y nos miró con una ceja arqueada.

—Es una gran idea, chicos, necesitamos emprendedores como vosotros en el pueblo. Habéis hecho bien en llamarme. Venga, vamos a necesitar papel y algo para escribir.

Ava nos lanzó una mirada divertida antes de levantarse a por lo que había pedido.

—Vais a necesitar mucho más que eso. Pero primero, vamos a ver qué es exactamente lo que queréis lograr.

Mientras Charlize sacaba su portátil y comenzaba a hablar de estrategias, sentí cómo se instalaba en mi pecho esa sensación familiar que me acompañaba cada vez que el pueblo se preparaba para una nueva estación: el inicio de algo.

Lo que no podía imaginar en ese momento era que esa primavera traería consigo más cambios de los que nunca habría esperado.

CAPÍTULO 6

Henry

El aire tenía esa frescura propia de las mañanas de marzo, cuando el invierno aún no ha desaparecido, pero la primavera empieza a filtrarse entre las ramas desnudas. Caminaba por la orilla del lago con una mano en el bolsillo y la correa de Finn, el perro de Ava, sujeta con firmeza con la otra. El animal iba delante, husmeando la tierra húmeda, mientras removía las hojas secas con el hocico.

El paseo era un ritual que se repetía cada vez que mi hermana lo necesitaba, lo que venía a ser muy a menudo, pero hoy tenía la mente dispersa y la vista perdida, sin fijarme en el sendero que se extendía frente a mí. Miraba sin ver agobiado por todo lo que hablamos en la reunión. Charlize tenía razón. Necesitábamos ponernos serios. Si queríamos que la empresa de actividades creciera y no fuera solo un pasatiempo, teníamos que empezar a movernos como profesionales.

Finn tiró de la correa con fuerza y me sacó de mis pensamientos. Me detuve cuando él hizo lo mismo husmeando a los pies de un árbol. Miré hacia el lago y dejé que el silencio que emanaba me trajera calma e inspiración. El agua estaba tranquila, con leves ondulaciones que reflejaban la luz pálida de la mañana. Al otro lado, las cabañas de alquiler del complejo BreaLake, empezaban a encender luces aquí y allá, señal de que los primeros visitantes de la temporada ya estaban llegando.

Sentí una punzada de inquietud en el pecho. Ya estaban aquí y nosotros no habíamos hecho nada todavía.

Finn ladró y movió la cola con entusiasmo al ver a alguien acercarse por el sendero. Alcé la vista y reconocí a Manuel a lo lejos, con ropa deportiva y el ritmo pausado de quien disfruta de la carrera más que de la velocidad. Ambos se conocían porque Manuel, un español que estaba pasando una temporada en el pueblo, era amigo de mi hermana y no era raro verlos juntos.

Cuando llegó a mi altura, redujo el paso y se agachó para rascarle las orejas a Finn.

—Estás muy pensativo —comentó al enderezarse y observarme con su expresión tranquila de siempre—. ¿Va todo bien?

Solté una risa breve.

—Solo dándole vueltas a algo que Charlize nos dijo ayer sobre la empresa de actividades para turistas. Necesitamos promocionar nuestros servicios si queremos que esto sea sostenible.

Manuel asintió, pensativo. Se quitó los auriculares y los guardó en los bolsillos de su sudadera.

—No le falta razón; lo que no se ve, no existe. O eso dicen los que se dedican al marketing. Si quieres que la gente se interese por algo, tienes que contarles una historia que atrape su atención.

—¿Una historia?

—Míralo así —dijo, cruzándose de brazos—. Cuando alguien quiere venir a un sitio como este, no busca solo actividades. Lo que quiere es la experiencia. Un lugar con alma que le haga vivir algo diferente a lo que tiene cada día en su ciudad.

Me quedé en silencio, con la mirada fija en el agua del lago. Suspiré, vencido, y giré la cabeza hacia él.

—Suena bien, pero, ¿eso cómo se hace?

Manuel sonrió, con una expresión curiosa, que parecía que estuviera a punto de revelar una verdad oculta tras sus palabras.

—Empieza por la imagen. La gente necesita ver antes de sentir. Una campaña sin imágenes no tiene impacto. ¿Tienes fotos? ¿Videos? ¿Algo que muestre lo que hacéis?

Negué con la cabeza.

—Solo las que sacamos con el móvil el verano pasado.

—Entonces lo primero que tienes que hacer es mostrarle a la gente lo que se está perdiendo —dijo con un gesto de la mano, como si fuera lo más evidente del mundo—. Consigue imágenes de calidad, crea una historia detrás de lo que ofrecéis, algo que conecte. ¿Y marca? Necesitas una marca que os identifique, no sé, colores, un logo… Eso es, necesitáis un logo y una identidad. Eso es lo que he aprendido tras años de profesión.

—Dices lo mismo que Charlize, pero nosotros no tenemos nada de eso —reconocí subiendo los hombros. Cada vez lo veía todo más complicado y lejos de nuestras posibilidades. Seguro que todo eso era carísimo y nosotros solo éramos unos aficionados con mucha ilusión y poco dinero.

Manuel se estiró, listo para seguir corriendo.

—Si necesitas ayuda con textos o ideas, me avisas.

—Gracias —respondí—. Lo pensaré.

Lo vi alejarse por el sendero, cuando el sol comenzaba a brillar entre los árboles. Me quedé un momento más allí, para dejar que sus palabras tomaran forma en mi cabeza. Era demasiada información y debía de procesarla poco a poco. Finn se revolvió inquieto y decidí continuar el paseo. Cuando pasé por BreaLake, vi las casas ocupadas para el fin de semana y me agobié más aún. Necesitábamos hacer algo ya.

A la mañana siguiente, llegué temprano a la cafetería de Ava. El olor a café y al bizcocho de zanahorias de mi prima Harper me hizo la boca agua y mi estómago vibró ante la expectativa del desayuno. La chimenea aún ardía, aunque el calor era más suave que semanas

atrás. Saludé a Ava con un gesto y me dirigí a la barra, dispuesto a esperar a que terminara de preparar un pedido para que me atendiera.

Me giré para observar por el ventanal, pero mi mirada se quedó a mitad de camino al encontrarse con una chica que no era del pueblo. Estaba en una de las mesas junto a la puerta de cristal, con los codos apoyados en la madera, examinando unos planos desplegados frente a ella. Tenía el pelo largo, rizado y oscuro, y a ratos lo movía cuando algún mechón le tapaba los ojos. Vestía de forma sencilla, con un jersey beige de lana que parecía suave al tacto y unos vaqueros oscuros. Una mochila y una cazadora gruesa reposaban en la silla de al lado, lo que me indicaba que estaba sola.

No podía verle el rostro del todo, sin embargo, la elegancia de sus gestos y el perfil de su cara, me dejaron totalmente obnubilado, hasta el punto de que no sabía ni dónde estaba. En un solo segundo, todo lo que no era ella desapareció de mi alrededor.

Vi cómo preguntaba algo a Ava, mientras señalaba uno de los papeles. Mi hermana, que le servía un trozo de bizcocho y un café, le respondió con su tono amable habitual y luego, sin previo aviso, me miró y sonrió.

—Henry puede ayudarte con eso.

La chica levantó la vista y, si ya estaba medio atontado antes de verle la cara, en ese instante sentí que el estómago se me retorcía y me costaba respirar. ¿Qué mierda era eso? Tenía los ojos más bonitos que había visto en mucho tiempo, oscuros, expresivos y con un brillo que me desconcertó antes de que pudiera reaccionar.

Ella me miró con curiosidad y cautela, como si no estuviera segura de la recomendación de Ava.

—¿Eres guía? —preguntó.

Su voz era suave, con un acento que no reconocí de inmediato, pero que se quedó revoloteando en mi memoria. Ava se adelantó antes de que yo pudiera responder.

—Mi hermano conoce cada rincón de Breatown y del lago. Si necesitas orientación sobre rutas o lugares, es la persona indicada. Tiene una empresa de actividades turísticas, así que has llegado al sitio ideal —sentenció sin amilanarse lo más mínimo.

La chica sonrió con un gesto tímido y volvió la vista a los planos.

—Entonces tal vez puedas decirme cuál es la mejor opción para lo que busco.

Ava me lanzó una mirada divertida antes de volver a su trabajo y con un gesto me indicó que me acercara a la chica. Yo me aclaré la garganta y me levanté para llegar hasta su mesa.

—Depende de lo que estés buscando. Cuéntame.

Ella me miró de nuevo y me invitó a sentarme en la silla del otro lado. La chica alzó la vista de los planos y me sostuvo la mirada un instante antes de responder.

—Quiero conocer la zona, pero no como una turista cualquiera —dijo, deslizando la yema de los dedos sobre el papel desplegado—. Busco algo más… auténtico. Lugares que no aparezcan en las guías, rincones que solo los locales conozcan, las raíces de esta zona… No sé cómo explicarlo mejor, disculpa.

Su acento se hizo más evidente en esa frase. No era americana. Había una musicalidad en su voz, una cadencia distinta, que empezaba a ubicar porque me recordaba a mi estancia en París.

Ava, que seguía detrás de la barra, sonrió con una satisfacción sospechosa que me hizo sentir embaucado.

—Mi hermano es la persona perfecta para eso —comentó como si nada, mientras colocaba una taza vacía en la bandeja—. Es un enamorado del lago.

Me crucé de brazos, y la miré con los ojos entornados, buscando una explicación en su mirada que no encontré.

—No exageres, Ava.

—No lo hago —respondió ella con una sonrisa traviesa, antes de marcharse a atender otra mesa.

Volví la vista hacia la chica, que me observaba con cierta diversión en los ojos.

—Así que eres un enamorado del lago —dijo, apoyando el mentón en una mano.

Su tono no era de burla, pero había un deje de picardía en su expresión. Mi hermana me había puesto entre las cuerdas y la chica seguro que se había dado cuenta de mi incomodidad, no por ella sino por mi timidez.

—Digamos que lo conozco bien. Me he criado aquí y me dedico a enseñarlo —respondí, señalando los planos—. ¿Puedo?

Ella asintió, y giré el papel para estudiarlo mejor.

Los planos mostraban un mapa detallado del lago y sus alrededores, con algunas rutas de senderismo marcadas y anotaciones en los márgenes.

—¿Tienes algún sitio en mente? —pregunté.

Ella se quedó en silencio unos segundos antes de responder.

—Quiero conocer la zona, pero no como una turista cualquiera —repitió, mientras pasaba la yema de los dedos sobre el papel desplegado—. Me interesa explorar más allá de lo que aparece en internet, conocer los pueblos, la gente…

Su tono de voz, algo inseguro, me llamó la atención. Volví a mirarla. La forma de elegir las palabras y de frotarse las manos con nerviosismo, no terminaba de encajar con el típico visitante, que solo busca paisajes bonitos para relajarse o aventuras que lo sacaran de su tediosa vida de ciudad.

—¿Te interesa más la parte natural o la cultural?

—Las dos —contestó enseguida—. Pero… lo que más me gustaría es conocer los sitios donde la gente se reúne, los restaurantes donde

van los locales, las tiendas más tradicionales. Me gustaría saber cómo es la vida en un sitio como este, cómo son las personas que viven aquí… Esas cosas.

La observé con atención. Era extraño que quisiera hacer eso. A los turistas les interesaban las rutas de senderismo, las actividades en el lago, la pesca o los paisajes. Pero ella quería recorrer los pueblos, conocer la gente, los negocios familiares…

—¿Tienes algún interés especial en la zona? ¿No serás periodista? —pregunté con fingida indiferencia.

Ella se tomó un segundo antes de responder con extrañeza.

—¡Oh, no, no! Digamos que tengo curiosidad —dijo, dándole un sorbo a su café—. Me gustan los lugares con historia y tradiciones.

Sentí que había algo más que no estaba diciendo, porque generalizaba demasiado, pero no insistí.

—En ese caso, hay varios sitios que pueden interesarte. Si quieres comida casera, en Oakridge hay un restaurante familiar que lleva abierto generaciones. En Clearwater hay una panadería que hace los mejores pasteles de manzana que he probado en mi vida. Y en el pueblo más alejado, junto a la orilla sur, hay un café donde los pescadores de la zona se reúnen cada mañana a charlar.

Ella sacó el móvil de su bolso y anotó los nombres en una aplicación de notas.

—¿Crees que si paso por allí la gente querrá hablar conmigo?

—Depende de cómo lo hagas—. Me extrañó esa pregunta, ni que fuéramos ogros asociales…, pero la obvié.

—¿Cómo debería hacerlo?

Me apoyé en el respaldo, estudiandola.

—No preguntes como una turista y, mucho menos, como una periodista insistente que busca datos. Pregunta como alguien que realmente quiere escucharlos. A la gente de aquí no le gusta sentir

que solo son parte del decorado y, sobre todo a los más mayores, les encanta contar su vida.

Ella sonrió satisfecha.

—Eso tiene sentido.

Hubo un breve silencio. Su mano jugueteó con el extremo de una pulsera fina que llevaba en la muñeca.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo en Breatown? —pregunté.

—Una semana —respondió—. Pero si encuentro lo que busco, puede que vuelva más adelante.

—¿Y qué es exactamente lo que buscas?

Sus dedos se detuvieron un segundo sobre la pulsera, pero su expresión no cambió.

—Todavía no lo sé.

No insistí. Me di cuenta de su resistencia al ver que se ponía algo rígida y una sombra pareció cubrir sus ojos, por lo que no era buena idea preguntar más.

—Entonces puedes empezar con los pueblos más cercanos. Si quieres conocer cómo vivimos aquí de verdad, será un buen comienzo. Además, has venido en la mejor época, antes de que se llene de turistas.

Ella me sostuvo la mirada con un brillo que no supe interpretar, quizá era ilusión y eso me gustó.

—Te haré caso; suena perfecto.

La puerta de la cafetería se abrió cuando entró Harper y una ráfaga de aire fresco se coló en *El Refugio*. Vi cómo le dio un escalofrío de una forma que me provocó ternura. Afuera, el sol comenzaba a calentar la mañana y las calles de Breatown cobraban vida lentamente.

CAPÍTULO 7

Natalie

Estuve a punto de decírselo. Cuando recogí mis cosas y salí de la cafetería, lo pensé. Durante unos segundos, la idea de pedirle a Henry que me acompañara se instaló en mi cabeza con una naturalidad inesperada. No solo porque conocía la zona, sino porque, de alguna manera, hablar con él me había dado una sensación de seguridad que no experimentaba desde hacía mucho tiempo.

Pero no lo hice. Supuse que lo último que necesitaba era una extranjera con preguntas, que ni siquiera sabía cómo formular, y que tendría que trabajar. Además, no quería molestar a nadie ni tener que contar cuál era mi verdadera búsqueda.

Sacudí la cabeza y seguí caminando por la calle principal de Breatown, cuando los comercios empezaban a abrir. Sentía cómo el aire fresco de la mañana despejaba mis pensamientos mientras caminaba contenta por estar avanzando.

El camino hasta la cabaña que había alquilado era corto. Se llegaba por un sendero de grava que se apartaba de la carretera del pueblo y ascendía levemente hasta un grupo de casas de madera escondidas entre los árboles. No era un sitio lujoso, pero tenía lo que necesitaba: silencio, un buen ventanal con vistas al lago y la distancia justa del pueblo para no sentirme completamente aislada. Aunque ya comprobé que al menos dos cabañas estaban habitadas.

Crucé la puerta y dejé la mochila sobre la mesa del comedor. Me quité la chaqueta y fui directa a la maleta, donde tenía guardado lo más importante, lo que me había traído hasta ese lugar: el sobre

estaba algo arrugado por el paso del tiempo, pero seguía bien conservado. Lo sostuve unos segundos antes de sacarlo y desplegar la carta. Las palabras de mi madre estaban ahí, escritas con su letra fina y elegante. La había leído tantas veces, que la conocía de memoria. Era una carta que había encontrado entre las cosas de mi padre hacía años, pero que él nunca me había dado. Quizá porque dolía demasiado y, como me dijo mi hermano, porque pensó que no necesitaba saber más.

El problema era la dirección. El nombre del pueblo estaba borroso. Se había desvanecido con el tiempo, y solo se podía leer el de una calle sin el lugar al que pertenecía. Por eso estaba allí. Si quería encontrar a alguien que la hubiera conocido, tenía que averiguar por dónde empezar. Respiré hondo. ¿Y si voy a la biblioteca? Si había registros, viejas guías o, tal vez, un listado de calles de los pueblos de la zona, debía empezar por ahí. Me recogí el pelo en una coleta alta, guardé la carta en mi bolso y salí de nuevo, esta vez con un propósito claro.

La biblioteca de Breatown se encontraba en un edificio pequeño y encantador, con grandes ventanales que dejaban entrar la luz de la mañana. Dentro, el ambiente era algo frío, porque no había nadie en las mesas de lectura. Tras el mostrador, una joven pelirroja levantó la vista de un libro y me miró con interés.

—Te he visto antes —comentó con una sonrisa—. Estabas esta mañana en la cafetería de Ava.

Asentí con una sonrisa tímida.

—Sí, me llamó la atención este lugar y pensé que podría encontrar algo de información sobre la zona.

—Has venido al sitio correcto. Soy Harper, la prima de Ava y de Henry. ¿En qué puedo ayudarte?

La amabilidad en su tono hizo que mi tensión se relajara un poco.

—Busco archivos antiguos sobre los pueblos del lago. Registros de calles, quizás, o documentos que hablen de la vida de hace treinta o

cuarenta años.

Harper inclinó la cabeza, pensativa, al menos no le extrañó mi solicitud.

—Lo que tenemos aquí son sobre todo libros históricos y mapas antiguos, pero si buscas algo más específico, los archivos municipales están en el ayuntamiento.

El corazón me dio un pequeño vuelco.

—¿El ayuntamiento?

—Sí, está en este mismo edificio. Puedo acompañarte, si quieres. A esta hora nunca viene nadie a la biblioteca y en un rato me marcho, ¿sabes? Tengo un contrato de pocas horas aquí. También me encargo de las tartas de *El Refugio* —me contó como si fuera lo más normal del mundo, sin parar de hablar mientras cerraba.

La seguí a través de la biblioteca. Traté de que no se me notaran los nervios a pesar de que sentía cómo mi respiración se volvía un poco más rápida. Cruzamos una puerta lateral que daba a un pasillo iluminado con luces amarillas, y Harper me llevó hasta una sala, donde una mujer de mediana edad organizaba unos documentos detrás de un escritorio.

—Hola, Amanda —dijo Harper—. Esta es…

—Natalie —me adelanté, forzando una sonrisa.

—Natalie está buscando información sobre calles antiguas de la zona. ¿Podrías ayudarla?

Amanda se quitó las gafas de lectura y me miró con atención.

—Claro. ¿Tienes alguna referencia en particular?

Asentí y saqué la carta de mi bolso con manos temblorosas.

—Tengo una dirección, pero el nombre del pueblo está… borrado. Solo tengo la calle.

Amanda tomó la carta con delicadeza, leyó la dirección en silencio y luego me miró de nuevo.

—¿Y el apellido?

Tragué saliva.

—Walker —dije en voz baja.

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda al pronunciarlo. Era la primera vez que decía en voz alta el apellido de mi madre, aunque ellas no lo supieran. Amanda asintió con seriedad y comenzó a buscar en su ordenador. Harper me dedicó una sonrisa de apoyo antes de regresar a la biblioteca, y yo me quedé muy quieta, con el corazón desbocado y la sensación de que acababa de abrir una puerta de la que no había vuelta atrás.

Después de unos minutos, encontró la calle, pero su expresión se tornó dubitativa.

—Aquí está… pero hay un problema —dijo, girando la pantalla hacia mí—. Esta calle existía en varios pueblos alrededor del lago. Es bastante común.

Mi estómago se encogió.

—¿En cuántos pueblos?

Amanda repasó la lista.

—Cuatro. ¿Puedo ayudarte en algo más? El apellido que me das también es popular en estos pueblos. Necesitarás más datos si estás buscando a alguien en concreto.

Cuatro opciones. Cuatro posibles respuestas.

Agradecí su ayuda y salí del ayuntamiento con los nombres de los pueblos vecinos anotados en un papel. Estaba alegre, porque por fin había avanzado algo, pero agobiada porque no era suficiente.

Por la tarde salí a despejarme antes de que anocheciera; no podía pasar la semana sin ver el famoso lago junto al que creció mi madre. Caminé por un sendero que bordeaba la orilla y encontré un banco

de madera con vistas al agua. Me senté allí, abrí mi cuaderno digital en la *tablet* y repasé mis notas, acunada por la tranquilidad que se respiraba en ese lugar. El sonido de las olas, que rompían con extrema suavidad contra la orilla, me relajaba.

Perdida en mis pensamientos, pasé las páginas, trazando líneas con el lápiz, para tratar de organizar mi búsqueda. ¿Realmente quería hacerlo? Me daba miedo lo que pudiera encontrar. «Mi familia», dos palabras que me provocaban un hueco enorme en el pecho. Si los encontraba, quizá me abrirían sus brazos, o puede que me rechazaran por recordarles a esa hija que huyó de su casa.

—No parece un mal sitio para estudiar —dijo una voz a mi lado.

Me giré y vi a Henry, con las manos en los bolsillos y un perro precioso sentado a sus pies, que movía la cola con energía.

—No es exactamente estudio —respondí, y apagué la *tablet* antes de que pudiera ver nada.

Henry ladeó la cabeza con curiosidad y esbozó una media sonrisa que le iluminó los ojos.

—¿Entonces qué es?

Dudé un segundo para buscar una respuesta que no fuera mentira, pero tampoco desvelara la verdad.

—Notas de mi viaje. Me gusta registrar lo que descubro, planificar…, esas cosas.

No sé si le convenció mi contestación, pero tampoco insistió.

—Si estás decidiendo por cuál de los mejores rincones del lago empezar, te puedo acompañar y señalarte lo que no te puedes perder, para ahorrar tiempo.

Sonreí de medio lado y guiñé un ojo para evitar el sol, que me daba de pleno al levantar la vista, y poder verle la cara. Él se dio cuenta y se movió sin decir nada. Chico atento, pensé.

—Quizá lo haga.

Me miró en silencio unos segundos antes de hablar con una sonrisa amable que me calentó el corazón.

—Si quieres un sitio donde pensar sin que nadie te moleste, hay un mirador en lo alto de la colina. Se llega por un sendero que no mucha gente conoce.

Lo observé, preguntándome si me estaba ofreciendo ir en ese momento, de forma indirecta.

—¿Me lo enseñarás algún día?

Henry se encogió de hombros, como si la respuesta fuera obvia.

—Si me lo pides, por supuesto. Te guio cuando quieras.

—Tu perro es una preciosidad —cambié de tema al ver al animal moviéndose entre nosotros, atento a cada uno de nuestros movimientos.

—Se llama Finn y es de Ava. Con el horario de la cafetería le resulta complicado sacarlo de paseo y me suelo encargar yo. Somos buenos amigos.

—Vaya, y muy buen hermano, por lo que veo —sonreí y él se puso rojo.

—Bueno, te dejo con tus… notas de viaje —dijo con una sonrisa —. Nos veremos por el pueblo.

Lo vi alejarse por el sendero, mientras Finn corría a su lado. Me fijé en su andar seguro, de chico acostumbrado al campo, y en su cuerpo armonioso y atlético, y pensé que quizá no era mala idea que me acompañara. Tendría que preguntarle el coste de la excursión para contratarlo como guía.

CAPÍTULO 8

Henry

El café de Ava estaba lleno de ese murmullo matutino que convertía las mañanas de Breatown en algo especial. La chimenea crepitaba con un fuego suave, suficiente para quitar el frío de marzo sin hacer que el ambiente fuera sofocante. El aroma que emanaba de la máquina de café, en pleno rendimiento a esa hora, se mezclaba con el dulzor de los bizcochos y de la leña ardiendo.

—Vale, sí, pesados. La conozco y es preciosa —susurré para que Ava no me escuchara y saciar de una vez la curiosidad de mis amigos.

Logan soltó una carcajada en voz baja y Pete se acercó a mí con un gesto lento, como si estuviera rumiando la burrada que nos iba a soltar.

—Pero, preciosa en plan, ¿está buena?, o es que ahora te has vuelto cursi —dijo Pete con fingida indiferencia para burlarse de mí.

—No me fastidies —bufó Logan—. Así no se habla de una tía. Si le ha gustado a Henry, seguro que es especial. Este tío no se conforma con cualquiera. ¿Con cuántas has salido desde que volviste de París? Déjame decírtelo…. ¿ninguna?

—¿Y tú qué? —Pete arqueó una ceja—. Será que tienes tantas mujeres suspirando por ti que puedes dar lecciones a los demás. Henry al menos es guapo —bromeó y se llevó una colleja de Logan como respuesta.

Negué con la cabeza, ocultando la sonrisa tras la taza mientras pensaba en ella. Natalie no solo era guapa; había algo más en ella que me atraía mucho. No sé si era su forma de moverse, la mirada curiosa con la que observaba a su alrededor, su conversación, siempre interesante, o el porte tan diferente a las chicas de por aquí. Lo que fuera, me atraía e intrigaba de una manera distinta a las chicas que había conocido hasta entonces. Me gustaría conocerla mejor pero, lamentablemente, solo iba a estar unos días en Breatown. Me encantaba que el pueblo hubiera revivido gracias al turismo, pero se me hacía duro conocer gente interesante que solo estaba de paso y no volvía a ver en mi vida.

La puerta se abrió y entró Harper con su energía habitual, cargada con una bandeja en la que llevaba un bizcocho de limón recién hecho.

—He traído el bizcocho del mes —anunció, dejándolo en la barra con un golpe seco—. Cuidado que aún está caliente.

Ava se lo agradeció con una sonrisa y comenzó a cortar porciones mientras Harper se acercaba a nuestra mesa.

—¿De qué habláis? —preguntó, tras sentarse con nosotros con su café recién servido en la mano.

—De que Charlize nos ha dicho que tenemos que empezar por la página web —dijo Pete, cambiando de tema con rapidez—. Dice que antes de hacer cualquier otra cosa, tenemos que tener presencia *online*.

—Bien pensado —dijo Harper, apurando su bebida—. Pero eso significa que vais a tener que buscar a alguien que os la haga, porque no creo que vosotros sepáis algo más que abriros un perfil en Instagram.

—Exacto. Eso es lo que nos preocupa. ¿Y dónde vamos a encontrar a alguien aquí? —preguntó Logan.

—Podéis contratar a un profesional, pero eso os va a costar. Mucho. Internet está lleno de ellos,

—Perfecto —murmuré con ironía—. Más complicaciones.

Harper se encogió de hombros.

—Eso os pasa por no planificar.

—Eso nos pasa por no tener ni idea de marketing —replicó Logan.

—Bueno, os dejo con vuestras cosas de «emprendedores que no tienen ni idea» –se burló con un retintín en la voz.

Harper regresó a la barra donde se sentó a desayunar con Ava. En ese momento, la campanilla de la puerta sonó y un escalofrío recorrió mi espalda antes de que ni siquiera hubiera levantado la vista.

Era Natalie. Vestía un abrigo azul oscuro que le llegaba hasta la mitad del muslo, con un jersey de cuello alto también azul y vaqueros ajustados. Llevaba el pelo suelto y ligeramente despeinado por el viento, lo que le daba un aire casualmente elegante, como si no tuviera que esforzarse en absoluto para llamar la atención, porque ella la llamaba por el mero hecho de existir. Así de especial la veía.

Vi cómo Logan y Pete intercambiaban una mirada muy significativa. No hacía falta que dijeran nada para saber lo que estaban pensando.

—Tío, tenías razón. Esté buení… muy guapa. ¿Serán todas así en París? —susurró Pete sin apartar la vista.

—Si es así, nos hemos equivocado de país —bromeó Logan—. Ahora entiendo por qué estás en dique seco desde que volviste, has subido mucho el listón, amigo.

Puse los ojos en blanco y le di una colleja amistosa para que se callara. Natalie se acercó a la barra, donde Harper la saludó con un gesto y le señaló un sitio a su lado.

—Ven, desayuna conmigo —le dijo con naturalidad—. Te va a encantar el bizcocho de limón que acabo de sacar del obrador.

Ella se acercó con timidez y se quitó el abrigo, que dejó sobre el respaldo de la silla antes de sentarse.

Mientras Ava y Harper charlaban con Natalie sobre algo que no alcanzaba a oír, yo no podía dejar de observarla. No porque fuera guapa —que lo era—, sino porque me intrigaba. Tenía algo especial que la hacía diferente al resto. También percibí una actitud distinta a cuando la vi el día anterior en el café. Estaba más relajada, o quizás simplemente se sentía más cómoda en el pueblo.

En ese momento, Manuel entró en el café, con aspecto de acabarse de duchar y una bufanda enrollada en el cuello. Ava se levantó nada más verlo y, nerviosa, fue enseguida a atenderle.

—El café de siempre, por favor —pidió él. Su mirada se desvió un instante hacia Natalie, pero rápidamente volvió a Ava y le cambió la expresión. Sin duda, entre ellos había algo más de lo que confesaban.

Desde nuestra mesa, Logan y Pete seguían conversando sobre lo de la web. Natalie parecía absorta en su conversación con Harper, pero de vez en cuando sus ojos se desviaban sutilmente hacia nuestra mesa, como si estuviera escuchando sin intención de participar. Cuando terminamos el desayuno, Logan, Pete y yo nos levantamos para salir. Pete dejó un billete junto a su taza y Logan estiró los brazos con un bostezo.

—Nos vemos después —dijo Ava, sin levantar la vista de su café.

—Seguro —respondí con una sonrisa antes de seguir a los chicos hacia la puerta.

Salimos a la calle, donde el aire aún conservaba el frío de la mañana, y nos dirigimos hacia la zona del embarcadero, donde teníamos un pequeño almacén. Sin embargo, justo cuando cruzábamos la calle, escuché pasos detrás de mí.

—Henry.

Me giré. Natalie estaba allí, con el abrigo ya puesto, sujetando su bolso con una mano y con la otra metida en el bolsillo.

—He oído que necesitáis una web —dijo sin rodeos—. Puedo ayudaros con eso. Dice Harper que no conocéis a nadie que se dedique a ello por aquí.

Me quedé en silencio un instante, sorprendido por una oferta tan directa como inesperada.

—¿Tú sabes?

—Trabajo en una agencia de diseño en Nueva York. Llevo meses haciendo webs e identidades visuales para empresas.

Fruncí el ceño, analizando sus palabras que me llegaban como caídas del cielo.

—¿Me lo dices en serio? Ya es casualidad.

Se encogió de hombros.

—Bueno, es mi trabajo. Si te interesa, ya sabes, os echo un cable estos días.

Se giró para irse, pero no se lo permití.

—Espera, espera, me interesa. Bueno..., si lo aprueban mis socios —añadí y señalé a mis amigos, que ya se habían alejado lo suficiente para no enterarse de nada—. ¿Cuánto cuesta eso?

Se tomó un segundo antes de responder.

—Puedo hacerte un presupuesto de amigo si me llevas a los sitios que necesito conocer.

No aparté la vista de ella. Me daba la sensación de que había algo más que no me contaba, pero no insistí.

—De acuerdo —dije al final—. ¿Cuándo empezamos?

Ella me contestó con una sonrisa, discreta, pero que le iluminó la cara.

—Cuando quieras.

Me daba igual si mis amigos estaban de acuerdo o no. Solo pensar en que iba a compartir con Natalie los días que le quedaban en Breatown, compensaba cualquier comentario de ellos, y no me iba a exponer a que dijeran que no.

CAPÍTULO 9

Natalie

Regresé a la cafetería mientras Henry iba a buscar a sus amigos. El aire seguía fresco al cruzar la puerta, pero dentro el ambiente tenía esa calidez tranquila, que ya había comenzado a resultarme familiar. No era solo el calor atrapado en las paredes de madera gracias a la chimenea de la sala de lectura, sino la sensación de que en este lugar todo tenía su propio ritmo, más pausado o, quizá, más consciente.

Me senté en la misma mesa de antes, y coloqué la *tablet* frente a mí, mientras dejaba que mis pensamientos fluyeran. Desde mi sitio, observé a Ava en la barra, que charlaba con una señora de pelo cano, muy elegante, mientras preparaba algunos pedidos que la camarera, Sally, entregaba a los clientes. De vez en cuando, las risas quedaban atrapadas en el aire, mezcladas con otros sonidos propios de una cafetería en hora punta. No me giré cuando la puerta volvió a abrirse, pero supe que era Henry, incluso antes de que su voz se colara en mi conciencia.

—Aquí estamos —anunció, y al alzar la vista vi a Logan y a Pete detrás de él, ambos con expresión curiosa.

Se sentaron frente a mí, sin dejar de mirarme, con la misma actitud relajada con la que alguien evalúa a una persona nueva en un grupo. No parecían desconfiados, más bien interesados en esta oportunidad caída del cielo que podía solucionar sus problemas.

Henry, en cambio, se sentó en la silla con el ademán de quien ya ha tomado una decisión y está seguro de ella.

—Entonces —dije, abriendo mi aplicación de diseño de proyectos en la *tablet*—, empecemos.

Les expliqué lo que necesitaban para diseñar una web funcional, cómo debían transmitir la esencia de lo que hacían y la importancia de tener una identidad visual coherente. No tardé en darme cuenta de que Henry era el que más se implicaba, aunque fingiera que todo esto le daba un poco igual. Logan y Pete intervinieron de vez en cuando, pero era la disposición que mostraba Henry y la forma en la que parecía analizar cada cosa, tomando notas y preguntando, lo que me hizo pensar que, para él, era más importante que para los demás. Se notaba que llevaba las riendas del negocio.

—Así que necesitamos un logo y una imagen que nos identifique —resumió Logan, apoyándose en la mesa con aire pensativo.

—Exacto —asentí—. Algo que identifique a la empresa sin necesidad de dar explicaciones.

Logan y Pete se mostraron atentos mientras yo hojeaba mi cuaderno de notas en la *tablet*. Henry, sentado frente a mí, mantenía los brazos cruzados sobre la mesa con expresión concentrada. De vez en cuando arqueaba una ceja y anotaba lo que le llamaba la atención.

—Para ello, lo primero que necesitamos —dije, pasando una página— es definir bien lo que vais a proyectar. ¿Cómo queréis que os vean quienes visitan vuestra web?

Logan se encogió de hombros.

—Como los mejores guías del lago con las actividades más increíbles que puedan encontrar.

Le miré con una sonrisa.

—Eso está bien, pero no es suficiente. Necesitáis una imagen coherente, algo que os diferencie de otras empresas similares, que

seguro que en el lago hay muchas.

—Queremos que la gente sienta que estar con nosotros no es solo hacer una excursión —intervino Henry—. Es una experiencia completa e inolvidable.

Levanté la vista y me encontré con su mirada.

—Ese es un buen punto de partida.

Tomé nota mientras ellos discutían ideas. Se notaba que Henry era el que más se involucraba, aunque intentara disimularlo. Su voz tenía un tono seguro cuando hablaba de lo que hacían, de cómo querían que los visitantes recordaran sus excursiones, de lo especial que era el lago y de lo importante que era mostrarlo en su mejor versión.

—Podemos empezar con un logo y una identidad visual sencilla —concluí, cerrando mi *tablet*—. Algo que transmita naturaleza, aventura, pero también ese lado acogedor que tiene Breatown. Después, nos pondremos con la web. El próximo día os muestro varias plantillas para que elijáis.

Henry asintió con una ligera sonrisa y dejó escapar un suspiro, pero no me pareció de desánimo; más bien intérprete que tenía demasiadas ideas enredadas en la cabeza, y buscaba el hilo suelto que pudiera deshacer el nudo. Apartó la vista del lago y la fijó en la mesa, trazando distraídamente un círculo con el dedo sobre la madera gastada.

Lo observé en silencio, memorizando el gesto, la leve tensión en su mandíbula y la manera en que su pecho subía y bajaba con respiraciones pausadas. Era un hombre que analizaba antes de hablar, que parecía medir el efecto de cada palabra antes de soltarla; me daba la sensación de ser alguien a quien no le gustaba decir nada que no estuviera seguro de sentir.

Me sorprendí preguntándome en qué pensaba, si lo que le inquietaba era solo la empresa de actividades o había otras

preocupaciones en el torbellino de pensamientos que parecía atraparlo.

La luz de la lámpara incidía en su perfil de una forma que resaltaba los tonos más claros de su pelo, que se mezclaba con los reflejos rojizos de algunos mechones, algo que tenía en común con su prima Harper. Me fijé en la forma en que su frente se fruncía apenas un poco y en cómo su mirada se perdía en un punto indefinido. Una punzada en mi pecho me hizo sentir la urgencia de conocerlo mejor, aunque era del todo inconveniente.

Era atractivo, sí. Cualquiera podía verlo. Pero lo que más me inquietaba no era eso, sino la sensación de que, en ese momento, yo quería descubrir lo que había detrás de esa mirada tan intensa, qué pensamientos escondía detrás de ese aire tranquilo y, a la vez, ligeramente distante.

Él levantó la vista de pronto, como si hubiera sentido mi mirada, y me sorprendí al no apartar la mía. En vez de eso, mantuve el contacto un poco más de lo correcto entre desconocidos, y pude ver cómo la sombra de una sonrisa se insinuaba en sus labios.

—Tienes razón. —Apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó los dedos tomando el mando de la reunión—. Todo lo que propones tiene sentido.

No era una respuesta vacía. El entusiasmo con el que habló era el empuje que necesitaban los demás para meterse en el proyecto en serio.

—¿No estabas convencido hace un momento? —pregunté, arqueando una ceja.

Él ladeó la cabeza, sin apartar la mirada de la mía.

—No estaba seguro, la verdad. Todo esto es nuevo para nosotros y se nos hace un mundo. Ya veo que es mucho más que llevar nuestras redes sociales.

—Así es. Es mucho más y por eso hay agencias como la mía que se dedican a esto para que los clientes puedan dedicarse a lo que saben hacer.

—Sí, lo sé. Nos va a venir bien tu ayuda, ¿verdad, chicos? —rompió la burbuja en la que me había metido al hacer partícipes a Logan y Pete, que afirmaron con entusiasmo—. Gracias.

—De nada. Recordad, id pensando en la imagen que queréis proyectar, haced una lista de servicios y buscad fotografías. Cuando lo tengáis, nos volvemos a ver. Ah, muy importante, hay que comprar el dominio para la web. ¿Ya tenéis el nombre decidido?

—Vamos a discutirlo. Chicos, tenemos trabajo. Gracias, Natalie.

Mi nombre en su voz me invadió de una calidez que no esperaba. Apreté una mano contra la otra con el firme propósito de no alterarme por algo que no comprendía, y él siguió hablando.

—Mañana te llevaré a hacer una ruta por los pueblos que comentamos. Así podrás preguntar por lo que buscas y yo cumpliré mi parte del trato.

Sonreí. Me humedecí los labios, sin saber qué responder, así que dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Lo estoy deseando.

A la mañana siguiente, Henry ya me esperaba frente a la cabaña cuando salí. Estaba apoyado en la puerta de su todoterreno, con los brazos cruzados y el pelo despeinado por el viento, y pensé de inmediato en la imagen de James Dean junto a la camioneta con aire despreocupado y una ceja levantada. Ese aspecto relajado era parte de la esencia de Henry, aunque seguro que dentro de él vivía una selva de emociones. El sol de la mañana perfilaba el contorno de su cuerpo, sin chaqueta a pesar de que aún hacía fresco, y a mí simplemente me pareció un momento mágico en el que la belleza de Henry y la del entorno se mimetizaban creando una imagen que jamás he borrado de mi mente. Creo que lo que sentí en ese

instante fue un comienzo de algo que borré de inmediato de mi cabeza. Solo era mi guía y yo tenía un objetivo concreto en los alrededores de Breatown. Nueva York y la segunda parte de mi posgrado me esperaban en unos días y nada haría que perdiera una oportunidad que me costó tanto encontrar. Y después…, mi futuro era una página en blanco; tal vez volver a París o buscar un trabajo en Nueva York.

—¿Lista para la aventura, francesa?

Negué en silencio con una sonrisa amplia mientras me subía al coche.

—Lista. Pero sin apodos, por favor —me hice la ofendida, con la mano sobre el pecho, y él se dio cuenta, porque rio por lo bajo antes de arrancar, y pronto nos adentramos en la carretera que serpenteaba entre los bosques.

El paisaje a nuestro alrededor era sobrecogedor. Los árboles altos se alineaban en ambas orillas del camino. Me gustaba la imagen de la carretera con las sombras de los árboles bailando sobre ella y la alternancia de sol y sombra sobre nosotros. De vez en cuando, el lago aparecía entre los claros, reflejando el azul brillante del cielo con una serenidad que contrastaba con el ligero traqueteo del coche sobre el asfalto.

—¿Solo lleváis un año con la empresa de actividades?

—Más o menos. Yo tengo un gimnasio en el centro comercial donde está la cafetería de mi hermana, el BreaSport, y con los chicos surgió la idea de ampliarlo con actividades al aire libre para los turistas. El año pasado organizamos algunas excursiones para los clientes de las cabañas y, con lo que ganamos, hemos comprado más material. Aún estamos con el papeleo para ser una empresa.

—Sois un pueblo muy emprendedor. Es muy buena idea.

—Según lo mires, tuvieron que venir Daniel y Charlize para hacernos despertar –rio aunque no entendí muy bien qué quería

decir–. Y tú, ¿estudias diseño y trabajas? —preguntó Henry, sin apartar la vista del camino.

—Sí. —Cruce las manos sobre mi regazo, nerviosa, porque no me apetecía hablar de mí, aunque lo hice, midiendo las palabras—. Siempre me ha gustado la moda, pero a mi manera. Mi padre es modisto, ¿sabes? Me he criado entre hilos, telas y patrones. Él quería que siguiera sus pasos…, en todo.

—Déjame adivinar. ¿Quiere que trabajes en el negocio familiar?

Solté una risa seca; creo que el tono de mi voz me traicionó.

—Exacto. Mi padre tiene una casa de modas en París y quiere que yo tome el relevo cuando se jubile.

Henry silbó con un gesto apreciativo.

—Eso explica muchas cosas.

Lo miré con una ceja arqueada.

—¿Qué cosas?

—Tu forma de hablar, de moverte… Se nota que vienes de un mundo elegante.

Me reí con diversión y, a la vez, molesta. No me esperaba que él creyera esos tópicos tan aburridos.

—Eso suena terriblemente estereotipado.

—Tal vez —admitió—, pero no lo digo como algo negativo. Viví seis meses en París con una beca de estudios. Me encantó y me sirvió mucho.

—¿Te sirvió? ¿Para qué? No te imagino en una ciudad como la mía.

—Exacto. Para eso me fue muy útil. No tenía claro qué hacer con mi vida y me propuse explorar un poco, total para saber lo único que tenía claro: que donde quiero vivir es en Breatown, y entonces quise

ligar mi trabajo a ayudar al pueblo. Lo curioso es que tuve que alejarme para verlo más claro. Fueron seis meses reveladores.

—¡Vaya! Te admiro por eso. —No lo dije por quedar bien; es algo que sentía y que también envidiaba. Me mordí el labio inferior al pensar en ello mientras miraba por la ventanilla, disfrutando del maravilloso paisaje del lago Tahoe. Me divirtió la coincidencia, pues yo también me había alejado de mi vida en París para poder observar mi futuro con perspectiva. ¿Descubriría que es lo que he vivido siempre lo que quiero en realidad, como le pasó a Henry?

El coche avanzó por una carretera más estrecha, que nos condujo hasta un pueblo junto al lago. Bajamos, y la sensación de estar en un lugar atrapado en el tiempo me invadió de inmediato.

Las casas de madera, los carteles desgastados sobre las tiendas, el olor a flores y guisos que flotaba en el aire…, todo tenía un encanto antiguo y acogedor. Caminamos en silencio por la calle principal hasta que me detuve frente a un pequeño café con mesas de hierro forjado en la entrada.

—Este sitio es precioso —murmuré, observando los detalles de la plaza.

—Es uno de mis favoritos —dijo Henry—. Aquí la vida es muy sencilla. Aunque en temporada alta se pone a reventar de turistas, ahora es una gozada. Me alegro de que te guste.

Nos sentamos y pedimos unos cafés y unos rollos de canela cuyo olor me llegaba nítido y despertaba en mí algo más que hambre: recuerdos muy lejanos, una sensación que hacía tiempo que no tenía y pensé que quizá mi madre los cocinó alguna vez. Aproveché para preguntar a la dueña del local.

—¿Conoce alguna familia Walker por aquí?

La mujer frunció el ceño, pensativa.

—Hace años que no escucho ese apellido, aunque es de la zona. Creo que vivieron aquí hace mucho, pero no estoy segura de si

queda alguien.

Un nudo se apretó en mi pecho mientras anotaba sus palabras en mi aplicación de notas.

—¿Pasa algo? —preguntó Henry, con el ceño levemente fruncido.

Negué con la cabeza.

—Nada. Solo que…, vale, creo que mereces saberlo, aunque solo sea por el favor que me haces al traerme aquí. Walker es el apellido de soltera de mi madre.

Él no dijo nada al principio, pero su mirada permaneció anclada en mí durante unos segundos mientras pensaba en algo. Era de esas miradas que están fijas en un objeto, pero no lo ven porque está abstraído en un pensamiento. No hizo ninguna pregunta y eso me extrañó. Había esperado algo de curiosidad sobre mi origen americano por parte de madre. Su falta de interés me molestó, pero pensé que en su trabajo no debe de hacer más preguntas de las necesarias o los turistas se pueden sentir intimidados. Respeté su silencio, a pesar de la incomodidad que me produjo.

Volvimos al coche y seguimos la ruta. Henry me llevó a otro pueblo a la orilla del lago, donde las casas de colores se reflejaban en el agua. Pasamos por una tienda de antigüedades, un mercado con puestos de productos de artesanía local y una iglesia con una torre blanca, que destacaba entre los tejados oscuros. Nos detuvimos a descansar en un restaurante con vistas al lago y almorzar. El sol brillaba sobre la superficie del agua, y una ligera brisa movía las cortinas de la terraza.

—¿Por qué quieres encontrarlos? —preguntó Henry, casi susurrando cuando el camarero se alejó, manteniendo así el tono confidencial.

Me sorprendí, porque ya pensaba que se había olvidado de ese tema. Pasé un dedo por el borde de mi vaso antes de responder.

—Porque siento que hay una parte de mi historia que no conozco. Mi madre falleció cuando yo era muy pequeña y no sé nada de ella ni de su familia. Me gustaría conocer la casa en la que creció y sus motivos para dejar este lugar tan bonito… Es como si necesitara rellenar huecos de mi puzzle interior, pero no tuviera las piezas. Quiero encontrar esas piezas que me faltan.

Henry asintió lentamente.

—Tiene sentido.

—¿No vas a decirme que estoy perdiendo el tiempo, que todo esto es inútil y solo me va a causar frustración?

Él sonrió de medio lado tras escuchar esas frases tan negativas, que resumían el mensaje de mi padre, y me martilleaban la cabeza cada vez que decidía dar un paso hacia la vida de mi madre.

—No. Solo que… a veces lo que encontramos no es lo que esperábamos. Creo que es un reto hermoso, pero que debes estar preparada para lo que encuentres.

Sostuve su mirada y sentí que, de alguna manera, Henry entendía lo que quería decir sin necesidad de explicarlo. Lo que no sabía era la razón de esa certeza, pero una especie de pudor no me permitió preguntarle. Me di cuenta de que Henry era de esas personas que necesitan procesar las cosas antes de hablar. Y de la misma manera que a mí me preguntó sobre mi búsqueda pasado un tiempo, él me contaría su experiencia en otro momento, cuando se sintiera preparado.

Al acabar de comer, pasamos por la calle cuyo nombre coincidía con la dirección del sobre de mi madre. No esperaba que el lugar me diera ninguna respuesta inmediata, pero caminé despacio, fijándome en cada detalle. La acera de piedra tenía algunas grietas antiguas, las farolas de hierro forjado reflejaban los rayos de sol y los escaparates de los comercios exhibían carteles escritos a mano, con la caligrafía cuidada que solo se ve en los sitios donde aún se valora lo artesanal.

Llegamos al número que indicaba la carta. Coincidía con una librería que estaba en un edificio de ladrillo con un toldo azul marino descolorido por el sol. Sobre la puerta, un letrero de madera tallada anunciaba su nombre: *Silver Lake Bookstore*, la librería del lago de plata, traduje Me detuve sin pensar, sintiendo una atracción inmediata hacia el lugar. Las ventanas eran grandes y estaban cubiertas de pequeños *post-its* con recomendaciones, frases de novelas y dibujos de lectores perdidos en mundos imaginarios. Un hogar para los que buscan refugio en las palabras.

—¿Entramos? —pregunté, más para mí misma que para Henry, porque yo ya sentía un cosquilleo en los pies que me impulsaba a hacerlo.

No le di tiempo a responder, pero cuando empujé la puerta y el sonido de la campanilla llenó el aire, sentí que me seguía en silencio. El interior era todo lo que podía esperar y más. Estanterías de madera oscura llegaban hasta el techo, abarrotadas de volúmenes de todos los tamaños y colores. Una escalera corredera permitía alcanzar los libros más altos y, en un rincón, junto a una ventana con cojines desparramados, había un sillón gastado con un pequeño cartel en la pared: «*Reservado para los que quieren leer un capítulo y terminan el libro entero*».

El aroma característico de libros acumulados flotaba en el aire, pero no era solo eso. Había algo más, una sensación de pertenencia que se extendía por cada rincón, como si aquel sitio guardara historias no solo en sus páginas, sino también en sus paredes, en el suelo crujiente de la madera vieja y en el silencio cómplice que envolvía a quienes entraban.

Henry se quedó junto a la entrada, saludó al señor que había detrás del mostrador y recorrió con la mirada el local. En cambio, yo avancé hasta una mesa central donde había una selección de libros recomendados. Pasé los dedos por ellos con una especie de reverencia inconsciente y la textura de las cubiertas me hizo sentir el peso de cada historia esperando a ser descubierta.

—Veo que tienes respeto por los libros —dijo una voz masculina desde el mostrador.

Me giré y me encontré con un hombre de unos sesenta años, con gafas redondas y un chaleco de lana que le daba el aspecto de alguien anclado al pasado, como si hubiera vivido más tiempo entre páginas que en el mundo real. Me dedicó una sonrisa cálida antes de apoyar los codos en el mostrador de madera, que se quejó al recibir su peso.

—Creo que este lugar es irresistible para cualquiera que ame las historias —respondí con una sonrisa tímida.

—O para aquellos que las buscan —añadió él, mirándome con atención.

La frase me provocó un escalofrío leve. No era solo lo que había dicho, sino *cómo* lo había dicho.

—¿Lleva mucho tiempo al frente de la librería? —Quería medir mis palabras para mostrar la curiosidad de una turista sin ser demasiado entrometida.

—Desde hace más de treinta años —asintió, con aire nostálgico—. Mi esposa y yo la abrimos cuando nos mudamos aquí. Y desde entonces, hemos visto pasar a generaciones enteras. Aunque los tiempos cambian, hay algo que siempre permanece: los que vienen a este pueblo buscando respuestas siempre terminan en esta librería.

Mi pulso se aceleró. ¿Cómo era posible…? Tenía que ser casualidad o que yo interpretaba cualquier cosa desde mi vulnerabilidad y miedo.

—¿A qué te refieres con «buscando respuestas»? —pregunté, fingiendo que hojeaba un libro, aunque apenas veía las letras.

El librero sonrió y se ajustó las gafas antes de inclinarse un poco más sobre el mostrador.

—Digamos que este pueblo es pequeño, pero tiene muchas historias, como todos los del lago. No sé si lo sabes, pero este es el lago más antiguo de América y los grupos nativos como los Washoe y los Maidu vivieron en la región durante siglos. Ellos ya mantenían una conexión profunda con el lago y su entorno. Imagina la de historias que guarda nuestra tierra. La pena es que entonces no se pudieran recoger por escrito y nos las hayamos perdido. De todas formas, soy de los que creen que los libros guardan más recuerdos de lo que pensamos, aunque no estén escritos.

Quise preguntar más, pero él me miró con una expresión cómplice, como si me estuviera dejando con un misterio a propósito.

—¿Cuál es tu apellido, si no es indiscreción? —preguntó de pronto.

Me humedecí los labios antes de responder.

—Lambert. Natalie Lambert… Walker —añadí el apellido materno, no sé por qué. Mi madre era de las pocas mujeres en Francia que decidieron mantener su apellido cuando se casó.

Vi su ceño fruncirse con expresión de duda, aunque percibí una sombra de reconocimiento cruzando su rostro antes de que la disimulara con rapidez. No sé si fue real o interpreté su gesto, movida por la curiosidad y la intriga que todo me provocaba. No era propio de mi buscar significado en cada cosa que pasaba ante mí, pero este viaje estaba siendo distinto quizá porque estaba demasiado sensible.

—Walker —repitió, paladeando la palabra en su lengua—. Un apellido con raíces en estos lugares.

Mi corazón se aceleró al escuchar sus palabras.

—¿Conoces a alguien de la familia Walker? —pregunté. Quería parecer tranquila, a pesar del nudo que se me hizo en la garganta, pero mi voz reflejaba la ansiedad que se revolvía en mi pecho.

El librero pareció debatirse unos segundos antes de responder.

—Tal vez —masculló—. Pero los nombres no suelen ser suficientes. Las familias son grandes y tienen muchas ramas, como los árboles. Personas con el mismo apellido pueden no tener nada que ver la una con la otra.

Quise insistir ante la vaguedad de su respuesta, pero él ya se había enderezado y señalaba un estante a mi derecha.

—Si buscas historias sobre el pueblo y su gente, esta sección puede interesarte.

Lo miré durante unos segundos más, intentando descifrar lo que no estaba diciendo. Pero él solo mostró amabilidad, y lo vi como si fuera un guardián de secretos que se revelarían en el momento adecuado.

Suspiré y pasé la vista por los lomos de los libros, preguntándome si entre esas páginas había algo que pudiera ayudarme.

Henry, que había permanecido en silencio, se acercó un poco más y bajó la voz.

—Parece que ha reconocido tu apellido —murmuró, sin mirarme del todo.

Asentí sin apartar la vista de los libros.

—Sí. Pero no sé si eso es bueno o malo.

Él se apoyó contra el estante y metió las manos en los bolsillos de su chaqueta.

—Bueno, a veces las respuestas llegan cuando dejamos de buscarlas con desesperación.

Sonreí complacida, sin poder evitarlo, y con los nervios cada vez más anudados en mi estómago.

—¿Eso lo dices por experiencia?

Henry inclinó la cabeza, con un destello de diversión en los ojos.

—Digamos que a veces los mejores caminos no son los que planeamos. Eso me dijo Manuel hace poco, pero yo ya se lo había escuchado a Helen.

—¿Helen?

—Sí, una de las vecinas del pueblo. Ya la conocerás. Suele ir al club de lectura de Ava y Harper.

—¿Tienen un club de lectura? —Mis ojos debían de estar brillando en ese momento, pues nada me podía gustar más que leer y comentar libros. En París pertenecía a un club semanal y lo echaba de menos—. ¿Puede ir cualquiera?

—Claro. Si estás el viernes, puedes unirte. Lo que no sé es que están leyendo. Luego le preguntamos a mi hermana.

Guardé silencio un momento, mientras con la yema de los dedos recorría, absorta, el lomo de un libro con tapa de cuero envejecido. Me gustaba aquella idea del club, pero sobre todo me gustaba la frase que me había dicho Henry y seguía en mi mente disputándose el espacio con otros pensamientos:

«Los mejores caminos no siempre son los que planeamos».

Quizás este pueblo, esta búsqueda y este momento eran parte de un camino para el que no tenía mapa.

Respiré hondo y dejé que la calidez del lugar se colara a través de mi piel. Una sensación de pertenencia volvió a sacudirme y tuve que cogerme de la mesa para no marearme. Henry me miró, compasivo:

—¿Estás bien? —Puso la mano en mi cintura y casi fue peor porque al leve mareo se unió un escalofrío cuando noté su contacto a través de mi jersey.

—Sí, solo necesito un poco de aire.

CAPÍTULO 10

Henry

El contacto con su cintura, cuando la sostuve para que no se cayera, me recorrió como un chispazo. No fue un sobresalto evidente, sino algo más sutil, un cosquilleo que me tensó el cuerpo y me hizo consciente de cada centímetro de distancia que nos separaba. Natalie se aferró a la mesa un segundo, como si el aire de la librería se hubiera vuelto irrespirable para ella.

—¿Estás bien? —pregunté, sin soltarla del todo.

Ella se irguió despacio y apartó la vista de mí. Me obligué a retirar la mano, aunque el calor de su cuerpo quedó impregnado en mi piel. Natalie también lo sintió, estaba seguro de ello, porque vi el leve temblor en su respiración y el parpadeo rápido de sus ojos, antes de apartarse y buscar aire en el exterior de la librería.

Nos despedimos del librero con un gesto y salimos de nuevo a la calle, donde la brisa fría de la tarde, que empezaba a arrastrar el olor a madera húmeda y chimeneas encendidas, nos recibió con un frescor que cortó la sensación de asfixia. Caminamos de vuelta al coche en silencio. De una manera poco propia en mí, no sentía la necesidad de llenar el aire con palabras. Natalie tampoco parecía buscar conversaciones de relleno. Era una tranquilidad extraña y, al mismo tiempo, me ponía nervioso. Nunca había sentido esto con una chica. Una parte de mí quería mantener la distancia, pero otra parte, más instintiva, quería acercarse, empaparse de su presencia, memorizar cada uno de sus gestos y volver a rozar su piel.

Nos subimos al coche y puse en marcha el motor. La carretera de vuelta a Breatown serpenteaba entre los árboles y, poco a poco, la luz del día se fue diluyendo. Las sombras de los troncos se alargaban sobre el asfalto y el cielo se tornaba de un azul profundo, con los primeros destellos de estrellas asomando en el horizonte. Era una hora mágica en la que el cielo se coloreaba de tonos malvas y naranjas que se reflejaban en el lago. Natalie apoyó la cabeza contra el cristal de la ventanilla y suspiró. No parecía cansada, sino absorbida por sus pensamientos. No le pregunté en qué pensaba. A veces, el silencio compartido decía más que cualquier palabra.

—Ha sido un buen día —murmuró con la vista perdida en el paisaje.

Giré el volante en una curva suave que me permitió mirarla de reojo.

—Sí. Por cierto, esta noche iré con los chicos y Harper a tomar algo al BreaBeer —dije, sin apartar la vista del camino—. ¿Te apetece venir?

Ella giró la cabeza con un movimiento pausado. Lamenté no poder ver su expresión en ese momento, así que solo dependía de su palabra.

—Oh… Creo que voy a descansar. Ha sido un día largo.

Intenté disimular mi decepción. No es que esperara saltos de alegría ante mi proposición, pero habría estado bien que viniera con nosotros. Me encogí de hombros y me obligué a sonreír.

—Claro, lo entiendo. Ha sido un día largo.

No dijo nada más. Pero su respiración tranquila, y la forma en que apoyaba la cabeza contra la ventanilla, me hicieron pensar que estaba tan cómoda como yo.

Y eso… eso era nuevo.

Siempre me había costado relajarme con alguien que acababa de conocer. Pero con ella no sentí la necesidad de llenar los vacíos con

palabras innecesarias. A la vez, su cercanía me tenía en estado de alerta y, cada vez que se movía, mi cuerpo se tensaba de manera involuntaria. Nunca me había sentido tan a gusto y, al mismo tiempo, tan nervioso. Un leve peso se instaló en mi pecho y pensé que necesitaba esas cervezas con mis amigos más que nunca, para liberar la tensión y recuperar mi normalidad.

Cuando llegamos a la cabaña, apagué el coche y ella se giró para despedirse. Dudé un instante antes de hablar.

—Si cambias de idea, estaremos allí. Puedes aparecer cuando quieras.

Natalie arqueó una ceja.

—Ok. Pero no sé dónde está.

—Puedo pasar a buscarte. —Saqué el teléfono y se lo ofrecí—. Déjame tu número y te hago una llamada perdida para que tengas el mío; así me avisas si decides venir.

Ella pareció dudar un segundo, pero luego tomó mi teléfono y escribió su contacto. Cuando me lo devolvió, nuestras manos se rozaron y otra vez, esa maldita electricidad recorrió mi piel.

—Gracias. Lo pensaré. —Hizo una leve pausa y ya parecía que se iba, cuando volvió a girarse hacia mí—. Y…, Henry, gracias por la excursión. Ha sido genial.

Asentí y la vi entrar en la cabaña antes de arrancar el coche de nuevo. El camino de regreso a casa fue rápido. Cuando llegué, Finn me recibió moviendo la cola con impaciencia. Le puse la correa y salimos a dar una vuelta por el sendero que bordeaba el lago. La noche ya había caído del todo, y la superficie y el aire frío despejaba mis pensamientos. Necesitaba sacarme de la cabeza la sensación absurda que se había instalado en mí a lo largo del día, y el cosquilleo que sentía en mi estómago cada vez que pensaba en ella. Dejé que Finn corriera un rato mientras yo metía las manos en los bolsillos y miraba el paisaje. El pueblo estaba tranquilo, con algunas luces encendidas en las casas y los vecinos preparándose para cenar.

Después de un rato, Finn y yo pasamos a recoger a Ava en el café y volvimos juntos a casa. Después de ducharme y cenar, mi hermana y yo hablábamos en la cocina mientras fregábamos los platos, con Finn dormitando en la alfombra.

—¿Walker? —repitió ella, pensativa, cuando mencioné el apellido de Natalie tras contarle nuestra excursión—. Me suena… Creo que el marido de Helen se apellidaba así, pero no estoy segura. Mejor pregúntale a ella, o a Daniel.

Los antepasados de Helen formaban parte de los primeros habitantes del pueblo y ella llevaba toda la vida en Breatown, excepto los años que estuvo casada y vivía en Sacramento. Si su marido tenía relación con los Walker, tal vez eso ayudaría a Natalie en su búsqueda. Me quedé dándole vueltas a eso cuando sentí la vibración del teléfono en el bolsillo. Lo saqué y vi un mensaje nuevo.

Natalie*:*

«Si la oferta sigue en pie, me apunto».

Sonreí.

Yo:

«Paso a recogerte en diez minutos», escribí en respuesta.

Ava me observará con atención, con una sonrisilla divertida.

—Nada, nada, Henry, no te preocupes. Para nada pareces un crío emocionado por su primer baile.

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar sonreír. Salí de casa con las llaves del coche en la mano y el corazón latiendo un poco más rápido de lo normal. Cuando Natalie subió al coche, llevaba un abrigo negro, botas altas y una bufanda gruesa alrededor del cuello. El pelo, también negro, le caía suelto, con algunos rizos del flequillo enredados por el viento. Olía a algo cálido, no sabía a qué exactamente, pero era una fragancia sutil y reconfortante.

—Bienvenida a la noche de Breatown —bromeé mientras arrancaba.

—Veremos si está a la altura —contestó con una sonrisa ladeada.

El BreaBeer era el punto de encuentro de todo el mundo en el pueblo. No importaba si llevabas años viviendo allí o si solo estabas de paso: si querías buena música, una cerveza decente y un ambiente cálido, ese era el sitio. Era el típico bar de pueblo, con iluminación acogedora gracias a las lámparas de luz ámbar colgadas sobre las mesas de madera envejecida. En el fondo, una chimenea crepitaba, calentando la estancia, y la barra, de roble macizo, estaba ocupada por varios lugareños con pintas espumosas en la mano.

Al entrar con Natalie, sentí cómo algunas miradas se desviaban discretamente en nuestra dirección. No era habitual ver caras nuevas, y mucho menos verme a mí acompañado por una mujer como ella.

—Este sitio es… original —murmuró Natalie a mi lado, mientras observaba a su alrededor con curiosidad.

—Bienvenida al BreaBeer —dije con una sonrisa—. Ven, vamos con los chicos.

Nos dirigimos hacia nuestra mesa, donde Logan, Pete, Harper y algunos más ya estaban sentados. Mi prima fue la primera en levantar la vista y gritó de inmediato.

—Mira quién se ha animado a salir —soltó Logan con una sonrisa pícara.

—¡Natalie! No esperaba verte por aquí —añadió Harper.

—Ni yo —dijo ella, riendo levemente—. Pero Henry me convenció.

—¡Henry convenciendo a una mujer de algo! —bromeó Pete—. Esto hay que celebrarlo.

Puse los ojos en blanco mientras Natalie tomaba asiento junto a Harper y yo me sentaba a su lado. Logan alzó su vaso.

—Por la recién llegada.

Todos brindaron y Natalie se sonrojó.

—Espero que tengas mejor gusto para la cerveza que para elegir guía —dijo Logan, apoyando los codos en la mesa.

Harper le pasó la carta de bebidas y Natalie la estudió con atención.

—¿Qué me recomendáis?

—La artesanal de aquí es buena —dijo Pete.

—Entonces, esa.

Yo pedí lo mismo. Cuando trajeron las cervezas, los brindis comenzaron. Todos hablaban a la vez, gritando un poco para hacerse oír por encima de la música, menos Natalie, que no hablaba mucho. Prefería observar, escuchar y se reía con las bromas de los demás. Como cuando Pete contó una historia ridícula sobre la última vez que intentó hacer *paddle surf* en el lago y acabó cayendo al agua con una turista en brazos. Natalie escuchaba con una sonrisa que le iluminaba la cara y con una expresión relajada.

Yo, en cambio, la observaba a ella. Me sorprendía lo bien que encajaba en nuestro grupo, como si llevara toda la vida formando parte de él.

—Así que diseño, ¿eh? —dijo Pete—. ¿Por qué Nueva York y no París?

—Porque necesitaba salir de casa y conocer otros países —respondió sin rodeos.

Logan levantó su vaso.

—Brindemos por las decisiones que nos sacan de la zona de confort.

Todos reímos. Natalie chocó su vaso con el mío y, en ese instante, nuestras miradas se encontraron. Fue un segundo, pero bastó para que sintiera ese maldito cosquilleo otra vez. Algo en mi pecho se

encogió. No era atracción nada más. Era la sensación de que quería seguir mirándola, descubriendo qué pensaba en ese momento, por qué esa chispa en sus ojos oscuros.

Natalie bajó la mirada un instante y pasó los dedos por el borde de su vaso, con un gesto distraído que hizo que mi propia respiración se volviera más lenta. Harper me dio un codazo.

—No te quedes tan embobado, primito, que se va a dar cuenta.

Mis mejillas se encendieron y tomé un sorbo de cerveza para disimular.

La noche transcurrió entre risas, historias del lago y la melodía lejana de una guitarra sonando en algún rincón del bar. Un rato después, Logan propuso seguir en el Breadrink, el otro bar de copas del pueblo, pero Natalie dijo que necesitaba descansar y me ofrecí a acompañarla.

Al salir, el frío nos recibió con su gélida caricia en cuanto cruzamos la puerta. El aire tenía ese filo punzante que anunciaba el fin de un invierno al que le costaba irse, colándose por cada resquicio y arañando la piel.

Natalie se estremeció con un escalofrío y hundió las manos en los bolsillos, encogiéndose ligeramente sobre sí misma. Durante un segundo, pensé en lo fácil que sería acercarme y frotarle los brazos, diciéndole algo sin importancia para distraerla de la temperatura. Pero no lo hice. En lugar de eso, me quedé absorto en la forma en que sus mejillas enrojecían por el contraste con el calor del interior. Me parecía una mujer preciosa.

Ella me miró de reojo y susurró un «¿nos vamos?», apenas audible, antes de meterse en el coche. La seguí y arranqué sin más esperas. Mientras conducía por la carretera oscura de vuelta a su cabaña, con el reflejo de las luces resbalando sobre el parabrisas y el silencio instalado entre nosotros, solo una idea ocupaba mi cabeza: estaba jodido.

Lo supe desde que, en algún momento de la noche, me di cuenta de que estaba sonriendo sin motivo. Eso no me gustó nada; no me gustaba sentirme tan atraído por ella y, de pronto, tan vulnerable. Sin embargo, no podía hacer nada al respecto, como tampoco podía evitar que se marchara y regresara a su vida.

CAPÍTULO 11

Natalie

El amanecer sobre el lago tenía una magia que no se parecía a nada que hubiera visto antes. La luz incipiente de la mañana entraba en la habitación a través de las cortinas de color azul, lo que le daba una tonalidad similar a la del lago. Me quedé en la cama unos minutos más, arropada hasta los hombros, dejando que el aroma de la naturaleza que me rodeaba, impregnara mis sentidos mientras el canto lejano de los pájaros rompía la quietud del bosque.

No había soñado con nada en particular, pero desperté con una sensación extraña en mi cuerpo, quizá debido a la cerveza o a lo bien que me sentí con el grupo de Henry y, por supuesto, también con él. Me quedé tumbada un poco más, con el cuerpo aún adormilado, disfrutando del crujido de la cabaña con cada leve movimiento del viento. La temperatura dentro era agradable gracias a la calefacción, pero al estirar la mano hacia la mesilla, puede notar el frescor del exterior colándose por las rendijas del marco de la ventana.

Por fin me levanté y caminé descalza hasta la cristalera que daba al porche. El paisaje era sencillamente perfecto. Desde la escalera de entrada a la cabaña, podía ver el lago extendiéndose hasta el horizonte, con una ligera bruma flotando sobre la superficie. Los árboles que rodeaban la zona estaban comenzando a despertar del invierno, con brotes verdes asomando en las ramas desnudas.

Inspiré hondo. Sentí el aire limpio, tan diferente al de París, que llenaba mis pulmones de pureza y, con él, una calma serena que se

extendió por mi pecho y me relajó los hombros.

Me obligué a apartarme de la ventana y fui al baño. Me recogí el pelo en un moño descuidado y me lavé la cara con agua fría, con la esperanza de que despejara las emociones contradictorias que aún me revolvían por dentro.

La noche anterior había sido... extraña. Pero extraña en el buen sentido.

Pensé en Henry. Nunca había conocido a alguien tan especial, no solo por cómo se movía entre su gente, sino por la calidez con la que trataba a todos, y el respeto silencioso que inspiraba en los demás sin necesidad de forzarlo. Un escalofrío me recorrió al recordar la forma en la que me miraba, haciéndome sentir única.

Me vestí con ropa cómoda: un jersey de lana gris, vaqueros ajustados y botas forradas por dentro para combatir el frío de la mañana. Antes de salir, me envolví en una bufanda suave, cuyo tejido protector me aportaba la sensación de seguridad que no terminaba de encontrar en mi interior, demasiado turbado por todo lo que estaba viviendo.

Cogí el bolso y cerré la puerta de la cabaña, sin saber muy bien qué hacer. No quería quedarme allí sola ni sabía cómo seguir buscando a la familia de mi madre. Así que tomé el sendero de grava que llevaba de nuevo al pueblo. La idea de desayunar en la cafetería de Ava me pareció la mejor opción. Podría tomar algo caliente y tal vez preguntar por los Walker.

No tardé mucho en llegar. La mañana ya había cobrado vida en Breatown. El humo de las chimeneas se elevaba en volutas perezosas desde las casas, el sonido de los zapatos al pisar los adoquines de piedra de los transeúntes daban musicalidad a la mañana, y el aire olía a leña quemada y bizcocho de canela.

Empujé la puerta del café y el sonido de la campanilla me envolvió con la calidez del lugar. El ambiente era acogedor, con la chimenea encendida en la esquina, mesas ocupadas por vecinos que

charlaban en voz baja, y el aroma de la repostería que invadía todos los rincones del local.

Ava estaba tras la barra, sonriendo mientras servía un café a un cliente. Cuando me vio, su expresión se iluminó.

—¡Natalie! ¿Cómo ha ido? ¿Quieres café? ¿Té? ¿Un poco de bizcocho de manzana o de canela? —soltó en tromba.

—Todo suena bien —reí, me quité la bufanda y la colgué en el respaldo de una silla alta frente a la barra. Disparar tantas palabras a la vez era más propio de la vitalista de Harper que de ella.

Ava preparó el café con la eficiencia de quien conoce cada movimiento de memoria y me pasó un plato con un trozo de bizcocho que, a juzgar por su olor, debía de estar increíble.

—¿Qué tal la noche con los chicos? —preguntó con una sonrisilla curiosa.

Soplé sobre mi bebida antes de responder.

—Divertida. Todos son muy agradables.

—Lo son… Siento habérmelo perdido —Ava arqueó una ceja con picardía.

Me llevé un trozo de bizcocho de canela a la boca y cerré los ojos un instante, extasiada por la mezcla de sabores. Estaba templado, la textura era esponjosa y el toque especiado me recordó a los otoños en París.

El sonido de la campanilla interrumpió mi pensamiento. Al girarme, vi a una mujer de cabello plateado y andares pausados entrar en la cafetería, y reconocí a la clienta en la que me fijé un par de días antes. Iba envuelta en un abrigo beige de lana y llevaba un bolso de cuero desgastado colgado del brazo. Era la más elegante de las que había visto hasta ese momento, guapa y con una mirada inteligente.

Antes de que se saludaran, Ava se acercó a mí para hablarme al oído.

—Natalie, Henry me contó que buscas a los Walker. El marido de Helen se apellidaba así, pero no era de este pueblo. No vivían aquí. ¿Quieres que le pregunte? Tal vez pueda ayudarte —susurró.

—¿Lo harías? Aunque, no sé. No quiero molestarla.

—Déjame a mí —me guiñó un ojo y se irguió.

—Helen —la llamó Ava con calidez—. Justo a tiempo para un café. Ven, que te presento a una amiga que está de visita.

Helen se acercó, pero cuando su mirada se posó en mí, su expresión cambió por completo. Sus ojos se agrandaron, sus labios se entreabrieron y, por un instante, pareció que el color había abandonado su rostro.

Se me encogió el estómago.

Ava también se percató de su reacción y le puso una mano en el brazo, preocupada.

—Helen, ¿estás bien?

La mujer parpadeó varias veces, como si necesitara asegurarse de que lo que veía era real.

—Es que… —murmuró, con un hilo de voz—. Se parece tanto a…

Se llevó la mano temblorosa a la boca. El aire se volvió asfixiante a mi alrededor, y me quedé paralizada, sin saber cómo reaccionar.

—¿A quién? —logré decir con un hilo de voz.

Helen tragó saliva y cerró los ojos un segundo, como si necesitara recomponerse antes de hablar.

—A la hermana de Edwin.

No entendí lo que significaban esas palabras, pero el temblor en mi pecho me indicó que acababan de abrir una puerta que ya no podría cerrar. Ava nos miró, primero a mí y luego a ella.

—Helen, siéntate un momento.

La mujer dejó su bolso sobre la barra y se dejó caer en el taburete que le acercó Ava, con la mirada perdida.

—No puede ser —susurró–. Es como una visión.

Mi respiración se aceleró y sentía cómo el corazón me palpitaba en las sienes.

—Helen… ¿qué significa eso? ¿Conoces a Natalie? —preguntó Ava.

Ella giró la cabeza lentamente hacia mí y su mirada se clavó en mis ojos con una intensidad que me erizó la piel.

—Perdona, hija. Es la primera vez que te veo y he montado un numerito. ¿Qué vas a pensar de mí? Lo siento —se disculpó, ya más recuperada, tras dar un sorbo al té que le preparó Ava—. Eres igual que la hermana de Edwin, mi marido, pero es imposible, porque tú no eres de aquí, ¿verdad?

—Yo no, pero tengo motivos para pensar que mi madre sí.

—¿Tu madre? ¿Cómo se llama?

—Brianda Walker.

—No puede ser. ¿Eres hija de Brianda? ¿Cómo está ella? Pobre Edwin, le hubiera encantado conocerte, pero ya no es posible.

La mirada de Helen se nubló de tristeza mientras mi mundo parecía tambalearse. Ava nos observaba en completo silencio.

—¿Co… conociste a mi madre? —las lágrimas recorrían mis mejillas sin pudor.

—A Brianda la conocí, sí. Cuando se fue, toda la familia quedó en *shock*. Mi cuñada, la hermana de mi Edwin, es tu abuela y eres igual que ella de joven.

—Necesito que me lo cuentes todo —murmuré, sin apartar la mirada de Helen, con la voz entrecortada—. No sé nada de ella ni de

su familia.

Helen inspiró profundamente y se acercó, como si estuviera reuniendo el valor para contarme algo que había permanecido oculto demasiado tiempo.

—Está bien, cariño —dijo al fin, con voz temblorosa—. Estoy segura de que Edwin lo hubiera deseado. Ven esta tarde a mi casa a tomar el té. Necesito pensar y buscaré fotos.

El camino que había iniciado con un mapa de dudas, me acababa de llevar a un lugar del que ya no podía escapar. La única certeza en ese momento era que por fin iba a averiguar algo más de mi madre. Sentía una especie de felicidad, mezclada con el vértigo de andar por una cuerda floja, hacia un punto que no sabía si me iba a gustar.

CAPÍTULO 12

Natalie

Ni siquiera noté el aire fresco de la mañana cuando salí de la cafetería. Necesitaba despejar la bruma de pensamientos que se arremolinaban en mi mente, desde que Helen había pronunciado el nombre de mi madre. Ella se fue antes que yo, y me encontré de pronto sin nada que hacer, confusa y nerviosa. Ava me recomendó dar un paseo por el lago.

Salí con la escena viva en mi retina, con las palabras de Helen repitiéndose como un eco en mi cabeza. «*Eres igual que la hermana de Edwin… Mi cuñada es tu abuela…*».

Era real. Por fin había encontrado el camino correcto. Pero, ¿estaba preparada para las respuestas que me iba a dar?

Bajé por el sendero de grava que llevaba al lago, con la intención de caminar un poco antes de mi encuentro con Helen. Necesitaba despejarme, calmar los latidos acelerados de mi corazón y ordenar las preguntas que quería hacerle.

El sol, que comenzaba a despuntar, creaba destellos sobre la superficie del agua que eran como estrellas. El lago estaba sereno, y contemplarlo me transmitía la calma que necesitaba para aquietar la mente.

—Buenos días.

Me giré, sobresaltada, y vi a Manuel salir de una de las cabañas cercanas. Llevaba ropa de deporte y un gorro de lana que apenas ocultaba el desorden de su cabello.

—¿Deporte tan temprano? —respondí, sonriendo.

—Salgo a correr todas las mañanas —dijo, mientras se ajustaba los auriculares—. Es mi ritual antes de ponerme a trabajar. ¿Vas a pasear?

—Sí, necesito despejarme un poco.

—Si quieres, puedo recomendarte alguna ruta. Mira. —Manuel señaló un sendero que bordeaba el lago—. Sigue ese camino hasta que llegues a un banco de madera con vistas al agua. Es uno de mis lugares favoritos. Si tienes suerte, puede que veas a un águila pescadora.

—Me gusta la idea. Gracias.

—De nada. Que tengas un buen paseo.

Manuel se alejó con pasos firmes y constantes, perdiéndose entre los árboles.

Inspiré profundamente y seguí la dirección que me indicó. El sendero estaba cubierto de hojas secas, crujientes bajo mis pisadas, y cada paso me ayudaba a disipar la tensión en mis hombros. Cuando llegué al banco, me detuve.

El lugar era precioso. Desde allí se podía ver el lago en todo su esplendor, con el agua en calma que reflejaba el cielo despejado, y las montañas a lo lejos. Me senté, con las piernas cruzadas sobre el banco, y saqué la *tablet* de mi bolso. Deslicé el lápiz digital sobre la pantalla, y dejé que mis dedos trazaran líneas sin un rumbo fijo.

Dibujé árboles, la silueta de la orilla…, y, sin darme cuenta, comencé a esbozar el rostro de Henry. Solté el lápiz y aparte la *tablet* con un suspiro. Luego la cogí y lo borré. Justo a tiempo.

—¿Dibujando el paisaje o estás diseñando moda?

Levanté la cabeza y ahí estaba él, como si lo hubiera invocado con el pensamiento. Henry se detuvo a pocos pasos de mí, con Finn olfateando el suelo a su lado. Llevaba una sudadera fina, vaqueros

oscuros y botas de montaña. Me gustaba su aspecto desenfadado con el pelo rubio revuelto por el viento.

—Nada, no es nada —murmuré, a la vez que cerraba la *tablet*.

—Vaya. Ahora me dejas con la intriga.

Sonreí sin responder y él se sentó a mi lado, con los brazos apoyados sobre las rodillas y la mirada fija en el lago. Finn se acomodó junto a mis pies, con la cabeza descansando sobre sus patas, como si aquel fuera su lugar habitual de *relax*.

—Ava me ha dicho que has hablado con Helen. —Su voz al decirlo era suave, respetuosa con mis sentimientos desbocados. Solo ellos dos sabían de mi búsqueda.

Asentí, incapaz de ocultar la mezcla de emociones que me atravesaban y habían convertido mis entrañas en un revoltijo. La alegría, el miedo, los nervios… todo bailaba dentro de mí en una fiesta con músicas distintas tronando a la vez. No encontraba sentido a nada: ni a mi huida a Nueva York, ni al impulso que me llevó hasta Breatown, ni a la necesidad de conocer un pasado que no me pertenecía, porque era de mi madre y si no me lo había contado sería por algo. Ni siquiera entendía por qué la presencia de Henry me alteraba a la vez que me reconfortaba.

—Me dijo que conoció a mi madre. Que su marido, que resulta que es mi tío abuelo, murió con la ilusión de encontrarla y conocer a su familia.

Henry me miró de reojo.

—Eso es bueno, ¿no?

—No lo sé. Hemos quedado dentro de un rato en su casa y estoy asustada. No sé qué voy a descubrir.

—Lo entiendo —murmuró—. Pero, sea lo que sea, al menos tendrás respuestas. Esas piezas que necesitas, ¿recuerdas? Puede que no te gusten o puede que sí. No esperes nada. En cualquier

caso, son las tuyas, las únicas que encajan en tu pasado y que hacen de ti quién eres.

Jugueteé con el borde de la bufanda, mientras asentaba el peso de sus palabras, las procesaba y las asimilaba dándome cuenta de que tenía razón.

—¿Cómo es Helen? —pregunté, sin mirarlo.

—Es increíble —respondió sin dudar—. Cuando era niño, apenas la conocí. Tuvo que irse del pueblo embarazada del padre de Daniel. Se casó con Edwin y vivieron en Sacramento hasta que él murió. Por eso no lo conocí y no lo relacioné con el apellido de tu madre, ya que no vino ni una vez en esos años. Cuando se mudó aquí, Daniel venía en verano a verla; él era un adolescente y yo un niño que lo perseguía lleno de admiración. Helen se convirtió poco a poco en la abuela de todos. Siempre tenía una historia que contarme. Ella y Daniel me enseñaron a pescar, me hablaban de las constelaciones en las noches de verano… Helen es una de esas personas que dejan huella.

Me mordí el labio, con el pecho oprimido por la incertidumbre. Escuchar a Henry, con su voz pausada, me llenaba de ternura. Vi a un niño desvalido, lo sentí en su tono, en la mirada perdida en el lago mientras hablaba, y quería saber por qué. Pero no pregunté. El peso de mis preocupaciones pesaban más en ese momento y no quise hurgar en sus heridas del pasado.

—Entonces, ¿puedo confiar en ella?

Henry se giró hacia mí.

—Puedes. Es más, creo que deberías hacerlo. No hay nadie mejor, estoy seguro. Helen es como un abrazo, ya lo verás. —Su mirada se enredó con la mía con una intensidad que hizo que se me secara la boca—. Si hay alguien en este pueblo que puede ayudarte a entender quién eres, es ella.

Su voz era firme, segura. Me reconfortó más de lo que hubiera logrado yo sola, de no haberlo encontrado paseando a Finn, y di las

gracias al cielo azul grisáceo que cubría el lago. O a mi madre, porque de pronto sentí que quizá no estaba tan perdida y era ella la que guiaba mis pasos. ¿Sería eso posible?

—También me nombró a Daniel y Charlize.

—Son su familia aquí —afirmó—. Daniel es como un hermano mayor para todos nosotros. Y Charlize… bueno, es imposible no quererla.

—¿Tú los quieres?

Henry parpadeó, sorprendido por mi pregunta.

—Sí —respondió, tras un segundo de pausa—. Son familia. No de sangre, pero sí de vida.

El tono de su voz me conmovió tanto como el cariño que percibía en su mirada. El viento agitó su pelo de mechones rubios y rojizos, y vi cómo se pasó una mano por la nuca, un gesto distraído que me resultó terriblemente atractivo. Me daban ganas de abrazarlo, darle las gracias y hundirme en su regazo hasta que se hiciera la hora de ir a casa de Helen. No sabía qué me pasaba con él, pero lo sentía cada vez más cerca, como si el universo nos empujara el uno hacia el otro sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo.

—Me alegro de que Helen te haya reconocido —dijo en voz baja —. Puede que este pueblo tenga más para ti de lo que imaginas.

Mis dedos rozaron los suyos sobre la madera del banco. Fue apenas un roce accidental, pero ambos lo sentimos. Henry no se apartó y yo tampoco. El contacto fue una descarga sutil, un calor inesperado que recorrió mi piel y me dejó sin aire. Tragué saliva y aparté la mano con suavidad, sin atreverme a mirarlo.

Pero él… Él dejó la suya sobre la madera, en el mismo lugar donde se había encontrado con la mía, como si esperara que volviera a tocarlo. Mi corazón latía con fuerza, demasiado rápido, y la piel me ardía. Nos quedamos así unos segundos, en ese limbo de incertidumbre, con el lago extendiéndose frente a nosotros y el

viento jugando con nuestro silencio, hasta que Finn lo reclamó, probablemente cansado o aburrido de los humanos, y se rompió el hechizo.

Quizá Henry tenía razón y este pueblo tenía más para mí de lo que jamás había imaginado.

Cuando llegué a la casa de Helen, la puerta ya estaba entreabierta, como si me hubiera estado esperando. Respiré hondo antes de empujarla con suavidad y toqué con los nudillos para avisar de que ya había llegado.

—Pasa, querida —la voz de Helen resonó con calidez desde el interior—. Hace frío ahí afuera.

La casa olía a hogar. No sabría explicarlo de otra manera. Era una mezcla de bizcocho recién hecho, té aromático y leña ardiendo en la chimenea. Todo el conjunto me atrapó con una sensación de seguridad que atemperó mi estado de nervios.

El salón era exactamente como lo había imaginado antes de llegar. Las paredes, en tonos suaves de beige y blanco roto, estaban decoradas con estantes llenos de libros y pequeñas figuras de cerámica colocadas con un orden caótico que, de alguna forma, resultaba armonioso. Un enorme sofá de tela blanca, cubierto con mantas tejidas y cojines mullidos, ocupaba el centro de la estancia, frente a una chimenea encendida. La luz de la tarde entraba tamizada por las cortinas de lino, completando el ambiente con un resplandor cálido, en tonos tostados y ámbar.

Helen estaba junto a la mesa del centro, colocando una bandeja con una tetera de porcelana antigua y dos tazas de florecitas. A su lado, me esperaba un plato con rebanadas de bizcocho de manzana y canela, todavía tibio.

—Ven, siéntate a mi lado —me dijo con una sonrisa amable, palmeando el sillón que estaba junto al suyo—. He preparado té de jazmín. No sé si te gusta.

—Me encanta —murmuré, conmovida por el detalle.

Me senté y envolví la taza caliente entre mis manos, para ayudarme a controlar la ansiedad que se instalaba en mi pecho. Helen me observó un instante antes de inspirar hondo.

—No sé por dónde empezar —admitió, dejando la taza de té a un lado con lentitud.

—Desde el principio —dije, sin soltar mi taza, necesitaba sujetarme a la calidez que dejaba en mis manos y recorría el resto de mi cuerpo, que temblaba—. Necesito saberlo todo.

Helen sonrió, y se removió en la silla antes de empezar. Se me aceleró el pulso y un nudo se me formó en la garganta. Ella dejó escapar un suspiro pausado antes de hablar.

—Brianda, tu madre, nació en Sacramento, como el resto de la familia. Era una niña preciosa, de larga melena rubia y ojos verdes. Eso me contó tu abuela, que era mi cuñada, porque yo no la conocí. Cuando me casé con Edwin, tu madre ya no vivía allí. ¿Sabes? Te pareces mucho a tu abuela y seguro que a tu madre también, aunque tú seas morena. Las tres tenéis los mismos ojos.

Hizo una pausa para tomar un sorbo de té. Su mirada se perdió en algún punto entre el presente y el pasado.

—Tu abuela hablaba mucho de ella. Me contaba que de pequeña soñaba con viajar. No solo con conocer otros lugares, sino con ser parte de ellos. Quería ser modelo y decía que algún día la veríamos en las revistas que hojeaba en la librería, y desfilaría en las mejores pasarelas del mundo.

Mis labios se curvaron levemente al recordarla.

—Creo que fue modelo antes de que naciera mi hermano.

Helen me miró con una sonrisa nostálgica.

—Me alegro. Sin duda tenía todo para conseguirlo. Era hermosa, pero además tenía esa determinación que solo tienen las personas

que nacen con un propósito claro. Su madre, Eleanor, la apoyaba en secreto, pero su padre… —sacudió la cabeza y su expresión se ensombreció—. Para él, aquello no era un futuro. Le decía que eso era de mujerzuelas, ya me entiendes.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿No la dejó intentarlo?

Helen entrelazó los dedos sobre su regazo, con una tristeza latente en su voz.

—No. Se lo prohibió tajantemente. Tu abuelo era un hombre de principios rígidos. Quería que su hija se quedara en Sacramento, que estudiara y formara una familia allí. Eleanor y Edwin tenían una librería y tu abuelo quería que ella heredara su parte. Lo de ser modelo le parecía una fantasía absurda. Cuando llegué a la familia, Edwin compró la parte de su hermana y la regentamos los dos hasta su muerte.

Sentí un nudo en el estómago.

—¿Y qué hizo mi madre?

—Lo intentó todo —continuó Helen—. Le suplicó, trató de convencerlo, buscó agencias a escondidas... Pero cada vez que su padre se enteraba, todo terminaba en una discusión. Hasta que un día, simplemente, dejó de pelear.

Me incliné ligeramente hacia adelante.

—¿Se rindió?

Helen negó con la cabeza, su mirada se clavó en la mía con intensidad.

—No, Natalie. Se estaba preparando.

Tragué saliva y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—¿Para qué?

—Para irse —dijo en un susurro—. Cuando cumplió dieciocho, hizo sus maletas, dejó una carta y se marchó.

El latido en mis sienes se hizo más fuerte.

—¿A dónde?

—A París.

Apreté la taza entre mis manos.

—Y allí conoció a mi padre —concluí.

—Sí, eso creemos. Piensa que entonces no había móviles y era difícil comunicarse. De vez en cuando hablaba con tu abuela, pero su padre nunca quiso saber nada más de ella. Pero antes de casarse con tu padre, luchó por su sueño. Entró en una agencia, hizo *castings*, trabajó en cafés para pagar un alquiler diminuto en un barrio bohemio. Lo poco que sabemos de aquellos años es porque Samuel, su hermano, la buscó sin descanso, ya que a su madre no le contaba toda la verdad, solo lo bueno para que no se preocupara.

Helen suspiró con una sombra de tristeza en sus ojos.

—Tu abuelo nunca la perdonó.

La frase tocó mi pecho con fuerza.

—¿Nunca?

Helen negó despacio con la cabeza y la mirada fija en el fondo de la taza de té.

—No quería saber nada —continuó—. Eleanor intentó hacerle entender que Brianda no lo había abandonado, que solo estaba tratando de ser quien quería ser. Pero él lo veía como una traición. Decía que si ella había elegido París y el libertinaje, significaba que había renunciado a su familia. Y, por lo que me has dicho, Brianda también se debió de cambiar el apellido, porque Walker era el de su madre, Eleanor Walker. Tu abuelo se apellidaba Adams. Desconozco si se llegó a enterarse de esto.

Mis ojos comenzaron a arder.

—No sabía eso…, Adams… Entonces, ¿nunca más se vieron, ni ella volvió?

—Tu abuela viajó un par de veces, una mintiendo a su marido y la segunda cuando él ya no vivía. Quiso estar en el nacimiento de tu hermano —Helen jugueteó con la cucharilla de su té—. Brianda volvió más tarde para el entierro de su padre y después para el de su madre. Luego…, supimos que falleció por una carta que envió tu padre a Samuel. Lo siento mucho, pequeña.

Se me encogió el estómago.

—¡Qué triste! —sollocé con lágrimas en los ojos.

—Lo es. Cuando tu abuelo murió, encontraron una carta entre sus pertenencias en las que le pedía perdón. Su orgullo no le permitió volver a abrazar a su hija, pero en esas palabras demostró que sí sabía todo de ella, de vosotros, y le deseaba que fuera feliz. Reconoció su error demasiado tarde.

Helen dejó la cucharilla sobre el platito con un susurro metálico. Un vacío enorme se abrió en mi pecho al recordar las últimas palabras que me dijo mi padre al marcharme a Nueva York. El aire no llegaba a mis pulmones con normalidad, más bien era como si algo denso y frío me oprimiera el pecho.

—Murieron sin conocernos a Fred y a mí —murmuré.

Helen extendió una mano y la colocó sobre la mía con una calidez que me desató parte del nudo que me ahogaba.

—Pero eso no significa que no hubiera querido conoceros, cielo. Brianda lo habría deseado.

Bajé la mirada hacia la mesa. Las lágrimas, que hasta ese momento se acumulaban en mis ojos, empezaron a resbalar por las mejillas sin control.

—No entiendo cómo pudo rechazarla así.

Helen suspiró con tristeza.

—A veces el orgullo pesa más que el amor. El problema es que, cuando nos damos cuenta, es demasiado tarde.

Tragué saliva con dificultad.

—Mi madre no me hablaba de su familia. Ni una sola vez, o yo no lo recuerdo. Solo tenía cinco años cuando murió.

—Quizá quiso protegerte de ese rechazo —susurró Helen—. Quizás temía que si te hablaba de ellos, querrías conocerlos y te harían sentir lo mismo que ella sintió cuando su padre la apartó de su vida. Dicen que lo que no se nombra, no existe y puede que quisiera evitarte añorar algo que nunca conocerías. O quizá fue otra cosa. Si ella tuvo que reconstruir su vida, eligió con cuál quedarse. Sea lo que sea, ya nunca lo sabremos.

Una punzada de comprensión atravesó mi pecho. Mi madre había elegido su camino, como yo el mío, a pesar de que su padre la rechazara. Como yo había hecho con mi propio padre. Un vacío me rompió el alma y me rasgó en dos al pensar en la posibilidad de no volver a verlo. ¿Por qué había que elegir entre familia y cumplir sueños?

El pensamiento me tocó con tanta fuerza que tuve que inhalar hondo para evitar que mi respiración se volviera agitada. Helen pareció leerme el pensamiento.

—Aún tienes tiempo, Natalie.

Levanté la mirada.

—¿Para qué?

—Para asegurarte de que no cometes los mismos errores que ella. No conozco tu historia, pero creo que en este viaje vas a aprender algo muy importante, algo que necesitas ver por ti misma para poder seguir adelante. No tengas miedo.

Mis dedos se apretaron en torno a la servilleta sobre mi regazo. No supe qué responder.

—¿Cómo sabes…?

—Cariño —me interrumpió—, yo no sé nada. Solo intuyo… Bueno, y he hablado con Ava, con Harper y con Henry antes de venir a casa.

Helen se levantó con suavidad y se acercó a un aparador junto a la ventana. Sacó una caja de madera, dentro de la cual había un álbum de fotos con las cubiertas gastadas, y volvió a su asiento.

—Mira —dijo, abriéndolo sobre la mesa.

Las imágenes con los colores desvaídos mostraban momentos de una vida que hasta ahora no sabía que existía. Brianda de niña, con un lazo en el pelo y un vestido con volantes, sentada en el suelo de una librería. Brianda con su madre, con su hermano Samuel. Y casi al final, una foto en la que sonreía a la cámara, con un mapa de París entre las manos. Después, una foto de su boda y dos más con dos bebés, Fred y yo.

Un escalofrío me recorrió la espalda mientras lloraba tanto, que las lágrimas no me dejaban ver con nitidez las caras.

—Estaba decidida a perseguir su sueño.

Helen acarició la imagen con la yema de los dedos.

—Sí. Y pagó un precio muy caro por ello.

Cerré los ojos un segundo, para dejar que todo aquello se asentara dentro de mí. No podía cambiar el pasado de mi madre, pero sí podía decidir qué hacer con mi futuro.

Respire hondo antes de volver a mirar a Helen.

—Gracias.

—No me las des —sonrió ella—. Esta historia también es tuya.

CAPÍTULO 13

Henry

El camino hasta la cabaña de Natalie era un reflejo de la calma de la noche. Las estrellas brillaban sobre el lago, reflejadas en la superficie tranquila del agua, y el sonido del viento entre los árboles llenaba el aire con una melodía suave y constante, que era la banda sonora de la inquietud que sentía en el pecho.

No tenía claro por qué estaba allí. Bueno, sí lo sabía, pero no quería analizarlo, porque corría el riesgo de arrepentirme. Desde que la dejé con Helen por la tarde para ir al BreaSport a trabajar, no había podido quitarme a Natalie de la cabeza. Suponía que lo que había descubierto sobre su madre la habría dejado tocada y, aunque me dije a mí mismo que solo pasaría a ver cómo estaba, algo por dentro me decía que la verdad era otra.

Cuando llegué, la cabaña estaba en penumbra, con solo una luz tenue encendida tras las cortinas. Dudé un segundo antes de llamar a la puerta, sintiéndome un poco idiota por aparecer sin avisar. Pero no me fui.

—Natalie —llamé con suavidad tocando la puerta de madera con los nudillos—. Solo quiero saber si estás bien.

No hubo respuesta. Me pasé la mano por la nuca y me preparé para marcharme si no respondía al llamar una segunda vez.

—Te he traído cena, pero entiendo que prefieras estar sola… Te la dejo aquí y…

La puerta se abrió antes de que terminara la frase. Natalie estaba allí, descalza sobre la madera del umbral. Llevaba una sudadera grande que le llegaba hasta medio muslo y unas mallas ajustadas. El moño alto con el que sujetaba el pelo dejaba algunos rizos sueltos que caían sobre su rostro, y tenía la cara enrojecida, con las mejillas húmedas y los ojos tristes. A pesar de todo, estaba preciosa. Y también rota.

Los ojos le brillaban por el rastro de lágrimas recientes, y los labios le temblaron, apenas un segundo antes de esbozar la sonrisa más triste que he visto en mi vida.

—Pasa.

Algo se deshizo dentro de mí. Entré sin dudarlo y cerré enseguida para que el frío no se colara en el interior. Dentro, la cabaña estaba en penumbra, con la chimenea apagada y la manta del sofá hecha un ovillo, como si hubiera estado arropándose en ella durante horas. Sobre la mesa del centro había pañuelos de papel arrugados, prueba suficiente de que había estado llorando.

—Te he traído pastel de carne y bizcocho de limón de *El Refugio*; Ava me los ha dado para ti —dije, sin saber si era lo correcto.

Natalie se acercó y tomó la bolsa de mis manos con delicadeza. Se dirigió a la cocina y sacó dos platos, aunque su expresión era la de alguien a quien el hambre le resultaba un concepto lejano.

—No sé si puedo comer —murmuró, colocando los cubiertos en la mesa—. No tengo apetito. Pero te lo agradezco.

Dejé escapar un suspiro. Nunca había vivido algo así y no sabía cómo reaccionar, Me senté junto a ella.

—Deberías comer un poco —dije, con suavidad—. Te sentirás mejor.

Mis dedos rozaron su brazo sin pensarlo, en un gesto de apoyo, de calidez, pero el efecto fue inmediato. Natalie cerró los ojos con fuerza y, antes de que pudiera reaccionar, se quebró.

Un sollozo escapó de su garganta y se tapó la boca con la mano, como si quisiera contenerlo. Pero era tarde.

—Lo siento —susurró—. No quería que me vieras así. Puedes irte si quieres…, seguro que tienes mejores cosas que hacer.

La vi encogerse sobre sí misma, como si quisiera desaparecer, como si le avergonzara su vulnerabilidad mientras lloraba con las manos sobre la cara. No lo pensé. Me acerqué y la rodeé con los brazos. No sé qué esperaba, pero su reacción me sorprendió. Natalie se aferró a mi sudadera como si yo fuera lo único que la sostenía, enterró el rostro en mi pecho y dejó que las lágrimas fluyeran sin contención. Su llanto era silencioso, pero su cuerpo temblaba contra el mío, y todo en mí se tensó con la necesidad de protegerla, de hacer desaparecer todo lo que la estaba rompiendo por dentro.

—Estoy aquí —susurré, pasando una mano por su espalda en caricias lentas—. No tienes que fingir conmigo.

No sé cuánto tiempo estuvimos así. Solo sentí cómo se deshacía poco a poco, cómo su respiración se volvía más pausada contra mi pecho y cómo su agarre en mi sudadera se aflojaba levemente.

Cuando creía que estaba mejor, me volvió a sorprender. Natalie levantó la cabeza y me besó. No lo vi venir. Solo sentí la calidez de su boca sobre la mía, mientras que sus dedos estaban helados, el leve temblor de sus labios y la forma en que su aliento se mezclaba con el mío. No hubo vacilación en sus movimientos, solo necesidad. Y yo… Yo no pude hacer otra cosa que corresponderle. La besé despacio, con la misma suavidad con la que había intentado sostenerla un momento antes, como si temiera que pudiera romperse entre mis brazos. Pero Natalie no era frágil y lo demostró cuando profundizó el beso, cuando su lengua rozó la mía con una urgencia que me dejó sin aire, cuando sus dedos se deslizaron por mi pecho hasta los botones de mi camisa y empezó a desabrocharlos. Cada vez me besaba con más avidez e intensidad. Entonces, dudé.

Me di cuenta de lo que estaba pasando cuando jadeó contra mi boca y noté la desesperación en su tacto. Me obligué a frenar pues, aunque yo la deseaba con todas mis ganas, no quería que se arrepintiera de esto.

Tomé su rostro entre las manos y apoyé la frente en la suya.

—¿Estás bien? —susurré, con el aliento entrecortado—. ¿Estás segura de esto?

Los ojos de Natalie estaban brillantes y sus mejillas encendidas de deseo.

—Sí —dijo sin dudar—. Sí y sí.

Volvió a besarme. Y esta vez no hubo dudas.

Me cogió de la mano para levantarnos de la mesa y nos movimos por la cabaña sin ser del todo conscientes de ello. Me deshice de mi camisa y ella deslizó las manos por mi piel con una mezcla de asombro y anhelo. La levanté en brazos y la llevé hasta el sofá, donde su cuerpo se hundió en los cojines, con la respiración acelerada y los labios entreabiertos.

Se quitó la sudadera y acercó su piel ardiente y anhelante a la mía. Era la mujer más hermosa que jamás había visto, y era real. Todo en Natalie me hacía desearla y embriagarme de ella de una forma más profunda. Pasé las manos por sus piernas, y sentí la calidez de su piel bajo las yemas de mis dedos; me incliné sobre ella para besarle en el cuello, la clavícula, el borde de su mandíbula y todo lo que pudiera abarcar. De su piel emanaba un aroma suave, sutil, que me hacía perder la cabeza. Su respiración se volvió más entrecortada conforme avanzaba con mis labios por su cuerpo.

Nuestras miradas se cruzaron compartiendo el mismo deseo. Cuando vi la forma en que me observaba, con las pupilas dilatadas y el pecho subiendo y bajando con rapidez, supe que ya nada podía detenernos. Regué su piel de besos, hasta alcanzar su boca con mi lengua demandante de un placer que solo ella podía darme. Natalie arqueó la espalda y jadeó contra mi boca, cuando con los dedos

rocé su vientre y seguí bajándolos para darle lo que me pedía con la mirada. Entonces, con una calma que no cuadraba con el deseo que nos consumía, Natalie cerró los ojos y me abrazó con fuerza cuando me introduje en ella. Nos mecimos juntos y yo supe que mi cuerpo le daba consuelo y volví a dudar de si era lo correcto. Ella murmuró algo muy bajito y yo empecé a moverme con más rapidez, con más fuerza y pasión, hasta que ambos sucumbimos al éxtasis. La miré con cautela y vi el placer y la satisfacción dibujados en su rostro sonriente. Me abrazó, enredada en mi cuerpo, yo coloqué una manta sobre nosotros y se durmió, demasiado pronto como para haber hablado de lo ocurrido.

—Espero no haber sido un refugio para tu tristeza —murmuré, con voz ronca, aunque sabía que no me escuchaba—. No quiero que te arrepientas después, porque me gustas mucho.

La acuné contra mí, besé su cabello y me embelesé mirándola respirar con calma, pero no podía quedarme. Traté de despertarla, pero ella solo gruñó y me abrazó más fuerte. Con delicadez conseguí levantarme, me vestí y la cargué con cuidado para llevarla a su cama y arroparla. Al levantarme y darle un beso en los labios, me cogió de la mano y susurró mi nombre. Me quedé paralizado, sentado en la cama, observando la paz en su rostro. Algo en mi interior se tensó. Sabía que esto no iba a ser fácil, porque Natalie se había convertido en algo más que una chica que pasaba por Breatown en busca de respuestas y que, además, se iba al día siguiente.

Estaba jodido como nunca antes lo había estado. Solté la mano, ella se giró hacia el otro lado, y salí de su cabaña con la certeza de que mi corazón le pertenecía y me iba a costar la vida olvidar la última semana.

CAPÍTULO 14

Natalie

Me desperté lentamente, algo aturdida y confusa. El cuerpo me dolía de una forma extraña, como si hubiera atravesado una tormenta y, al mismo tiempo, estuviera en calma. Permanecí unos segundos inmóvil, con la cabeza apoyada en la almohada y los recuerdos de la noche anterior arremolinándose en mi mente. Pensé en Helen, en la historia de mi madre y la tristeza de saber que mi abuelo murió sin volver a verla, en la carta de perdón que nunca llegó a sus manos y en la similitud peligrosa que tenía con mi propia historia. ¿Será por eso que mi padre se molestó conmigo?

Luego pensé en Henry. Cerré los ojos un instante, sintiendo aún el recuerdo de su tacto en mi piel, el peso de su mirada sobre mí cuando nos besamos, la calidez de su abrazo cuando me desmoroné frente a él. La manera en que su respiración se había entrecortado cuando mis manos se deslizaron por su pecho y la forma en que me amó, con serenidad y con pasión.

¿Cómo iba a mirarlo a la cara después de esto?

Me moví entre las sábanas y solté un suspiro. No me arrepentía de lo que había pasado, pero no podía evitar la sensación de que había buscado refugio en él, que me había dejado llevar por el caos de mis emociones sin pensar en lo que significaba para él.

Me incorporé con lentitud, con el cuerpo aún pesado, y pasé los dedos por mi cabello enredado. No podía seguir pensando en eso. Esa mañana tenía demasiadas cosas por hacer: recoger la cabaña, hacer la maleta, reunirme con los chicos para cerrar los últimos

detalles de la web y, por supuesto, despedirme. La certeza de la última palabra fue como un golpe en el estómago, real y devastadora.

Me levanté y fui hasta la cocina, con la idea de tomar algo que me ayudara a despejarme. El aroma del bizcocho de limón que Henry me había traído la noche anterior seguía impregnando el aire. Lo corté en una rebanada fina y lo acompañé con un café caliente, apoyándome en la encimera mientras daba el primer sorbo.

El sabor ácido y dulce del bizcocho se deshizo en mi boca, evocando algo reconfortante, algo que no quería perder. Salí al porche con la taza entre las manos y me quedé allí, contemplando el lago por última vez. El agua se extendía serena hasta el horizonte, con el frescor matutino, a pesar del sol de la mañana. Las montañas, cubiertas con los primeros indicios de primavera, se alzaban en la distancia, testigos de todo lo que había vivido en estos días.

No quería marcharme y, a la vez, deseaba con fuerza seguir mi curso en Nueva York y conseguir mi sueño.

Inspiré hondo y apuré el último sorbo de café antes de volver al interior. Recogí las cosas, doblé la manta del sofá y metí mi ropa en la maleta con movimientos automáticos. No tardé mucho en dejarlo todo listo. Al cerrar la cremallera, sentí que algo en mi interior también se cerraba.

Era hora de despedirse.

El *Refugio del Lago* estaba animado cuando llegué. La luz natural entraba a raudales por las ventanas, e iluminaba las mesas de madera y los estantes llenos de libros. El clásico aroma a café recién hecho y a los dulces de Harper me dieron los buenos días con calidez. Sabía que ese momento lo iba a añorar.

Los chicos ya estaban allí, sentados en la mesa más cercana a la chimenea. Logan y Pete discutían algo con el portátil sobre las piernas.

—Mira quién está aquí —bromeó Logan al verme llegar—. Nuestra futura diseñadora estrella por la Universidad de Nueva York.

Sonreí y me encogí de hombros mientras dejaba mi bolso en la silla.

—Todavía no tengo el título, pero gracias por la confianza.

—Bueno, pues más te vale no olvidarte de nosotros cuando seas famosa —dijo Pete, guiñandome un ojo.

Me reí, sin ganas reales, y abrí mi *tablet* para revisar todo lo que me habían enviado. Tenía material de sobra para poder crear la web de la empresa de actividades turísticas y aventuras de Breatown. Hablamos sobre el diseño, las secciones que debían agregar y los colores que transmitirían la esencia del lago. Les aseguré que me encargaría de todo desde Nueva York y que en unos días les enviaría los primeros bocetos.

Henry no habló demasiado y eso no era propio de él. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, sentía cómo el calor ascendía por mi cuello hasta mis mejillas. Cuando apartaba la vista para que los demás no se dieran cuenta, podía notar su sonrisa apenas perceptible. Lo que él no podía ver era el enorme agujero que se había abierto en mi pecho por el que se colaban todas mis certezas.

—Entonces, estamos en contacto. Os ayudaré en mis horas libres para que os ahorréis el dinero de la agencia –les prometí.

—Gracias, pero algo tendremos que pagarte. Danos un precio —propuso Henry.

—Es lo justo —añadió Logan.

—Aunque podemos pagarte en especie —dijo Pete y me sonrojé; Henry lo fulminó con la mirada y Logan se puso serio—. Me refiero a llevarla de excursión en verano gratis o darle acceso al BreaSport, no sé qué habéis pensado.

Todos rieron y la tensión se relajó. Henry me miró de nuevo y la seriedad volvió a su rostro.

—Por favor, pásanos ese presupuesto. La excursión está incluida si vuelves a visitarnos —me guiñó un ojo y un calor me recorrió por dentro instalándose en mi pecho. Me esforcé por seguir respirando.

—Gracias, chicos. Ha sido un placer conoceros. Voy a despedirme de Ava.

Me levanté y fui a la barra donde abracé a Ava, a Harper y a Helen entre lágrimas.

—Aquí tienes tu casa, cariño. Ven siempre que quieras. Ah, olvidaba una cosa —añadió Helen—, tal vez quieras conocer a tu tío Samuel. Es el único que sigue por aquí. Ayer no caí en decírtelo.

—¿En serio? —las piernas me temblaban—. Me gustaría. ¿Vive en Sacramento?

—No, cariño. Tiene una librería en uno de los pueblos del lago, *Silver Lake Bookstore* creo que se llama.

—No, no puede ser… Estuve allí con Henry y preguntamos por Walker, pero no dijo que fuera uno de ellos.

—Supongo que quería que lo descubrieras tú. Ya tienes un motivo para regresar aquí cuando acabes las clases. Me encantaría que volvieras, Natalie, y creo que no soy la única.

Me giré tras escuchar las palabras de Helen y encontré a Henry mirándome. Pete y Logan ya se habían ido. Se acercó a nosotras con calma.

—No llames a un taxi, te llevo al aeropuerto.

—No hace falta, de verdad. Puedo ir sola.

—Lo sé —respondió—. Pero quiero hacerlo.

—De acuerdo. Recógeme en media hora.

Un rato después, Henry estaba frente a mi puerta con el todoterreno. Estaba nerviosa al pensar en el largo camino que nos esperaba hasta el aeropuerto. El trayecto fue bastante tranquilo.

Henry conducía en silencio, con las manos firmes en el volante y la vista fija en la carretera.

Yo jugueteaba con la cremallera de mi chaqueta, nerviosa, pensando en cómo abordar lo que pasó entre nosotros. Al llegar a la autopista, pensé que había llegado el momento.

—Sobre lo de anoche… —empecé a decir, mirándome las manos.

Henry no apartó la vista del camino, pero sí noté que agarraba el volante con más fuerza.

—No tienes que decir nada si no quieres.

Apreté los labios antes de suspirar.

—Siento mucho si te hice sentir incómodo. Yo…, estaba confundida.

Esta vez sí me miró, con el ceño levemente fruncido.

—No lo sientas.

Negué moviendo levemente la cabeza, con el pecho encogido.

—No quiero que pienses que fuiste un consuelo para mí.

Henry tomó una curva y luego se giró hacia mí.

—No lo hiciste —dijo con voz firme—. Me gustas, Natalie. Ten por seguro que no hubiera pasado nada anoche de no ser así. No voy por ahí aprovechándome de las chicas francesas tristes —sonrió—. Me gustas y voy a echarte de menos.

Sus palabras fueron un golpe directo a mi corazón. Me quedé sin saber qué decir con un nudo en el estómago y mil ideas revoloteando por mi cabeza. Henry seguía centrado en la carretera, pero sus palabras continuaron resonando en mi cabeza hasta que llegamos al aeropuerto. Cuando bajamos del coche y sacamos mi equipaje del maletero, me quedé de pie frente a él, con la molesta sensación de que había demasiado que decir y muy poco tiempo para decirlo.

—Gracias por traerme —murmuré.

Henry no respondió de inmediato. Solo me miró, como si intentara memorizar mi rostro. Entonces, antes de que pudiera procesarlo, me tomó de la cintura y me besó. Su lengua se enredó con la mía en un baile pausado, tierno y lleno de un deseo que debíamos de apartar, porque no era posible amarnos. Nos saboreamos con calma memorizando cada recoveco de nuestras bocas y poder volver con el recuerdo porque, quizá, esta era la última vez.

Me aferré con fuerza a su chaqueta, mis dedos apretaron la tela con firmeza, y me di cuenta de que no quería que se terminara. Cuando nos separamos, sentí su aliento cálido contra mis labios enrojecidos.

—Vuelve —susurró.

El mundo se paró a nuestro alrededor. No supe qué responder.

—Henry, hasta julio no termino las clases.

—Ven después.

—Después… No tengo ni idea de qué haré. Lo que me contó Helen me hizo pensar en mi padre. Debería ir a verle e intentar que me perdone.

—Lo entiendo, créeme que lo entiendo. Ojalá podamos volver a vernos sin tener que renunciar a quienes queremos. Natalie, no voy a olvidarte nunca.

Nos abrazamos como si pudiéramos llevarnos una parte del otro y no desprendernos más.

—Adiós —balbuceé con lágrimas en los ojos.

Me giré y caminé hacia la terminal, sintiendo su mirada en mi espalda hasta que desaparecí entre la multitud del control de pasaportes. Subí al avión, pegué mi frente en la ventanilla y pensé cuánto había cambiado mi vida en una semana.

CAPÍTULO 15

Henry

Los días se alargaban poco a poco y, aunque el invierno aún se resistía a irse del todo, la primavera empezaba a abrirse paso en los rincones del pueblo. Los árboles desnudos mostraban los primeros brotes verdes, la nieve se derretía en las montañas lejanas y el lago reflejaba la luz de un sol que ya calentaba con más intención.

El cambio de estación trajo consigo un cambio en la rutina. Manuel había viajado a España poco después de que Natalie se marchara y, un mes después, Ava hizo lo mismo con Harper, pero en dirección a Nueva York. Se habían tomado una semana para desconectar, explorar la ciudad y visitar a viejas amistades, aunque el motivo principal era que mi hermana se quitara la tristeza con la que vivía desde que Manuel se marchó. Mientras tanto, el café quedó en mis manos y, sin Harper para hacer magia con la repostería, tuve que apañármelas con lo que había. Por suerte, mi prima dejó bizcochos medio preparados y con la ayuda de Sally y las manos de Helen, pudimos mantener el nivel, sin tener que abandonar mi trabajo en el BreaSport ni la planificación de las actividades turísticas. Todos, hasta Charlize, colaboraron durante esos días como la comunidad que éramos.

Durante esa semana, el café de la mañana se convirtió en mi ritual. Abría temprano, encendía las luces y ponía a calentar la cafetera, mientras el olor a pan tostado y bizcochos recién salidos del horno, impregnaba el ambiente. La gente del pueblo entraba con los abrigos, ya no tan cerrados como en invierno, y las mejillas

sonrosadas por el sol, buscando calor en una taza de café o té y en la charla pausada que siempre la acompañaba.

—¿Cuándo vuelve Ava? —preguntó la señora Thompson una mañana, mientras removía su té de manzanilla, aunque no le echaba azúcar.

—En dos días, si no decide que Nueva York es mejor que este pueblo perdido en la montaña —respondí, apoyando los codos en la barra.

Helen soltó una risa cómica y ladeó la cabeza.

—No lo hará. Este es su hogar, como lo es para todos nosotros.

Lo dijo con la certeza de alguien que había vivido lo suficiente como para saberlo con seguridad. A veces, cuando la veía sentada en la mesa de la esquina, con sus gafas sobre la nariz y un libro entre las manos, pensaba en lo mucho que había visto y en las historias que guardaba en su memoria.

La vida en Breatown seguía su curso. Charlize y Daniel se pasaban de vez en cuando por *El Refugio del Lago* o por mi gimnasio, el *BreaSport*, donde nos reuníamos por las tardes a hacer ejercicio.

La web y la preparación de las actividades para el verano, ocupaba el resto de mi jornada. Las reuniones con Natalie se convirtieron en pequeños puntos de luz en mis días, aunque jamás lo admitiría en voz alta. Nos conectamos por videollamada cada semana para revisar el progreso de la web y, aunque al principio las conversaciones se mantenían dentro de los límites profesionales, con el tiempo se fueron relajando. Cuando los chicos se iban nos quedábamos los dos alargando la conversación. Poco a poco, nos conectábamos solos o chateábamos desde la cama. Me gustaba darle las buenas noches, aunque su horario fuera diferente al mío por las horas que nos separaban.

En la pantalla, ella aparecía siempre con un café en la mano y sin maquillar, con aspecto relajado y actitud de pasar un buen rato tras

el trabajo. Yo, por mi parte, solía estar en *El Refugio* o en casa, con Finn durmiendo a mis pies y la chimenea crepitando de fondo. Hablábamos de los avances de cada uno, de la tienda alojada en la web, de los textos que había que ajustar, pero inevitablemente la conversación se desviaba hacia lo cotidiano. Me contaba sobre sus clases, sobre las calles bulliciosas de Nueva York, sobre cómo echaba de menos el sonido del lago por las noches. Y yo… yo la escuchaba, con una sonrisa oculta, sin decirle que también la echaba de menos. Sin decirle que cada vez que su imagen desaparecía de la pantalla, me quedaba mirando el oscuro reflejo del portátil, preguntándome cuánto tiempo más iba a seguir sintiéndome así.

Desde que Natalie había terminado el diseño y habíamos lanzado la web, las reservas comenzaron a llegar poco a poco. Primero fueron algunas consultas de turistas curiosos, interesados en las rutas de senderismo y las actividades en el lago. Luego, con la llegada del buen tiempo, empezaron a confirmarse las primeras reservas.

Una tarde, mientras revisábamos las estadísticas en la pantalla del portátil, Logan soltó un silbido entusiasmado.

—Mira esto. Cuatro reservas en menos de dos horas.

Pete se apoyó en el respaldo de su silla y sonrió con satisfacción.

—Te lo dije, tío. Necesitábamos esto. Ya no dependemos solo del boca a boca.

Yo observé la pantalla en silencio, sintiendo una satisfacción silenciosa abrirse paso en mi pecho. Había sido una buena idea. Y Natalie… Natalie lo había hecho posible.

—Vamos a necesitar más equipo si esto sigue así —dije, cruzándome de brazos.

—Y más guías —añadió Logan, cerrando el portátil—. Pero eso es un buen problema.

Asentí, aunque mi mente estaba en otro sitio.

—¿Todo bien? —preguntó Pete, mirándome con curiosidad.

—Sí. Solo pensaba en que… deberíamos hacerle un regalo a Natalie por esto. No ha querido cobrarnos.

Logan arqueó una ceja y sonrió con picardía.

—Ya, pero porque lo va a presentar como proyecto para obtener su diploma. Hemos sido sus conejillos de indias.

—Aun así.

—Henry —mi nombre en boca de Pete sonó más serio que nunca —, sabemos que Natalie es algo más que una diseñadora web para ti, no hace falta que lo ocultes. Si regalarle una aventura hace que venga, cuenta conmigo para prepararla.

Le di una colleja de amigo pues, aunque trataba de disimularlo, estaba claro que todos se habían dado cuenta de que Natalie me importaba mucho.

Con todo, a pesar de ocupar los días para pensar lo menos posible, las noches eran lo peor.

Cuando terminaba el trabajo, el silencio del pueblo se asentaba sobre las calles y la única luz provenía de las farolas y del reflejo de la luna en el lago, y yo.., yo me encontraba con el vacío que me dejó su ausencia. Había aprendido a vivir con ello. No me quejaba, no hablaba demasiado de mis sentimientos y, si alguien mencionaba a Natalie, asentía con una sonrisa y cambiaba de tema. Pero la verdad era que no pasaba un solo día sin que pensara en ella.

A veces, en la tranquilidad de la noche, sacaba el móvil del bolsillo y miraba su contacto, sin saber muy bien qué decirle. No quería ser ese tipo de hombre que insiste cuando no debe, que presiona cuando la otra persona tiene su propio camino que recorrer.

Pero, joder, la echaba de menos.

Una noche, cuando salí a pasear con Finn, el aire estaba más templado de lo habitual, con ese aroma a tierra húmeda, tan propio de la primavera. Caminamos hasta el lago y nos sentamos en uno de los muelles, con los pies colgando sobre el agua tranquila. Finn se acomodó a mi lado, con la cabeza apoyada en mi pierna, y yo dejé que mi mirada se perdiera en el reflejo de las estrellas en la superficie del lago. Me pregunté qué estaría haciendo en ese momento. Si pensaba en mí. Si alguna vez volvería a verla.

El viento suave de la noche hacía que las luces reflejadas en el lago se movieran. La estela de la luna se movía sobre el agua como si la pintara y pensé en los dibujos de Natalie que trazaba con mano firme, ladeando la cabeza, como si así las ideas que le llegaban se pudieran transmitir mejor. Era un gesto de concentración tan suyo que me hacía sonreír al recordarlo. Alcé la cabeza para mirar la luna llena y recorrí ese reflejo que iluminaba la oscuridad del lago. La sinuosidad de la luz ondeante parecía pintar sobre el agua. «Natalie, la luna dibuja tu nombre», pensé para mí con el corazón hecho un puño.

Suspiré y pasé una mano por el lomo de Finn, que me consoló con el calor de su pelaje bajo mis dedos. Natalie tenía su vida, y yo tenía la mía. Eso era lo más sensato porque nunca quería hablar de lo que haría al acabar las clases, así que, perdí la esperanza. Lo mejor que podía hacer era seguir adelante, como ya hice al irse mis padres. Aun así, sabía que no sería tan fácil. Porque, aunque intentara convencerme de lo contrario, la verdad era que aún no había conocido a nadie que me hiciera sentir lo que ella me provocaba.

CAPÍTULO 16

Natalie

El timbre del teléfono sonó varias veces antes de que Fred respondiera.

—Vaya, te has acordado de que tienes un hermano. —Sonreí, aunque la broma no logró disipar el nudo en mi estómago.

—No exageres. Te llamé hace dos días.

—Lo sé, lo sé —respondió con un tono más suave—. Lo que en realidad me preocupa es que me llames tanto. ¿Qué pasa, Nat? Ya te dije que no tengas prisa, debes centrarte en los estudios.

Desde que llegué de Breatown lo había llamado varias veces, primero para contarle todo lo que averigüé sobre la familia de mamá y luego para desahogarme con él con cada duda que surgía entre mis pensamientos, sobre todo respecto a papá. Se quedó tan impactado como yo al conocer la historia de nuestra madre y con ganas de saber más. Ojalá no estuviera tan atado a su restaurante en París y pudiera venir para vivirlo juntos. Me mordí el labio.

—Le he escrito a papá, otra vez. Ya que las llamadas no las coge, al menos que tenga por escrito lo que le quiero decir.

El silencio al otro lado de la línea fue breve, pero suficiente para tensarme.

—¿Y?

—Nada. Ni una palabra.

Fred soltó un suspiro largo.

—Lo suponía.

—Lo sé. Pero eso no hace que duela menos.

Me removí en el sillón de mi habitación, jugando con el borde del suéter que llevaba puesto. Al otro lado de la ventana, Nueva York latía con su energía imparable e indiferente a mi confusión. Desde mi escritorio podía ver las luces de la ciudad extenderse hasta el horizonte, brillando como estrellas urbanas. Pero, en ese momento, toda esa inmensidad me resultaba sofocante.

—Quizá solo necesita tiempo —volvió a decir Fred, aunque ambos sabíamos que no estaba del todo convencido.

—¿Más? ¿Cuánto? —murmuré—. Llevo meses lejos, le he escrito sin reproches, solo para saber cómo está y decirle que yo estoy bien. ¿Es que ya no le importo?

—No es eso, Nat. Él sabe que estás bien, yo se lo digo. Necesita procesar…, lo que sea que pasa por su cabeza, porque no consigo que me lo cuente. Confío en que en algún momento recapacite y cambie de actitud, porque sé que te quiere. Quizá es eso, te quiere demasiado y teme perderte. Sabes que estoy de tu parte.

La frustración se acumuló en mi pecho.

—Lo sé y te agradezco el apoyo que me das. Sola ya me habría hundido.

—Mira, yo también quiero que hable contigo, pero no puedes dejar que esto te afecte demasiado. Todavía te quedan unos meses de clases. Concéntrate en terminar bien, en sacar tu diploma y trabajar. Te ha costado mucho entrar en ese posgrado y no debes perder la oportunidad porque tu cabeza esté en otro sitio. Ya decidirás qué hacer después, ¿de acuerdo, pequeña? Lo mejor que puedes hacer es centrarte en lo que puedes controlar.

Me quedé en silencio, con la mirada perdida en los rascacielos lejanos para que no viera cómo mis ojos se humedecían. Necesitaba

un abrazo, de Fred, de mi padre… Los echaba mucho de menos y me sentía tan sola. Pero era mi decisión y no iba a flaquear.

El móvil vibró una vez más sobre la mesita de noche, pero cuando lo miré, el chat con mi padre seguía en blanco. Suspiré y volví a dejarlo boca abajo, con el peso del desánimo alojado en mi pecho.

—Nada —murmuré, más para mí misma que para Fred, que seguía en la pantalla de mi *tablet*.

—Me lo imaginaba —su voz sonaba tranquila, pero había una sombra de preocupación detrás de su tono pausado—. Sabíamos que esto podía pasar, Nat.

Me pasé una mano por la frente, masajeándome las sienes con los dedos. Vivía en la ciudad más excitante del mundo, la que quería exprimir y disfrutar al máximo, y, sin embargo, tenía la sensación de estar atrapada en una burbuja, lejos de todo lo que realmente importaba. Una sensación que no me dejaba respirar con normalidad.

—¿Sigues pensando en volver? —Escuché la voz de mi hermano que interrumpió mi deriva mental.

No respondí de inmediato. Me giré para verle la cara en la pantalla.

—No lo sé.

—Ya. Hazme caso, céntrate y, sobre todo, no tomes decisiones precipitadas. No hace falta que decidas nada ahora. Ya lo harás cuando termine el curso, prométemelo. Te quiero, Nat.

Eso era fácil de decir, pero la sensación de que el tiempo se me escapaba de las manos era cada vez más abrumadora.

—Dale besos a papá, aunque no los desee. Yo sí os quiero. A los dos.

Fred tenía razón. Me despedí de él, con la añoranza agarrada a la garganta, y cerré la videoconferencia con la mirada perdida en la pantalla.

Había tantas cosas consumiéndome por dentro que apenas podía centrarme. Como Henry y el hecho de que, con cada día que pasaba, julio se acercaba y aún no había tomado una decisión.

Los días en Nueva York pasaban entre clases, trabajo y salidas ocasionales con mis compañeras. La vida tenía su propio ritmo, su propia dinámica y, aunque me reconfortaba la rutina, en los últimos días había comenzado a notar el peso del tiempo escapándose entre mis dedos. Ese ritmo constante y sin fisuras, me ayudaba a no pensar demasiado, aunque cada vez que abría la web de la empresa de Henry para revisar si funcionaba bien o ayudarles con cualquier cosa, algo en mi pecho se encogía.

Un viernes, después de cenar en la cocina común de la residencia, nos reunimos en la habitación de Lauren. La luz cálida de la lámpara de pie le daba un toque acogedor, mientras que el aroma a vainilla y sándalo de las velas encendidas invadía el aire con una sensación de calma. El suelo de madera estaba cubierto con una alfombra mullida y los cojines esparcidos por todas partes hacían que la escena pareciera sacada de una película de esas en las que el mundo exterior desaparece. No parecía una residencia de estudiantes. Sin duda, Lauren tenía un toque encantador para la decoración.

Hanna se acomodó contra la cabecera de la cama con su taza de té, mientras Becky cruzaba las piernas en el suelo y apoyaba la espalda contra la cómoda. Yo me tapé con una manta ligera, buscando calor en el tejido suave que me acariciaba los brazos.

—Así que —Lauren bebió un sorbo de su té y me miró por encima del borde de la taza—, ¿ya has decidido algo?

Solté un suspiro, tras el cual, dejé caer la cabeza contra los cojines. Becky abrió una caja de *macarons,* que compró en una tienda francesa, porque así éramos nosotras: las tristezas las aplacábamos con dulce.

—No lo sé.

Becky dejó escapar una risa entre dientes.

—Has dicho eso tantas veces que podríamos hacer un juego de chupitos por cada vez que lo repites y acabarías doblada de la borrachera.

—No es tan sencillo —murmuré, jugueteando con el borde de mi manga mientras las demás se reían con su broma.

—Claro que lo es —intervino Hanna, rodeada de cojines—. Si te gusta el chico, si el pueblo te hace feliz, ¿qué más necesitas? Me parece una historia de amor preciosa. Ya quisiera yo que mi Jack fuera la mitad de tierno que tu Henry.

Me mordí el labio cuando sentí que un calor me subía por el cuello.

—No es «mi» Henry y no es solo por él.

Becky arqueó una ceja con interés.

—¿Entonces?

Suspiré.

—Es muy complicado, chicas. Está la familia que no conozco, la historia de mi madre, todo lo que Helen me contó, mi padre, tengo que buscar trabajo… ¿Cómo podría simplemente volver allí sin más, como si el resto no importara?

No les había contado todos los detalles, pero sí lo suficiente como para que entendieran que había una historia complicada detrás de mis dudas.

—¿Y si todo esto está pasando por algo? —murmuró Becky, la más romántica de las cuatro—. Piensa en ello: el pueblo, Henry, la familia que no conocías… Parece sacado de una novela.

Hanna sonrió con aire pensativo.

—Es fascinante. Como dice Becky, pareces la protagonista de una historia de misterio, Nat. Un pasado oculto, una familia que no conocías, un romance con un chico de pueblo... Vamos, es una novela en desarrollo.

Lauren se echó a reír.

—La verdad es que un poco sí lo parece.

Bufé, poniendo los ojos en blanco, haciéndome la ofendida, aunque por dentro me moría de risa, algo que agradecí en silencio.

—O una tragedia griega.

Becky negó con la cabeza.

—O una historia de amor épica.

—Por favor, chicas. No os paséis.

—En serio, Nat, me parece fascinante —siguió Hanna—, tienes la oportunidad de reconstruir una historia que ha estado oculta durante años. ¿No te emociona ni un poco?

—Yo creo que le aterra, ¿verdad? —añadió Lauren con cautela.

Becky dejó su taza sobre la mesita de noche y me señaló con un dedo.

—Te he observado, Nat. No eres la misma desde que volviste de las vacaciones. Nueva York sigue siendo la ciudad que elegiste, pero ya no te llena igual que antes. Algo en ti cambió en Breatown.

Me removí en los cojines al sentir cómo sus palabras resonaban demasiado fuerte dentro de mí.

—Y, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Dejarlo todo y volver? ¿Así, sin más? Estáis locas. Aunque os parezca una novela, no lo es. Tengo que ser responsable y allí no tengo nada seguro.

Lauren se encogió de hombros.

—También puedes quedarte aquí y preguntarte toda tu vida qué habría pasado si te hubieras atrevido.

Hanna sonrió con calma.

—En serio, Nat. Piénsalo —al decirlo, inclinó la cabeza, y me observó con curiosidad—. No tienes que quedarte en Nueva York solo porque es lo que planificaste. Y tampoco tienes que volver si no es lo quieres. Hagas lo que hagas, aquí estaremos para acogerte si crees que es un error.

Lauren dejó su taza en la mesita y me miró con una gravedad inesperada.

—¿Sabes lo que pienso? Creo que ya sabes la respuesta. Solo tienes que dejar el miedo a un lado para verla con claridad.

Sus palabras fueron como una sacudida que me impactó en el pecho, tanto que hasta sentí cómo se hundía levemente. Me aparté la manta que, de pronto, me daba mucho calor y, sin embargo, tenía los dedos helados. ¿Y si tenían razón?

—Ya, mi decisión es que es hora de irnos a tomar unas copas —le di un giro a su insinuación—. ¿Quién se apunta?

Los días pasaron entre clases, trabajos y proyectos. Me sumergí en la rutina, en los libros y en los patrones de diseño que tenía que perfeccionar para mis presentaciones. Trabajé en la agencia de diseño de marcas, donde había conseguido unas prácticas, y acepté cada encargo que llegó a mi bandeja de entrada. Nueva York se había apoderado de mí con su ritmo incesante, con su energía arrolladora y con su inagotable bullicio. Pero por las noches, cuando la ciudad era solo un murmullo lejano y la calma se instalaba en mi habitación, Henry regresaba a mi mente y, con él, la sensación de que me estaba engañando a mí misma.

Seguíamos en contacto. No tanto como antes, no con la misma frecuencia, pero las llamadas seguían allí. Cuando dejamos de tener reuniones con los tres, porque la web ya marchaba sola, él y yo seguimos viéndonos. En cada videollamada, su imagen aparecía en la pantalla con el pelo despeinado y una sonrisa serena, con la calidez que siempre me había hecho sentir en casa. Me gustaba verlo tan cotidiano, como cuando llevaba una chaqueta de lana y Finn asomaba la cabeza por un lado del sofá. Me contaba cómo iban las reservas, cómo Logan y Pete estaban organizando las actividades y cómo el lago empezaba a llenarse de turistas con la llegada del buen tiempo. Pero después de eso, la conversación se volvía más pausada y se llenaba de silencios que antes no existían, sin que yo hiciera nada por evitarlos. Me quedaba observándolo, memorizando

sus contornos, la forma en la que su expresión cambiaba cuando creía que no lo estaba mirando. Pero después de esos minutos de charla, el silencio se colaba entre nosotros. Antes, cuando terminábamos de hablar de la web, nos quedamos un rato más, con excusas tontas para alargar la conversación. Después, cuando el silencio se extendía entre nosotros, él simplemente sonreía con calma y decía:

—Bueno, Nat… hablamos pronto.

Yo no lo rebatía, aunque sintiera un vacío extraño cada vez que la pantalla se apagaba. Porque la verdad era que no quería que se apagara. Cuando nos despedíamos, sentía el vacío extendiéndose en mi pecho, recordándome que cada día que pasaba, el fin de curso estaba más cerca.

La sensación de su ausencia era cada vez más pesada. Me daba cuenta de que lo buscaba en los pequeños detalles, en las mañanas en las que me preparaba café y recordaba el bizcocho de limón que me llevó aquella noche, en las tardes de lluvia en las que extrañaba el sonido del lago y cuando la luna asomaba por mi ventana, lejos, redonda y menos luminosa que cuando la veía en Breatown.

A veces, en las noches más tranquilas, cuando la ciudad se apagaba y el cansancio me pesaba en los huesos, sacaba el móvil y releía nuestros mensajes. La complicidad seguía ahí, pero también la distancia. Él nunca me preguntaba directamente si volvería en verano y yo nunca le dije que no podía dejar de pensar en él.

El tiempo se esfumaba, el mes de julio estaba a la vuelta de la esquina, y yo tenía que tomar una decisión.

CAPÍTULO 17

Henry

El sol de junio brillaba sobre el lago con más intensidad que otros meses, y me regalaba una de las imágenes que más me gustaban: el reflejo de los rayos sobre la superficie del agua con destellos que temblaban con la brisa y parecían estrellas. La primavera se había despedido y dejaba paso a días más cálidos, a noches más cortas y al ir y venir de turistas que comenzaban a poblar el pueblo. Para nosotros, eso significaba el inicio de la mejor temporada para la empresa que, por fin, ya era un hecho.

La idea que comenzó como una conversación entre cervezas en *El Refugio del Lago* y que probamos de forma puntual el verano anterior, se había convertido en una realidad. *BreaSport Outdoor Adventures* ya no era solo un plan en papel, una distracción de tres amigos, sino una empresa con una web en funcionamiento y reservas confirmadas para los próximos meses. Cada día, llegaban más correos con preguntas sobre rutas, alquiler de equipos y excursiones en el lago. Logan y Pete estaban entusiasmados, y yo… bueno, yo también debería estarlo. Pero algo dentro de mí se sentía incompleto. Ese algo tenía un nombre.

—Henry, esto ya es una locura —dijo Logan, sacándome de mis pensamientos mientras hojeaba los folletos que habíamos diseñado con ayuda de Nat—. Tenemos ocupación total en julio y agosto.

Le contesté con una sonrisa silenciosa, ordenando los papeles en la mesa de reuniones de la empresa de Daniel. Nos había invitado a

charlar sobre cómo podíamos integrarnos en el *dossier* de bienvenida que entregaba a los huéspedes de las cabañas.

—Esto es solo el principio —añadió Pete, apoyado en el respaldo de la silla con una sonrisa satisfecha—. Dentro de poco necesitaremos más monitores.

—Y más equipo —añadí, frotándome la nuca—. Pero eso no es un problema, porque será señal de que todo va bien: ahora mismo no podemos invertir más.

Daniel nos observó desde el otro lado de la mesa, con los brazos cruzados y una expresión más cercana a la satisfacción de un padre, que a alguien que quisiera hacer negocios con nosotros.

—¿Y tú? —preguntó de repente.

—¿Yo qué?

—No pareces tan entusiasmado como Logan y Pete, y eso que eres el alma de esta aventura.

Logan soltó una risa irónica y Pete le dio un codazo a modo de advertencia.

—Estoy cansado, eso es todo —respondí, tajante, para quitarle importancia—. Demasiado estrés eso de ser el alma, como tú dices; ya podrían estos dos compartir mis quebraderos de cabeza conmigo, que yo, además, tengo un gimnasio que gestionar. —Les di dos collejas que recibieron entre risas y quejas que no sentían.

—Henry… —Daniel me miró serio, con la intensidad con la que solo alguien que te conoce de verdad puede hacerlo—. ¿Has sabido algo de ella?

Me tensé ligeramente en la silla y desvié la mirada hacia la ventana, donde el reflejo del lago parpadeaba entre los árboles.

—No —dije—. Bueno, hablamos a menudo, pero como cliente suyo. Poco más.

Daniel no se lo tragó.

—¿Y aún piensas en ella?

—¿Cómo no voy a hacerlo? —solté con un suspiro, y me pasé una mano por la mandíbula—. Cada vez que entro en la web, o reviso un correo de una reserva, ahí está. Su trabajo ha dejado huella en todo esto. Es inevitable, está por todas partes.

Hubo un silencio. Logan y Pete intercambiaron una mirada rápida, pero no dijeron nada. Daniel, en cambio, se inclinó hacia adelante con los codos sobre la mesa.

—Ya veo. ¿Qué piensas hacer al respecto?

Me reí sin humor y negué con la cabeza.

—No depende de mí. Ella está en Nueva York, tiene su vida, sus estudios, y yo no estoy en su futuro. Mejor olvidarlo, dejad ya este tema, os lo ruego.

Daniel no respondió enseguida. Se limitó a observarme con expresión del que sabe más por experiencia que por sabio.

—A veces creemos que el futuro está en un sitio cuando, en realidad, nos espera en otro. Así fue conmigo, ya lo sabes.

Ese comentario, que coincidía con algo que le dije a Natalie hacía tiempo, quedó flotando en el aire, como una verdad difícil de asimilar para los tres veinteañeros, que aún cabalgábamos entre una adolescencia cada vez más lejana y la madurez que se acercaba lenta e inexorable.

Terminamos la reunión y nos despedimos. Logan y Pete se fueron al muelle a supervisar un nuevo envío de kayaks, pero yo decidí ir al café de Ava, con la que apenas había podido hablar desde que volvió de Nueva York. Además, necesitaba despejar la mente, y nada como un buen café y algún dulce de Harper que aplacara el sonido de mis tripas.

Al entrar, el sonido de la campanilla me introdujo en un ambiente familiar. Ava estaba tras la barra, preparando un capuchino con una

destreza automática. Harper, sentada en un taburete, hojeaba una revista de viajes con aire distraído.

—Mira quién ha decidido honrarnos con su presencia —bromeó Harper sin levantar la vista.

—No empieces —resoplé, dejándome caer en un taburete.

Ava me miró de reojo, mientras servía el café en una taza de cerámica blanca.

—¿Todo bien?

—Sí, solo necesitaba un descanso. Ser emprendedor en un pueblo es duro, ya lo sabéis. No me esperaba un trabajo de veinticuatro horas —sonreí.

—Lo imaginaba. Bienvenido al club, primito. —Harper dejó la revista a un lado y sonrió con picardía—. ¿Te ha contado Ava a quién vimos en Nueva York?

La tensión en el estómago fue inmediata, porque lo sabía, aunque mi hermana aún no había tenido tiempo de contármelo. Por eso, estaba ahora en el café, aunque me dijera a mí mismo que la intención no era esa.

Ava le lanzó una mirada de advertencia antes de girarse hacia mí.

—Nos tomamos un café con Natalie.

Mi pulso se aceleró de golpe.

—¿Y…?

—Está bien —respondió con una sonrisa llena de ternura—. Muy ocupada con sus estudios y el proyecto final, como debe ser.

Esperé a que añadieran algo más, pero ambas se limitaron a intercambiar miradas significativas para ellas que a mí no me decían nada.

—¿Nada más? —insistí, sintiendo una punzada de frustración.

Harper se encogió de hombros con aire despreocupado.

—No parecía haber cambiado mucho. Estaba igual de guapa y, ya sabes, con esa elegancia parisina tan suya.

No supe si eso era bueno o malo. Supongo que no les preguntó por mí si no me decían nada. Me quedé con ganas de saber si pensaba volver por Breatown, pero me callé. Estaba a punto de comentar algo cuando la campanilla sonó de nuevo y la voz de Helen nos llegó nítida.

—Ava, cariño, ¿nos pones dos tés de jazmín, por favor?

Levanté la vista y mi respiración se detuvo un segundo. Junto a Helen, un hombre, de cabello canoso y gafas redondas de montura fina, se quitaba la chaqueta, mientras miraba a su alrededor con la curiosidad de los que llegan a *El Refugio* por primera vez y descubren el equilibrio entre libros y café que ha logrado mi hermana. Me fijé en su rostro y una sensación extraña me inquietó. Ese hombre me sonaba. Lo conocía de algún sitio y no lograba ubicar dónde.

Helen le indicó una mesa junto a la ventana y, cuando él se giró y lo vi de frente, supe exactamente quién era. Lo había visto antes en la librería de aquel pequeño pueblo junto al lago al que llevé a Natalie. La librería que encontramos al buscar la dirección de la carta de la madre de Nat.

—¿Henry? —Ava me miró con el ceño fruncido—. ¿Te pasa algo?

Tragué saliva, sin apartar la vista del hombre.

—Nada —mentí. En realidad sí que me pasaba algo, aunque no sabía exactamente qué. Las palabras del librero llegaban a mí en un recuerdo confuso «*Un apellido con raíces en esta zona*», *«a veces, las respuestas están en los lugares menos esperados*». Helen y el librero juntos, seguro que era por algo relacionado con Natalie.

Unos minutos más tarde, la sala estaba lista para la sesión del club de lectura en *El Refugio del Lago*. La chimenea era solo un adorno,

gracias a que junio traía una calidez que no necesitaba de la leña. Las luces cálidas iluminaban las sillas puestas en círculo para facilitar la lectura, y el olor a manzanas dulces, que se desprendía del bizcocho del mes, flotaba en el aire y le daba al espacio una atmósfera acogedora. Los miembros del club comenzaban a llegar, casi todos hablaban del buen tiempo que hacía por fin, y se saludaban con sonrisas. Helen ya estaba instalada en su rincón favorito, hojeando un ejemplar de *La casa de los espíritus* con aire concentrado. Nos presentó a Samuel como el dueño de *Silver Lake Bookstore* interesado en la dinámica del club. No añadió nada más.

Ava dejó la bandeja con las bebidas de cada uno en el centro de la mesa, y se sentó con nosotros.

—Esta noche va a ser interesante —comentó Harper, acomodándose en una silla junto a la ventana.

Me apoyé en el marco de la puerta, observando el bullicio del lugar. Era una rutina familiar, un ritual que había presenciado decenas de veces, un triunfo de mi hermana y de mi prima del que me sentía muy orgulloso. Y pensar que todo comenzó cuando Charlize llegó a nuestras vidas con una idea que parecía descabellada y que relanzó al pueblo.

Sin embargo, ese viernes me sentí diferente. Mi empresa también empezaba a moverse, mi sueño de trabajar en algo útil para la comunidad de Breatown se hacía realidad, el ambiente en el pueblo era cada vez mejor y, sin embargo, un hueco en el pecho no me dejaba disfrutar de todo ello. Un hueco que esperaba a una mujer, que probablemente no volvería. Ella se quedaría en Nueva York o se iría a París. Que yo sintiera que aquí estaba su lugar no era suficiente para que ella lo viera así. Además, solo pensar en ello me hacía sentir muy egoísta por mi parte. ¿Quién era yo para saber cuál era el lugar de Natalie? Sin embargo, mi cabeza no se quedaba con esa pregunta y de una, surgían más, como los pañuelos que un mago saca del sombrero. ¿Qué hueco tenía ella que rellenar? ¿Dónde estaban esas piezas que decía que le faltaban? No era justo pensar primero en mí, porque ella tenía la oportunidad de conocer

su pasado y acabar de construirse, sola. Reconocer que yo no era necesario para que lo lograra era honesto y triste a la vez. En eso la envidiaba, porque Ava y yo seguíamos sin saber nada de nuestra madre y probablemente nunca lo sabríamos.

Miré a mi alrededor, a las personas que formaban parte de mi día a día y di gracias por ser mi familia real, aunque no fuera biológica. Paré el recorrido que hacía con la mirada al llegar al hombre que permanecía sentado junto a Helen, a pocos metros de donde yo estaba, y la idea de que podría ser la clave para traer a Nat de vuelta fue germinando en mi cabeza. El círculo se cerraba.

CAPÍTULO 18

Natalie

El murmullo del aeropuerto era un eco lejano, un sonido que emanaba de los altavoces con llamadas a vuelos, anuncios entrecortados y conversaciones entre desconocidos que iban y venían con prisas. Pero yo no me movía, no era capaz.

Sentada en una de las sillas metálicas, junto a la puerta de llegadas, con la maleta entre mis piernas, miraba el móvil sin leerlo de verdad. Pasaba los dedos por la pantalla arriba y abajo, una y otra vez, leyendo el mensaje que me había traído hasta aquí. Lo había leído tantas veces, que las palabras estaban grabadas en mi memoria y, aun así, lo volvía a leer.

No sabía si era una señal, si era una simple casualidad o si me lo escribió para ayudarme a tomar la decisión que estaba a punto de tomar. Pero lo cierto era que ya estaba aquí. Había hecho miles de kilómetros por aire con una sola pregunta latiendo en mi pecho: ¿y ahora qué?

Con el diploma de posgrado bajo el brazo tras una graduación en la que fui la única que estuvo sola, acogida por la familia de Lauren para celebrarlo, y tras despedirme de la agencia, hice la maleta y saqué el billete de avión, sin decírselo a nadie más que a mis tres amigas de la residencia. Acababa de aterrizar sin un plan ni un destino concreto.

Inspiré hondo y guardé el móvil en el bolsillo de mi pantalón. Me levanté con el estómago encogido y avancé hasta la salida.

El aire fuera era fresco, más de lo que esperaba para estar a comienzos de julio. Sería por la hora tan temprana a la que llegué o tal vez eran los nervios los que me hacían estar destemplada. Me puse un pañuelo al cuello y busqué un taxi entre la fila de coches que esperaban a los pasajeros. Cuando llegó mi turno, el conductor bajó para meter la maleta en el coche y me miró sonriente.

—¿Adónde vamos?

Tragué saliva y le di una de las tres direcciones que barajaba por ser la primera a dónde ir. Lo decidí en ese instante.

La ciudad se fue desplegando a través de la ventanilla, mientras el coche avanzaba hacia las afueras. Las calles estaban salpicadas de luces tenues que se iban apagando conforme amanecía. Todavía se veía a poca gente por las calles y solo algunos cafés tenían la luz encendida y en sus ventanas se dibujaban siluetas difusas de personas que se refugiaban al calor de una conversación pausada y una bebida humeante.

Yo, en cambio, no tenía dónde refugiarme. Todo era confusión y planes esbozados que no llegaba a realizar. Cada uno tenía sus pros y sus contras y todavía no estaba segura del que había escogido en primer lugar. Mi estómago se retorcía cada vez que el coche tomaba una curva. Me sentí atrapada entre la expectación y el miedo, entre la certeza de que estaba siguiendo el camino correcto y la duda de si estaba preparada para ello.

Cuando el taxi se detuvo, me quedé quieta, sin moverme. Miré a través del cristal. Frente a mí, la librería se alzaba con su fachada de piedra envejecida, con el letrero de madera colgando de una cadena y las ventanas marcadas por postigos, que parecían haber sido repintados más de una vez. La luz cálida de su interior contrastaba con el gris del exterior, como si guardara un mundo distinto dentro de sus muros.

Mis dedos se aferraron al asa del bolso y la idea de regresar al aeropuerto pasó fugaz por mi cabeza. Pero la dejé ir.

Bajé del coche con movimientos mecánicos, le pagué al taxista y me quedé en la acera, paralizada por el peso del momento sobre mis hombros. El viento me trajo el aroma de la madera vieja y de las flores silvestres que me hicieron evocar una época vivida solo en mi imaginación.

Mi madre había estado aquí. Veía una imagen desdibujada de ella sentada frente a mí en esa misma calle, jugando con sus amigos o leyendo alguna novela de la librería familiar.

Mis piernas parecían ancladas al suelo, pero mi corazón latía con fuerza. Por fin, decidí avanzar.

Empujé la puerta, que se abrió con un chirrido que me asustó. Dentro, el ambiente era completamente distinto al exterior. El olor a libros antiguos me llegó de inmediato, junto con la fragancia sutil de té que flotaba en algún rincón. Las estanterías se alzaban hasta el techo, repletas de volúmenes de distintos tamaños y colores, con títulos en dorado desvanecido y portadas desgastadas. Una mesa en el centro mostraba las novedades editoriales, tan distintas a los volúmenes antiguos de las estanterías, y una escalera de madera se apoyaba contra uno de los estantes, para facilitar el acceso a los estantes más altos. Todo estaba igual a como la vi la primera vez. Pero lo que más me impresionó fue el silencio que me sobrecogió. Me acerqué sin decir nada al mostrador donde estaba él, observándome con dos tazas de té recién servidas. Nuestras miradas se encontraron, en el silencio de las palabras los ojos lo decían todo. Samuel no mostró ninguna sorpresa al verme. Fue reconocimiento lo que vi en él. Dio un paso adelante, alejándose del mostrador con una calma que contrastaba con la tormenta que se agitaba en mi pecho. Se detuvo a unos metros de mí, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en la mía.

—¿Cómo te gusta el té?

—¿Cómo sabías que quiero uno?

—Lo he preparado al ver que titubeabas al salir del taxi. Pensé que te vendría bien después del viaje.

—Gracias.

—Sabía que volverías.

Su voz fue baja, casi un susurro, pero cada palabra se clavó en mi piel y mi garganta se cerró.

—Desde el día que entraste por esa puerta en marzo, tuve claro que regresarías a buscar respuestas. —Su voz se tornó más cálida, más suave—. Cuando te vi la primera vez, supe que eras su hija. No solo porque sois iguales, excepto en el color del pelo; lo sentí aquí dentro —dijo golpeándose la zona del corazón con el dedo índice.

El corazón se me hizo un puño, con tanta fuerza, que tuve que apretar los labios para no romperme allí mismo. Samuel se acercó un poco más para darme la taza del té, con la mirada serena pero intensa.

—Helen me escribió para decirme que tienes algo para mí —susurré mostrando el mensaje que ya me sabía de memoria. No lo miró, solo dirigió la vista hacia mí. Apagué el móvil y lo volví a meter en mi pantalón.

Las lágrimas se acumularon en mis ojos antes de que pudiera detenerlas.

Samuel, mi tío Samuel, cerró la puerta de la tienda y me invitó a sentarme en una pequeña mesa junto al escaparate. Después, caminó hasta un armario antiguo, de madera oscura, con las puertas ligeramente combadas por el paso del tiempo. Lo abrió sin prisa, con un movimiento pausado, casi ceremonial, y sacó una caja mediana envuelta en una tela de lino gastada, doblada con meticulosidad.

La depositó sobre la mesa frente a mí con delicadez, como si el simple acto de sostenerla ya fuese sagrado.

—Esto te pertenece —dijo con la voz entrecortada, apenas un murmullo en la quietud de la librería.

Mis ojos se fijaron en la caja. El lino estaba arrugado en algunos bordes, y el nudo que la mantenía cerrada estaba tan firme como si alguien hubiera querido preservar lo que había dentro durante décadas.

—La rescaté antes de que papá lo tirara todo —continuó Samuel, con la vista clavada en el paquete, sin mirarme—. Cuando Brianda anunció que se casaba y nuestro padre le dijo que no volviera, él ordenó que se deshicieran de todas sus cosas. No quería ni una sola huella de su existencia en esa casa. De una forma ingenua, debió pensar que así borraría lo que había hecho y desaparecería de nuestra memoria.

Un escalofrío recorrió mi piel.

—Yo no podía permitirlo —prosiguió, con un destello de dolor contenido en la voz—. Escondí algunas de sus cosas. No mucho, pero lo suficiente para no dejar que desapareciera del todo. Pequeños recuerdos para dárselos si la volvía a ver y para rescatarla en mi memoria cada vez que los miraba. Ahora creo que los guardé para ti sin conocerte, porque Brianda me dijo varias veces que lo tirara todo. Me alegro de no haberle hecho caso.

El ambiente en la librería se volvió tenso; éramos dos desconocidos con mucho en común y, al menos yo, con temores y dudas acechando en mi cabeza. Tragué saliva con dificultad y, con los dedos temblorosos, deshice el nudo de la tela con sumo cuidado. La desenvolví con la sensación de estar desenredando un fragmento de la historia que nunca me fue contada.

Cuando levanté la tapa de la caja, lo primero que vi fue una fotografía en blanco y negro, con los bordes desgastados. Mi madre estaba allí, tan joven que parecía de mi edad, con la melena rubia, tan diferente a la mía, y los ojos brillantes, que me resultaban aterradoramente familiares. Sostuve la imagen entre mis manos y pasé los dedos por la superficie con una delicadeza casi temerosa, como si al tocarla pudiera desvanecerse.

—Era hermosa —murmuré, sin darme cuenta de que había hablado en voz alta.

—Y valiente —susurró Samuel—. Muy valiente.

Aparté la fotografía con un nudo en la garganta y seguí explorando el contenido de la caja. Un broche de plata con forma de estrella, alguna pulsera, diplomas del colegio y un pequeño libro con las tapas de un azul apagado, gastadas en los bordes, que tapaba el sobre de una carta que estaba en el fondo.

Mi pulso se aceleró de inmediato.

—¿Qué es esto? —pregunté, aunque en el fondo ya lo sabía.

Samuel exhaló con profundidad.

—La carta que nunca tuvo respuesta.

El sobre tembló entre mis dedos cuando lo tomé. Sentí el peso de las palabras, de los años de distancia y de la ausencia irreversible. Samuel no me apuró. Se levantó con calma y, sin prisa, me dejó un beso en el pelo. Luego, se dirigió al pequeño mostrador, donde la tetera reposaba sobre un hornillo de hierro fundido.

—Voy a hacer más té. El de antes se te ha enfriado —anunció, con ternura y una calma forzada, que no pudo ocultar el leve temblor de su voz—. Tómate tu tiempo.

Pero yo no podía moverme, ni siquiera me llegaba el aire para respirar. Todo en mí estaba suspendido en ese instante, atrapado entre la necesidad de leer y el miedo a lo que iba a encontrar en esas líneas. Le sonreí y dejé escapar un suspiro entrecortado antes de abrir la carta con dedos temblorosos.

Las palabras de mi madre eran amables, pero firmes.

«Papá, mamá… Sé que nunca me perdonaréis. Pero quiero que sepáis que nunca dejé de quereros. Sé que mi felicidad fue una traición para vosotros, pero no para mí. Elegí el amor, elegí mi vida.

Ojalá algún día entendáis que siempre fui la hija que os quiso, aunque mi camino no fuera el que imaginasteis para mí.

Hay un mundo enorme fuera de Sacramento y de la librería que quiero descubrir y que me gustaría compartir con vosotros. Que mi alegría fuera vuestra alegría es un sueño para mí.

Creo que ya es momento de contaros la verdad. Las sospechas de papá eran ciertas: me fui embarazada. Pero no con el padre de mi bebé. Me fui sola, porque fue un error y no quería saber nada de él tras las amenazas que recibí. No huí de vosotros, huí de una mala persona que me iba a destrozar. Quería contároslo, pero cuando papá también me amenazó, sentí miedo. Es cierto que encontré trabajo de modelo en París, pero cuando supieron de mi embarazo, rompieron el contrato y busqué trabajo como dependienta en una tienda. Entonces, pasó algo que me rompió en dos: aborté de forma natural. Podía haber vuelto entonces, pero tenía miedo y quería ser una mujer independiente.

Dos meses después del aborto conocí a Charles, un modisto reconocido en París, y me enamoré de él. Es la persona más buena que he conocido jamás y he decidido compartir el resto de mi vida con él».

Las lágrimas rodaron libres por mis mejillas sin hacer nada para detenerlas y dejé de leer, porque no podía ver las letras. La calidez de una taza de té recién servido llegó a mis manos, sin saber cómo. El aroma a jazmín flotó en el aire, dulce y envolvente, como un susurro de consuelo. El tío Samuel se sentó frente a mí, con su propia taza caliente entre las manos, observándome en silencio, mientras yo terminaba de leer.

La carta se arrugó ligeramente en mi agarre, pero no podía soltarla. Cuando levantó la mirada, él la sostuvo con una ternura inesperada.

—Fue muy duro. Mi padre la iba a perdonar —dijo en voz baja—. Pero cuando supo que le había mentido y que se casaba con un modisto en París, al principio no quiso ni siquiera hablar de ello. Esta

carta la tiró a la basura y suerte que no la rompió, porque la pude rescatar. Pero luego… mamá me dijo que cambió cuando recibimos otra carta, años después, en la que le anunciaba la enfermedad que nos la arrebató del todo.

Mi respiración se entrecortó. No podía dejar de llorar agarrada a la taza como si fuera mi único punto de apoyo en el mundo, algo real y tangible frente a la historia que estaba creando en mi cabeza.

—¿Cómo?

—Al principio fue orgullo. Sentía que ella lo había desafiado, que había elegido a un desconocido sobre su familia en el peor momento de su vida, que nos dio de lado. Pero cuando pasó el tiempo, cuando vio que no regresaba, comenzó a preguntarse si había cometido un error.

Bajé la vista a la carta, agobiada por el peso de cada palabra y por lo que tenía en común con mi propia situación.

—Le dijeron que volviera sola y la perdonarían —susurró Samuel —. Que harían como si nada hubiera pasado.

Cerré los ojos, y sentí un escalofrío recorrerme de pies a cabeza.

—Pero ella no volvió.

—No —confirmó Samuel—. Dijo que si no podía aceptar su felicidad, no regresaría jamás. Para entonces ya estaba embarazada de tu hermano, mamá murió y solo mantuvo el contacto muy esporádico conmigo. Lo siento, pequeña.

El silencio que se instaló después fue tan denso como el aire antes de una tormenta, y empecé a sentir que me ahogaba.

Yo había huido de mi propio padre cuando tomé mi decisión. Me había marchado a Nueva York buscando mi camino y, en ese momento, al leer las palabras de mi madre, me daba cuenta de que su historia era un reflejo de la mía. La única diferencia era que yo aún estaba a tiempo de que el final fuera distinto.

Sentí los dedos de Samuel apretar los míos con calidez.

—Nunca tuve hijos —susurró, con una tristeza serena—. Por eso, recuperar a mi sobrina es más de lo que podría haber esperado. Eres un regalo para mí, Natalie.

Mi pecho se contrajo con un sollozo silencioso. Él abrió los brazos y me hundí en ellos. Me abrazó con una calidez nueva para mí, con la fortaleza de alguien que ha guardado el recuerdo de mi madre como un tesoro escondido. Me sostuvo con la paciencia de quien entiende que algunas heridas necesitan tiempo para cerrarse.

Cuando nos separamos, Samuel exhaló con suavidad y pasó una mano por su barba entrecana.

—Quédate esta noche a dormir. Vivo en el piso de arriba —dijo—. Mañana te llevaré a Breatown.

Mis labios se separaron, pero no encontré palabras.

Breatown.

No tenía sentido luchar más contra ello, iría al lago y le pediría consejo. Acepté.

Esa noche, dormí en una casa que me era extrañamente familiar, con la caja de recuerdos junto a mí en la cama. A los objetos que ya había, uní las fotos que me dio Helen y una nota con frases que escribí, antes de que el sueño me atrapara.

Cuando el sol asomó en el horizonte, me desperté mucho más tranquila. Había soñado que las piezas encajaban poco a poco y supe con certeza que mi camino me estaba llevando de vuelta. Aunque aún me quedaba una conversación pendiente con mi padre. Pensar en él me provocó un pinchazo en el pecho. No quería perderlo, pero tampoco renunciar a mi propia vida.

Como me prometió, Samuel me llevó a Breatown. El trayecto en coche fue tranquilo y divertido, gracias a las anécdotas que me

contó de mi madre y de él cuando eran pequeños. No dijo nada cuando el coche se detuvo frente a la cabaña que había alquilado la última vez y que pedí a Daniel por correo electrónico.

Mi tío me miró con una sonrisa.

—Tienes cosas que resolver aquí, ¿verdad?

Afirmé con la cabeza y los ojos acuosos. Cuando bajé del coche, con el aire del lago revolviendo mis rizos, supe que no había más respuestas que encontrar. Había vuelto y era el momento de seguir construyendo mi vida.

CAPÍTULO 19

Henry

El lago estaba en calma, con apenas unas pequeñas ondulaciones en su superficie provocadas por la brisa matutina. El sol empezaba a asomarse por detrás de las montañas que, con lentitud, iba dando luz a todo lo que encontraba en su camino. Desde donde estaba sentado, en el banco de madera junto al sendero, podía ver cómo el reflejo del cielo se extendía sobre el agua como un espejo azul, sereno y profundo.

Finn correteaba a mi alrededor, con la lengua fuera y esa energía inagotable, que siempre tenía por las mañanas. Le lancé un palo y él salió disparado tras él; la hierba que soltaban sus patas eran la prueba de su entusiasmo.

Me acomodé en el banco, dejé caer la cabeza hacia atrás, y cerré los ojos un instante cuando un suave rayo del sol me alcanzó. El aire olía a tierra fresca, a lago y a las flores silvestres que solo crecen en verano. Era uno de esos días en los que todo parecía en equilibrio, en los que el silencio no era vacío, sino una melodía sutil, que llenaba cada rincón del bosque. En unas horas teníamos tres grupos con excursiones diferentes y necesitaba recargarme de energía antes de entrar en el bullicio del trabajo.

Bajé la vista al libro que tenía sobre el regazo. No había leído ni una sola página. Llevaba meses en mi mesilla de noche y, sin embargo, no lograba concentrarme en las palabras. Mis pensamientos siempre derivaban hacia otro sitio, hacia otro rostro,

hacia unos ojos que se parecían demasiado a los del agua cuando reflejaba el verde de los árboles que rodeaban al lago.

Lancé otra piedra al agua, y la vi rebotar tres veces antes de hundirse en el fondo. Oía pasos cerca, pero no les presté atención. Ya no me importaba la gente que pasaba a mi alrededor y no entablaba conversación con la facilidad que hacía antes, por eso ni me giré. El sendero que rodeaba el lago era transitado con frecuencia, sobre todo a esas horas de la mañana, cuando el calor aún no era sofocante. Lo que me hizo salir de mis pensamientos fue darme cuenta de que Finn no regresaba con el palo entre los dientes, que le había lanzado hacía unos minutos. ¿No lo encontraba? Sería la primera vez.

Volví a tirar otra piedra al lago, con la mirada fija en el agua, y volví a pensar en Finn cuando lo escuché ladrar. Sin duda le pasaba algo. Me giré hacia los dos lados sin verlo.

—¡Finn! —lo llamé, pero no hubo respuesta.

El sonido de su ladrido llegó más cercano, y me relajé un poco, pero seguía sintiendo que era extraño; él no solía entretenerse lejos de mí o de Ava. Miré hacia atrás y de un salto me levanté, el libro resbaló de mi regazo y cayó sobre el suelo provocando un sonido seco. No podía ser cierto lo que veía.

Finn saltaba a su alrededor, moviendo la cola con una emoción desbordante. Ella se agachaba y le acariciaba la cabeza, con esa sonrisa que había visto tantas veces en mis recuerdos y que ahora estaba ahí, frente a mí. El nudo de mi estómago se apretó con más fuerza.

No era un recuerdo, ni mi mente jugándome una mala pasada. Era ella. Nos quedamos quietos los dos, paralizados mientras nos decíamos de todo con la mirada. Natalie avanzó despacio, con Finn trotando a su alrededor. El aire le revolvía los rizos negros y el sol iluminaba su piel. Llevaba un vestido azul como el atardecer sobre el lago, y unas zapatillas blancas.

Di unos pasos lentos hacia ella, con la dificultad de sentir los pies como anclados al suelo, y el cuerpo atrapado en un punto intermedio entre la incredulidad y la certeza. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, sus labios se curvaron en una sonrisa temblorosa.

—Hola, Henry.

Su voz fue un susurro, pero a mí me sonó más fuerte que cualquier ruido que pudiera hacer el bosque entero y activó todos los sentimientos que me provocaba sin saberlo. Mi interior hervía mientras que por fuera trataba de no mostrarlo.

Sin pensarlo más, reaccioné y avancé hacia la mujer con la que soñaba cada día, con pasos largos, con el corazón palpitando con tal intensidad que sentía que todo mi cuerpo latía con él.

Mis brazos la envolvieron con desesperación, con la ansiedad contenida de meses, con la certeza absoluta de que este era el lugar al que pertenecía. Ella se aferró a mi chaqueta, enterró el rostro en mi cuello y sollozó en silencio, su aliento cálido rozaba mi piel y su fragancia me envolvía como un eco que repetía lo que siempre había estado esperando. El abrazo fue como un bálsamo, y sentí la calidez del hogar.

—Has vuelto —susurré, sin soltarla y sin querer separarme ni un solo centímetro de su cuerpo.

Natalie se apoyó en mi hombro y se apartó lo suficiente para mirarme. Con los ojos brillantes, las pestañas húmedas, y la emoción en su rostro me desarmó por completo.

—Tenía que hacerlo.

No hubo más palabras en ese instante. Le acaricié las mejillas con suavidad antes de inclinarme y besarla. Saboreé la miel de su boca, la calidez de su piel y el latido desbocado de su corazón contra el mío.

Finn ladró una vez más y giró a nuestro alrededor, feliz de habernos reunido.

Cuando nos separamos, mis labios se quedaron sobre los suyos, sin querer romper el contacto.

—Deseaba volver a verte con todas mis fuerzas —murmuré, con la frente apoyada en la suya.

Natalie entrecerró los ojos y exhaló un suspiro tembloroso.

—Y yo a ti. Te he echado de menos, Henry.

—Pellízcame para que sepa que eres real, que estás aquí y no eres otro de mis sueños.

—¿Sueñas conmigo? —Nat soltó una carcajada liberadora que me contagió, de esas que te descargan de nervios y tensiones. No podíamos dejar de reír mientras seguíamos abrazados y nos volvimos a besar esta vez con más pasión.

Finn seguía moviendo la cola con impaciencia a nuestro alrededor, conocedor de que algo importante acababa de ocurrir. Natalie escondió el rostro en mi cuello y exhaló con profundidad, con ese suspiro que suena a hogar, a alivio, a algo que llevaba mucho tiempo esperando.

No quería soltarla ni, mucho menos, preguntarle nada todavía. Simplemente, quería seguir abrazado a ella, sentir su calor, la presión de su cuerpo contra el mío, la certeza de que no era un sueño, y quedarme anclado en todas las sensaciones juntas que me provocaba su cercanía.

Pero el viento sopló con fuerza, le revolvió el pelo y levantó un remolino de hojas secas sobre el sendero. Ella tembló levemente. A lo lejos vi los primeros turistas acercarse al muelle, que me recordaron que quedaba poco para la excursión de esa mañana.

—Ven —murmuré, apartándome solo lo justo para entrelazar mi mano con la suya—. Vamos a casa.

Natalie levantó la mirada, sorprendida.

—¿A casa?

Asentí, acariciando mis dedos entre los suyos, con una sonrisa que no podía contener.

—Sí. Vamos al *Refugio*. Quiero que veas a todos. Quiero que Harper te haga una de sus tartas de bienvenida. Quiero… —me callé, sin atreverme a decir más, porque con ella lo quería todo.

Sí, la realidad era que quería más que eso: quería que se quedara, despertar con ella cada mañana, verla reír entre los estantes del café de Ava, que caminara por las calles de Breatown, como si este fuera su lugar en el mundo.

Pero había algo que no deseaba por nada del mundo, y era presionarla. Solo ella podía decidir.

Natalie sonrió y apretó mi mano con más fuerza.

—Vale. Vamos.

La campanilla de la puerta de *El Refugio del Lago* sonó con su estruendo familiar, cuando cruzamos el umbral. El olor a café y a dulces nos invadió las fosas nasales de inmediato, cálido y acogedor, como si fuera un abrazo invisible.

Aunque la hora punta del desayuno hacía tiempo que había pasado, el café estaba animado. Algunos turistas hojeaban libros junto a la chimenea, mientras los clientes habituales compartían charlas en voz baja en sus rincones de siempre. Harper estaba tras la barra, organizando bandejas con pasteles recién sacados del horno de su obrador, y Ava hablaba con Helen en una mesa junto a la ventana.

No nos vieron entrar. Tuve que carraspear para que Harper levantara la vista y se quedó congelada. Un segundo después, su voz resonó por toda la sala:

—¡No puede ser!

Todos se giraron al instante, siguiendo su mirada. El café quedó en silencio por un segundo ante la expectación que provocó mi prima. Ava se levantó de un salto y corrió hacia nosotros.

—¡Dios mío, Natalie! ¡Qué alegría verte!

El impacto de su abrazo casi nos hizo tambalear. Noté la risa de Natalie contra mi pecho y la dejé ir solo para verla rodeada por los brazos de mi hermana, que la abrazó con una emoción desbordante.

—No me lo puedo creer —susurró Ava, separándose solo para mirarla mejor—. ¿Qué haces aquí?

Natalie se sonrojó, algo avergonzada.

—No lo sé.

—¡Cómo que no lo sabes! —exclamó Harper desde la barra, entre divertida y emocionada—. Bueno, pues espero que al menos hayas venido con hambre, porque esto hay que celebrarlo.

Los demás empezaron a acercarse. Helen la abrazó con la calidez de una abuela que recibe a una nieta perdida, y Nat lloró en su regazo. Harper hizo como que no lo había visto y le ofreció algo de tomar.

—Bizcocho de miel y almendras —dijo, guiñandole un ojo—. Para ocasiones especiales.

Natalie me miró y yo le devolví la sonrisa, con la sensación de que el nudo en mi pecho se deshacía poco a poco.

Estaba aquí. Con nosotros. Conmigo.

Aún no sabía qué significaba su regreso o cuánto tiempo se quedaría, y me dio igual, porque en ese momento, en ese pequeño refugio lleno de olor a café, libros y familia elegida, supe que era ella.

CAPÍTULO 20

Natalie

El roce de su aliento contra mi nuca fue lo primero que sentí como un aire cálido que me sacó del sueño. Parpadeé despacio, con la conciencia aún suspendida entre la vigilia y el recuerdo de la noche anterior. Henry dormía profundamente a mi lado, con el rostro relajado y la respiración tranquila. Su brazo descansaba sobre mi cintura, y me enredaba en su calor, como si incluso en sueños se asegurara de que seguía aquí.

En el exterior, el día despertaba con el murmullo lejano del agua contra la orilla y el canto perezoso de algún pájaro entre las ramas. Pero dentro de la cabaña, todo seguía suspendido en una burbuja idílica, donde la única medida del tiempo era la proximidad de su piel y el latido sereno de su pecho contra mi espalda.

Me quedé quieta, enredada en su abrazo, con el corazón latiendo despacio, y una sensación de paz en el pecho. La calidez de su cuerpo contra el mío y el ritmo acompañado de su respiración me acunaron hacia el recuerdo de la noche anterior.

Después de saludar a todos, Henry se fue a trabajar con Logan y Pete. Yo fui a hacer unas compras para prepararle una cena de bienvenida en la cabaña. A las ocho en punto apareció ante mi puerta apurado, con el pelo aún húmedo de la ducha y la camisa blanca ligeramente desabotonada. Me bastó con verle apoyarse en la puerta, con una media sonrisa cansada, y con la forma en que su mirada recorrió la mesa, donde había dispuesto la cena, para darme cuenta de cuánto lo deseaba.

—Eso huele muy bien.

Sacó la mano que mantenía oculta tras la espalda y me dio una botella de vino y un ramillete de flores cogidas del sendero.

—Esto es para ti.

Se acercó, con las manos ocupadas, y aproveché para darle un beso espontáneo del que no pudo escapar. Lo atraje hacia mí y cerré la puerta. Entramos dando tumbos hasta llegar a la mesa y dejó lo que llevaba en las manos.

—Ahora eres mía —dijo riendo al liberarse y me rodeó la cintura profundizando un beso, que irradió mi deseo a todas las zonas de mi cuerpo.

—La cena se va a enfriar —murmuré, y besé sus labios antes de pedirle que se sentara a la mesa.

Cenamos despacio unas crêpes saladas, compartiendo bocados, miradas y sonrisas entre platos y copas de vino. La cercanía entre nosotros era tan natural, que sentí como si un hilo invisible nos enredara poco a poco. No llegamos al dulce, porque estábamos tan saciados como ansiosos de ser el postre el uno del otro.

Me levanté a recoger la cocina y él me siguió. Fregamos juntos los platos y las sartenes, y cuando nuestras manos se rozaron debajo del agua, ya no hubo marcha atrás. Los platos quedaron olvidados y el agua corriendo por el desagüe, mientras Henry atrapaba mi cintura y me hacía girar sobre mí misma. Bajó los labios por mi cuello, deslizó los dedos por mi espalda y mi risa quedó atrapada en su boca antes de volverse un suspiro.

Coló las manos húmedas por debajo de la falda de mi vestido de flores, me acarició los muslos mientras me besaba el cuello y yo, ligeramente apoyada en la encimera, le desabroché la camisa y le ayudé a bajarla por los brazos. La piel de su pecho, duro como una tabla, se erizó con mi contacto y lo besé. Él bajó la cremallera de mi vestido y lo dejó caer alrededor de mis pies. Me miró con devoción antes de que nos quitáramos el resto de la ropa. Le señalé,

avergonzada, la ventana que teníamos detrás, desde donde se nos podía ver, y Henry lanzó una carcajada. Con ternura, me cogió en brazos y entramos en la habitación, donde una cama de sábanas blancas nos esperaba.

Nos amamos con la urgencia de quienes han esperado demasiado, con la ternura de quienes saben que lo que tienen entre las manos es frágil y valioso. La cabaña se llenó del sonido de nuestras respiraciones entrecortadas, del roce de las sábanas y de la madera crujiente bajo nuestros cuerpos.

Al amanecer, con la luz de la mañana calentándonos la piel, me giré en la cama y lo observé dormir, memorizando cada detalle. La curva de su mandíbula, la leve sombra de su barba, la manera en que sus pestañas rozaban su piel cuando parpadeaba en sueños…, todo hacía que mi cuerpo temblara de deseo. «Henry, ¿qué vamos a hacer?», susurré.

Pasé los dedos por su pecho, apenas en un roce, y él suspiró antes de abrir los ojos.

—Mmm… —murmuró, entre dormido y despierto, con la voz ronca por el sueño—. Buenos días.

Sonreí.

—Buenos días.

Se desperezó, estiró los brazos, y luego me atrajo de nuevo contra él, enterrando la nariz en mi pelo alborotado.

—Ojalá no tuviera que trabajar hoy.

—Pero tienes que hacerlo.

—Sí.

Su voz sonaba resignada, pero la sonrisa en sus labios me dijo que estaba feliz.

Permanecimos un rato más en ese duermevela, acariciándonos bajo las sábanas y refugiados el uno en el otro, hasta que el sonido

persistente de la alarma de su móvil nos convenció de levantarnos. Henry salió de la ducha con el pelo húmedo y enredado, con una toalla colgada de la cintura y la piel aún perlada de gotas de agua. Yo me envolví en un albornoz, que me quedaba grande y olía a lavanda, y juntos desayunamos en la mesa de madera, con el sonido del lago de fondo y la sensación de que el mundo entero se había reducido a ese pequeño rincón.

Henry miró el reloj y resopló.

—Voy a llegar tarde.

Sonreí, apoyando la barbilla en la mano.

—Corre. No quiero que Logan y Pete me odien por retenerte.

—Sabes que te adoran. Te perdonarán.

Me incliné y lo besé con suavidad.

—Eso espero.

Él suspiró, se puso de pie y se vistió rápido antes de volver a besarme, esta vez con más intensidad.

—Nos vemos luego. No desaparezcas que tienes mucho que contarme.

—Sí, tienes razón.

Lo vi marcharse, con una calidez nueva alojada en el pecho. Me quedé un rato en la cabaña, recogiendo los restos del desayuno y arreglando mis cosas. Abrí la *tablet* y me conecté a internet para empezar a buscar trabajo. No tenía claro dónde, así que decidí buscar en Nueva York, donde la agencia me había dejado una puerta abierta, aunque no fuera diseño de moda; también pensé en París y, por qué no, en la zona del lago. Sé que sería difícil, pero jugué esa carta al destino y le pedí a mi madre que me guiara. Me entristecí al ver que no tenía respuesta de mi padre ni en el correo ni en la aplicación de mensajería, pero no me permití llorar. No iba a alejarme de él, pero me lo tomaría con calma. Primero el trabajo y

luego lo demás. Eso también debería hablarlo con Henry. Si los dos creíamos que había algo entre nosotros que merecía la pena conservar, debía de probar suerte en la zona.

Después de una ducha, en la que dejé que el calor del agua relajara mi cuerpo sensibilizado por las manos y la lengua de Henry, me puse unos *shorts* blancos y una camiseta de tirantes verde oliva, cómoda y fresca, para dar un paseo por el lago. Al salir de la habitación vi mi móvil vibrar sobre la mesa.

—Nat, si te das prisa, puedes unirte a la excursión en barca. Ha fallado uno del grupo. ¿Vienes? Me encantaría…

—Claro, Henry. Voy volando. Iba a salir justo ahora.

—Te espero en el muelle junto al almacén. No tardes. Y protégete del sol.

Metí una botella de agua en una mochila, la gorra y el protector solar y salí corriendo de la cabaña rumbo al muelle.

El pequeño barco, un pesquero adaptado para hacer excursiones, se deslizaba con suavidad sobre la superficie del lago, y dejaba un rastro de pequeñas ondas que se expandían lentamente antes de desaparecer. Henry estaba en la parte delantera, con una mano firme en el timón y la otra señalando lo que los turistas debían ver.

Las montañas se reflejaban en el agua como un espejo roto en movimiento y, a lo lejos, el bosque se desplegaba en un abanico de verdes vibrantes, con los primeros destellos del sol del verano colándose entre las hojas. Pasamos junto a una pequeña isla cubierta de pinos, donde un grupo de aves acuáticas descansaba sobre las rocas y, más adelante, bordeamos una ensenada donde las cabañas de madera asomaban entre los árboles.

Henry explicó la historia del lago, cómo las aguas cristalinas habían sido el corazón del pueblo desde generaciones atrás, y les dijo que las rutas de senderismo escondían cascadas secretas y

miradores donde la vista cortaba la respiración. La excursión seguía en un vaivén tranquilo sobre el agua, con Henry guiando a los turistas con la seguridad de quien conoce cada rincón del lago como la palma de su mano. Yo lo observaba mientras hablaba, con el tono pausado y firme que lograba captar la atención de todos, con la manera en la que sus manos se movían al explicar alguna historia o señalar algo en la distancia. Lo miraba con un nudo en el pecho, porque aunque el paisaje era espectacular y el aire puro me despejaba la mente, mi corazón seguía dividido.

Porque sí, Breatown era un refugio y Henry era... Henry. Pero… yo no había luchado tanto por mi carrera, para quedarme de brazos cruzados sin saber qué hacer. El posgrado me había costado esfuerzo, noches en vela, una determinación que ahora parecía flaquear ante la realidad de lo que sentía al mirar a Henry. ¿Cómo podía elegir entre el futuro que había planeado y el que, sin querer, se había abierto ante mí? ¿Sería esto lo mismo que le pasó a mi madre?

La barca redujo la velocidad cerca de una orilla de arena clara y nos detuvimos en un pequeño embarcadero de madera. Habíamos llegado a una zona apartada del lago, rodeada de árboles altos que daban sombra fresca sobre la hierba para alegría de los turistas hartos del sol. Henry les ayudó a desembarcar y en pocos minutos todos estábamos sentados en la sombra, en la terraza de un pequeño bar construido con troncos.

Yo me acomodé junto a Henry con un sándwich en la mano, que apenas había mordisqueado. Estaba distraída, demasiado concentrada en el agua que se extendía frente a nosotros, en la conversación animada de los turistas y en la manera en que Henry estaba completamente en su elemento. A su lado, un niño pequeño intentaba enseñarle una hoja que había encontrado en el suelo, y él, con la paciencia infinita que lo caracterizaba, le dedicó toda su atención, examinando la hoja como si fuera el descubrimiento más importante del día.

—¿Estás bien? —su voz me sacó de mis pensamientos.

Parpadeé, me giré hacia él y me encontré con su mirada azul.

—Sí, solo... estaba pensando.

No preguntó en qué, pero lo vi en su expresión: sabía que mis pensamientos estaban lejos de allí. Y eso le dolía, aunque intentara disimularlo. De alguna manera, su respeto hacia mis pensamientos y decisiones me hacían quererlo más.

El descanso terminó y recogimos nuestras cosas antes de volver a la barca. El sol estaba más alto ahora, y el calor comenzaba a asentarse en el aire, haciendo que el lago brillara con una intensidad casi cegadora. Nos pusimos en marcha de nuevo, navegando con suavidad entre las aguas, pasando junto a una zona donde las piedras sobresalían y los turistas sacaban sus cámaras para fotografiar el reflejo perfecto del bosque en el agua.

Esta vez, en lugar de sentarme junto a la borda, me quedé de pie, sujetándome a la barandilla, para sentir mejor la brisa cálida en el rostro. Henry estaba a mi lado, con una mano en el timón y el ceño ligeramente fruncido.

—Sé que no es el momento, pero no puedo seguir deshojando una margarita que solo conoces tú. ¿Tienes que volver a Nueva York?

No sé si en su pregunta había más reproche o tristeza. El caso es que dejé que la duda flotara por encima de mi cabeza como una nube que no me abandonaba.

—No lo sé aún —respondí, y esa era la única verdad que tenía en ese momento—. Lo único que sé es que no quiero hacerte daño, Henry.

—No me lo haces, Nat. Para eso me basto yo solo.

La embarcación siguió avanzando y, con ella, mi corazón seguía sin decidirse entre lo que quería y lo que debía hacer.

Al llegar, esperé a que Henry recogiera las cosas para volver juntos a mi cabaña. Íbamos hablando animadamente por el sendero,

cogidos de la mano y sin darnos cuenta de que había un taxi delante de la casa y una persona sentada en el porche.

Me paré en seco al reconocerlo y el corazón me dio un vuelco.

Mi hermano estaba ahí, con su sonrisa ladeada y el cabello despeinado por el viento del viaje. Se levantó nada más verme y yo corrí y me lancé sobre él, para sorpresa de Henry.

—¡Fred!

Me estrechó con fuerza, riendo contra mi cabello, y sentí que todo el aire me abandonaba en una mezcla de alivio y emoción.

—Pequeña… —murmuró, separándose solo lo justo para mirarme —. ¡Te has tomado en serio eso de hacerme viajar por todo el mundo!

Reí, secándome las lágrimas con el dorso de la mano.

—No puedo creer que estés aquí.

—Ni yo. Pero te hice una promesa y estoy aquí para cumplirla.

La piel se me erizó, porque al levantar la mirada por encima de su hombro, lo vi. De pie junto al coche, con las manos metidas en los bolsillos y la mirada clavada en mí, estaba mi padre. El pecho se me encogió con tanta fuerza que tuve que aferrarme a Fred para que mis piernas temblorosas no me hicieran caer.

—Te dije que hablaría contigo —susurró mi hermano, antes de besar mi mejilla y apartarse.

Pero yo ya no lo escuchaba, porque solo podía mirar a mi padre. A su vez, él me estaba mirando a mí. El aire se volvió espeso, como si todo el mundo contuviera la respiración a nuestro alrededor. Durante un instante, que se me hizo eterno, ninguno de los dos se movió. Entonces, muy despacio, él dio un paso adelante y yo sentí cómo todo mi mundo volvía a tambalearse.

CAPÍTULO 21

Henry

—No os la podéis llevar, todavía no.

Las palabras escaparon de mi boca antes de que pudiera detenerlas. Supe que las había dicho en voz alta, en el mismo instante en que los dos hombres se giraron a mirarme con sorpresa. Me quedé inmóvil, con el pecho apretado y la garganta seca. No había querido decirlo en voz alta. No era esa mi intención, pero ya era tarde.

El más joven me mantuvo la mirada con una expresión curiosa y cauta a la vez, mientras que el hombre de más edad mantenía una expresión impenetrable. No parecía molesto, solo analítico.

Habían hablado en francés sin saber que los entendía gracias a los meses que pasé en París, y eso me daba ventaja. Los miraba a ambos y alternativamente a Natalie que estaba tan impactada, que tampoco supo reaccionar. Había abrazado al joven con un cariño que me hizo sentir celoso. Precisamente fue él quien reaccionó primero. Dio un paso adelante y me tendió la mano con naturalidad.

—Fred Lambert —se presentó, con tono seguro.

Me forcé a responder con la misma cortesía.

—Henry.

Natalie se acercó, tensa como nunca la había visto, rodeó al mayor de los dos y se puso a mi lado.

—Henry es... un amigo. Él es Fred, mi hermano.

—¿Papá? —llamó Fred al hombre que seguía junto al coche.

Mi estómago se encogió. Charles Lambert se mantuvo en silencio unos segundos más, escrutándome con la mirada vacilante antes de acercarse a nosotros.

—Encantado, Henry.

—Igualmente.

Me extrañó que padre e hija no se hubieran dirigido más que miradas furtivas y ninguna palabra. Sabía que había tensión, pero no hasta ese punto. El silencio se volvió incómodo. Fred despidió al taxi, luego miró a Natalie y le dio una palmada en la espalda.

—Tenemos mucho de qué hablar, *ma petite.*

Reaccioné y me di cuenta de que no tenía cabida en esa conversación. No pintaba nada ahí. Tragué saliva y miré a Natalie. Esperé a que me dijera algo, cualquier cosa que me diera un mínimo de claridad. Pero solo me devolvió una mirada incierta. Estaba demasiado nerviosa y confundida como para ocuparse de mí, así que retrocedí un paso.

—Llámame luego —le pedí con voz baja—. Voy a casa a ducharme y a pasear a Finn. Si me necesitas…

—Gracias. —Su sonrisa era triste y las manos le temblaban. Seguro que tenía los dedos fríos, como siempre que estaba nerviosa, y lamenté no poder quedarme a calentarle las manos con las mías. No esperé más. Me giré y me alejé sin mirar atrás, deseando con todo el alma, que esa conversación pendiente con su familia fuera para bien.

Un rato después, salí hacia el lago cuando empezaba a atardecer. Finn corría unos metros por delante, olisqueando cada rincón del sendero. El aire fresco del lago solía calmarme, pero, en ese momento, nada logró aquietar el torbellino de pensamientos que bullía en mi cabeza.

El reflejo del sol en el agua al caer la tarde, hacía que el lago pareciera un espejo líquido, salpicado de pequeñas ondulaciones provocadas por la brisa. Me gustaba ese momento que apenas duraba unos segundos en los que se podía ver el sol esconderse por un lado, y una incipiente luna aparecer por el otro. Luego, las montañas tapaban la luna hasta que se volvía a dejar ver, luminosa en todo lo alto. Más allá, el bosque se alzaba con su maraña de verdes y sombras, escondiendo los senderos que llevaba recorriendo desde que era un niño.

Pasé junto a la cabaña de Natalie y vi las luces encendidas. Un dolor punzante me subió por el pecho. Todavía estaban dentro, hablando, decidiendo su futuro. ¿Habrán venido para convencerla y llevársela a París? El malestar se hizo más presente en mi estómago.

Seguí paseando con Finn, bajé por el sendero que bordeaba el lago, hasta que, a lo lejos, distinguí dos figuras que venían en mi dirección. Eran Ava y Manuel, que iban cogidos de la mano y caminaban con tranquilidad. Ella se reía por algo que él le había dicho, y la forma en que Manuel la miraba… Dios, me daban envidia. Una envidia silenciosa y punzante. Ava había sufrido la misma soledad y miedo al abandono que yo y nada me alegraba más que verla feliz.

Cuando me vieron, alertados por Finn que los rodeaba dando saltos, Ava me levantó la mano a modo de saludo.

—No esperaba verte por aquí —dijo al acercarse—. Pensábamos que estarías con Natalie.

No supe qué responder a eso, así que me encogí de hombros y desvié la mirada hacia el lago.

—Está con su padre y su hermano. Han venido por sorpresa.

Ava y Manuel intercambiaron una mirada fugaz antes de seguir caminando a mi lado. Él puso la mano sobre mi hombro y mi hermana me cogió del brazo.

—Creo que tiene mucho que contarles, ¿no? Seguro que luego te llama.

—Estoy aterrado, Ava. Ella…, me gusta de verdad. No nos ha dado tiempo a hablar de nosotros y puede que hayan venido a buscarla y se vaya para siempre.

—O no —añadió Manuel—. Nunca digas para siempre y no des nada por hecho. Deja que hablen. Ella los necesita tanto como a ti, si es que te quiere como parece. Debe ser difícil para Natalie. Piensa que ahora mismo está entre dos mundos diferentes y cada uno le ofrece unas razones por las que quedarse. Sé muy bien cómo debe sentirse.

—Lo sé. Gracias.

—Por cierto, Henry, tengo algo que decirte. Manuel y yo vamos a viajar a España este verano —anunció Ava de repente.

La miré, sorprendida.

—¿Y eso? —estaba claro para todos que había algo entre ellos, aunque no lo hubieran confesado abiertamente. Ese viaje era una declaración en sí misma, por eso no me sorprendió lo que me dijo Manuel a continuación.

—Quiero que conozca a mi familia —sonrió mirándola con ternura —. Ya es hora.

Ava apoyó la cabeza en su hombro con cariño.

—Estoy aterrada, Henry —me parafraseó.

—Me ha tocado el premio gordo con tu hermana —sonrió él—. Quiero que mi familia lo sepa.

Los miré y asentí con una sonrisa, aunque algo dentro de mí se encogió un poco más. Los veía felices, tranquilos, seguros…, con un plan y un propósito, con un futuro juntos que les había llegado por sorpresa. En cambio, yo no tenía nada claro. Ava me estudió un momento, como si pudiera leer mis pensamientos.

—¿Y tú, cómo estás?

—¿Yo?

—Henry, te conozco.

—No sé de qué hablas —mentí.

Manuel se cruzó de brazos, pensativo.

—Lo que sea que estés sintiendo, no lo escondas, Henry.

Abrí la boca sin saber qué decir.

—No escondo nada.

Ava suspiró y enlazó el brazo alrededor del mío, como hacía cuando éramos niños.

—Henry... Sé que te cuesta reconocer cuando algo te duele. Siempre pones a todos por delante de ti, a mí, a tus amigos y a la empresa. Quieres que todos estemos bien, te preocupas por cada miembro de la comunidad, por tus clientes… ¿Y tú? ¿Cuándo te vas a priorizar?

Me quedé en silencio. No quería hablar de lo que sentía. No quería admitir que envidiaba su certeza, que me pesaba no tener un propósito personal más allá de servir al pueblo con mi trabajo y que el miedo a perder a Natalie me carcomía.

Siempre había sido así. Yo era el que se quedaba. El que veía a la gente venir y luego marcharse, como los turistas que conocía cada año, desde que empezaron a venir al pueblo y antes en mis trabajos en los pueblos vecinos. Todos tenían otras vidas, excepto yo. Ava tenía razón, estaba para todos en todo momento, siempre podían acudir a mí y yo, ¿a quién acudía?

Tal vez con Natalie fuera igual.

Miré hacia el lago, la luz mortecina del sol se reflejaba en la superficie antes de desaparecer del todo, y sentí el vacío expandiéndose en mi interior. La luz también se apagaba dentro de mí y no lo podía permitir.

Breatown era mi hogar. ¿Era eso suficiente?

CAPÍTULO 22

Natalie

El sonido del café al verterlo en la taza fue el único ruido que se escuchaba en la cocina. Me apoyé en la encimera y observé el líquido oscuro girar en espiral antes de asentarse. Mi padre estaba en el porche, con los codos apoyados en las rodillas y la taza recién servida entre sus manos. Desde que amaneció, se sentó allí, mirando el lago en silencio, encerrado en su propio mundo de pasado y futuro. Tenía la espalda encorvada y la taza entre las manos, en un gesto que me recordó a cuando se quedaba despierto hasta tarde trabajando en sus bocetos de moda. Pero hoy no había telas ni patrones, solo una taza de café, que se había enfriado hacía rato, y una mirada perdida en el horizonte.

Me mordí el labio y me giré hacia la mesa de la cocina. Fred estaba cortando pan, con la destreza mecánica del que está acostumbrado a hacer esa tarea, cada día, en su restaurante. A nuestro alrededor flotaba el aroma a especias y al ajo que se doraba en la sartén, mezclado con el dulzor de la tarta de manzana que había dejado enfriándose sobre la rejilla. Helen y Samuel llegarían pronto para almorzar con nosotros.

Sentada sobre la encimera, observaba a mi hermano mientras esparcía mermelada, preparada por él, sobre una de las tostadas antes de ofrecérmela. Su forma de concentrarse en ese gesto tan simple me hizo sonreír. Siempre había sido así: meticuloso y metódico. Como si en la precisión de sus acciones pudiera encontrar algún tipo de orden, cuando las cosas se volvían un caos; siempre

decía que la cocina para él era como meditar. Por eso su restaurante tenía tanto éxito, lo vivía con verdadera devoción.

—Toma las tostadas. Voy a ponerme con la *quiche*.

—Seguro que les encanta. Tu *quiche* es la mejor de París. ¿Quieres que haga una ensalada de fresas y queso de cabra?

—Claro. Pero más tarde. —Fred se giró y vio mi desayuno intacto — ¿No vas a comer nada?

Negué despacio, y me concentré en remover con la cucharilla la infusión de jazmín, que había servido para mí misma y que aún no había probado.

—No tengo hambre.

Fred apoyó los codos en la mesa y me miró con intensidad; para él estaba claro que mis respuestas esquivas ocultaban algo.

—¿Dormiste bien?

Inspiré hondo.

—Más o menos.

—¿Por qué tengo la sensación de que es más «menos» que «más»?

Sonreí sin ganas y aparté la mirada hacia la ventana. En el exterior, el lago, que se extendía en una calma absoluta, reflejaba la luz suave de la mañana. Cada vez que lo miraba me invadía una sensación de paz.

—Porque anoche no dejé de pensar en lo que pasó ayer.

Fred no preguntó a qué me refería, porque estuvo allí y escuchó lo mismo que yo.

Cerré los ojos un segundo, y dejé que los recuerdos de la tarde anterior volvieran con toda su fuerza.

Mi padre estaba sentado en la butaca de la cabaña, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas. La luz del

atardecer había oscurecido la estancia y perfilaba su contorno como una sombra que desapareció al encender la lámpara. Nunca lo había visto así tan… vulnerable. Al morir mamá, él se comportó siempre con una fortaleza inquebrantable, hizo de madre y de padre y fue..., duro, muy duro, e inflexible. No se permitía ninguna debilidad ni con él ni con nosotros, y se volcó en su negocio.

—No os imagináis cuánto os he echado de menos —susurró.

Me quedé en silencio, atrapada en un torbellino de emociones contradictorias.

Él alzó la cabeza y nos miró a Fred y a mí con un gesto que me dolió más que cualquier palabra: el de un hombre que no había sabido cómo amar sin miedo a perder.

—Cuando vuestra madre murió… yo… no supe cómo seguir adelante. Ella lo era todo para mí. Brianda me enseñó a mirar el mundo de otra forma, a ver colores donde antes solo veía patrones. Perdí su risa, su voz, su perfume en la casa, mi inspiración… y desde entonces, viví con miedo a perderos también a vosotros. Sois lo único que tengo de ella.

Fred y yo no dijimos nada.

—Desde que te fuiste lo he estado pensando, Natalie. He ido a un psicólogo que me ha ayudado a comprenderme —sollozó y yo me conmoví—. Creí que si os protegía, si mantenía el control sobre cada decisión, si os retenía a mi lado… no os perdería también.

Noté la presión de los dedos de Fred sobre mi muñeca, un gesto sutil para recordarme que estaba ahí, que estábamos juntos en esto y que los dos amábamos a nuestro padre a pesar de todo. Papá, ajeno a nosotros y con la mirada perdida en el suelo, soltó un suspiro tembloroso.

—Pero el miedo no puede retener a nadie, Natalie. Y me equivoqué al intentarlo.

Mis ojos se nublaron.

—Papá…

—No te supe escuchar, porque solo me escuchaba a mí y a mis miedos. No supe entenderte. No quise ver que eras feliz lejos de casa, porque me aterraba perderte y que dejaras de quererme, que me abandonaras y me quedara solo. Pensarás que es egoísta pero te juro que no lo veía así, al contrario.

Me tapé la boca con la mano, incapaz de controlar las lágrimas. Mi padre parpadeó un par de veces, como si él también estuviera conteniendo las suyas.

—Me he pasado toda la vida tratando de protegeros, de salvaros de lo que yo sufrí al perder a Brianda y de lo que ella sufrió cuando su familia la abandonó… y todo lo que he hecho ha sido alejaros más, sobre todo a ti, mi pequeña.

Fred habló por primera vez, con la voz más ronca de lo habitual.

—No nos perdiste, papá. Solo… nos distanciaste un tiempo de una forma física, pero seguimos aquí.

Mi padre cerró los ojos y se frotó la sien con dos dedos.

—Os he echado tanto de menos —repitió con la voz entrecortada y la mirada fija en el suelo, sin atreverse a mirarnos a los ojos, como si hablara para sí mismo.

Fue entonces cuando me acerqué y me arrodillé frente a él, como si el simple hecho de estar a su altura pudiera borrar la distancia de los años.

—Yo también te he echado de menos.

Fred nos rodeó a ambos con sus brazos y nos sostuvo a los dos, enredados en un silencio que por fin no dolía.

Mi hermano cortó el hilo de mis pensamientos con un susurro, tras meter la *quiche* en el horno.

—Ayer fue duro para él.

Asentí con la mirada clavada en mi infusión, que apenas había probado.

—Sí, tienes razón.

—Pero también lo fue para ti.

Apreté los labios. Sin duda fue una de las tardes más duras de mi vida.

—Escucharle decir que lo hizo todo por miedo a perderme… Me hizo pensar.

Fred ladeó la cabeza, estudiándome con la mirada. Luego, se apoyó en la encimera dispuesto a seguir hablando.

—¿En qué?

Jugué con el asa de la taza entre mis dedos, como si pudiera ordenar mis ideas con ese gesto.

—En que yo también tengo miedo.

Fred frunció el ceño. Si con alguien podía sincerarme, ese era él, quien siempre me había arropado y dado el calor emocional que necesitaba. Era mutuo. Siempre estábamos el uno para el otro.

—¿Miedo a qué?

Me humedecí los labios. El nudo que me cerraba la garganta amenazaba con ahogarme si no lo sacaba ya.

—A tomar la decisión equivocada —confesé.

Fred se inclinó un poco hacia adelante para acercarse a mí y mirarme a los ojos. Desde niña hacía eso para saber si mentía o decía la verdad.

—¿Lo dices por ese chico? ¿Henry?

Noté el rubor en las mejillas al oír su nombre en voz alta.

—Por Henry, por mi carrera y mi futuro, por papá… Por todo. Sé que pronto se jubilará y todo lo que ha construido… Me siento en deuda con él y de verdad que me encantaría quedarme con el negocio, pero al mismo tiempo…

—No es lo que quieres. —Lo miré algo extrañada—. Quiero decir, lo quieres por él, pero no por ti, ¿es eso?

Fred apoyó la barbilla en su mano sin dejar de mirarme a los ojos, con esa paciencia que agradecía y a veces me desesperaba.

—Algo así. Yo…, no sé lo que quiero.

—¿Lo amas?

Mi estómago se contrajo. ¿Estaba segura de lo que mi corazón me decía al latir más fuerte?

—¿A Henry? Sí. Creo que sí.

—Entonces no cometas el mismo error que papá. No dejes que el miedo decida por ti.

Lo miré con la garganta cerrada y los ojos acuosos.

—No es tan fácil. Mamá lo hizo y mira… Yo no quiero que mi familia me abandone, que papá piense que no le elijo a él y que lo desprecio. No quiero que la historia se repita y todos suframos por mi culpa.

Fred sonrió con ternura y me revolvió el pelo con la mano libre.

—Nada que valga la pena es fácil. Además, el problema de mamá fue su padre. El nuestro es diferente. Entenderá que te eliges a ti, ni a él ni a Henry, a ti —reforzó ese «a ti» que me llegó con fuerza —. Piensa en ello. Tanto Henry como papá y yo somos parte de ti, o quieres que lo seamos, y cada uno juega un papel, estés cerca de nosotros o en la distancia. Siempre, *ma petite*, siempre elígete a ti.

Dejé escapar una risa temblorosa y asentí.

—Gracias, Fred.

Él se encogió de hombros y me dio el abrazo de oso que tanto echaba de menos.

—Para eso están los hermanos mayores.

CAPÍTULO 23

Henry

Estuve esperando su llamada toda la tarde, con los nervios a flor de piel y unas ganas de verla y abrazarla que me consumían. Por fin, antes de acostarme, recibí un mensaje suyo que me supo a poco, aunque me daba esperanzas.

Natalie:

Te echo de menos. ¿Nos vemos mañana?

Mi respuesta no tardó en llegar.

Henry:

Tengo clientes a primera hora. Te llamo al volver.

Tengo muchas ganas de verte. ¿Todo bien?

Natalie:

Sí, procesando. Mañana te cuento.

Henry: *Felices sueños.*

Exhalé despacio y dejé el móvil en la mesilla para intentar dormir sin darle vueltas a la cabeza. Me fijé en la luna redonda que veía a través de mi ventana; unas nubes la atravesaban justo por donde estaría una boca imaginaria y parecía que sonreía. Las nubes se movieron y formaron como una N. Natalie estaba en todas partes, hasta en el dibujo que la luna hacía de su nombre con las nubes oscuras.

No conseguí dormir demasiado y me levanté antes que de costumbre, harto de dar vueltas en la cama sin conseguir calmar la mente. Bajé temprano al embarcadero a preparar la excursión del día, con la esperanza de que fueran puntuales y poder acabar pronto para ver a Natalie. Cuando me despedí del grupo que había venido desde Boston, la llamé.

La barca se balanceaba con suavidad sobre la superficie del lago, meciéndose al compás de la corriente tranquila. Tenía los remos apoyados a cada lado, las manos sobre las rodillas y la mirada fija en el reflejo del cielo en el agua. La mañana estaba fresca, con una brisa leve que traía consigo el aroma húmedo de la madera del bosque y la vegetación cercana.

Llevaba más de diez minutos esperando y, aun así, cuando la vi aparecer por el sendero, un latigazo recorrió mi pecho como si me pillara por sorpresa.

Natalie caminaba despacio, con la cabeza ligeramente inclinada, como si la brisa fresca le despeinara los pensamientos tanto como el pelo. Llevaba un vestido sencillo, amarillo claro, y unas sandalias que apenas hacían ruido sobre la madera del embarcadero. Cuando nuestros ojos se encontraron, su expresión se iluminó. Me levanté y le tendí la mano.

—Te invito a un paseo privado en barca. ¿Vamos?

Ella sonrió, colocando la palma de la mano sobre la mía con esa tibieza que reconocí al instante. Un simple contacto, y todo dentro de mí se removió con la fuerza de una tormenta contenida. La ayudé a subir a la barca, que recibió su peso ligero al inclinar levemente la embarcación.

Nos sentamos frente a frente. El agua, que estaba en calma, reflejaba el azul del cielo, y las montañas a lo lejos se alzaban majestuosas y envueltas en la neblina matinal. Apoyé los pies con

firmeza en la base de la barca y comencé a remar con brazadas largas y rítmicas, rompiendo el espejo líquido con cada movimiento.

El silencio entre nosotros era el preludio de todo lo que nos quedaba por hablar. No quise forzarla a hacerlo y esperé paciente a que ella se sintiera con ánimo para contarme lo sucedido con su familia. Mientras, me dediqué a remar. Natalie se abrazó las piernas y apoyó la barbilla sobre las rodillas. Su mirada vagaba por la orilla, perdida en pensamientos que yo no podía alcanzar.

—¿Cómo estás? —pregunté al fin, rompiendo la quietud con voz baja.

Ella exhaló lentamente, y su respuesta llegó con un matiz de vulnerabilidad que me arañó el pecho.

—Confundida.

Solté los remos por un instante y la observé con atención.

—Lo imaginaba.

Su gesto se crispó ligeramente.

—Ayer fue intenso —susurró. Bajó la mirada a sus manos, jugando con la tela de su vestido como si necesitara aferrarse a algo tangible—. Mi padre me dijo que me quiere. Que actuó así movido por el miedo a perderme, a que desapareciera como hizo mi madre. Ese miedo lo bloqueó.

El nudo en la garganta se me hizo más grande; no podía soportar que sufriera como sufrimos Ava y yo al ser abandonados de niños.

—Lo entiendo.

Natalie alzó la cabeza y me miró con sorpresa.

—¿Lo entiendes?

Me pasé una mano por el pelo y solté una risa cansada, más amarga que divertida.

—Porque yo también tengo miedo de perderte como perdí a mis padres.

—¿Cómo? Eso no lo sabía. ¿Qué pasó?

Tragué saliva. Me senté junto a ella y pasé el brazo por su espalda, ella apoyó la cabeza en mi hombro dispuesta a escuchar.

—Creo lo que dice tu padre, que teme que lo abandones para siempre, como hicieron con tu madre. Y lo entiendo porque Ava y yo…, bueno, nos criaron los padres de Harper porque mi madre se fue. Tuvo una depresión y dijo que necesitaba un tiempo, que volvería, pero no lo hizo. Mi padre estaba hundido. Un día nos contó que iba a buscarla y tampoco regresó. Nos hemos pasado la vida esperándolos a los dos.

—Ay, Henry, yo contándote mis problemas y tú… Lo siento mucho. ¿Los habéis vuelto a ver?

—De mi madre nunca hemos vuelto a saber nada. A mi padre lo encontraron muerto hace unos años y pudimos enterrarlo aquí. A veces pienso que esa obsesión que tenemos Ava y yo por vivir en Breatown se debe a que, de forma inconsciente, seguimos esperando y queremos estar aquí por si vuelve. O tal vez sea una tontería, porque lo más seguro es que ya no viva. Por eso entiendo el miedo de tu padre.

El viento sopló con más fuerza en ese momento, y sus rizos negros revolotearon alrededor de su cara. Tuve la tentación de alzar la mano y apartárselos, de enredar los dedos en sus mechones como tantas veces había soñado hacer. Pero no lo hice. Me limité a mirarla ahogado en mi propio dolor.

—No sé qué hacer, Henry —confesó, con un temblor en la voz que hizo que el aire me pesara en los pulmones.

La miré con todo lo que sentía cayendo sobre mí como un fardo pesado. Me vi minúsculo, aplastado entre el deseo de que se quedara y el de verla libre y feliz, aunque no era incompatible. Dependía de su decisión, pero, ¿dónde quedaba la mía?

—Lo que sea que decidas, lo entenderé y lo respetaré. Solo te pido que me lo digas, que no desaparezcas sin más ni hagas promesas que no puedas cumplir, como hizo mi madre. Lo que hagas, lo aceptaré.

No sabía si mis palabras la consolaban, la presionaban o la herían. Su mirada buscó la mía con desesperación, con una súplica silenciosa de respuestas que yo no podía darle. Sin embargo, su contestación me impactó y me dio de lleno donde más me dolía.

—No, no me digas eso. Siempre aceptas y no quiero que seas la consecuencia de mis decisiones, o de mis miedos, como dice Fred. Dime qué sientes. Necesito saberlo. Me pides que te diga lo que decida, ¿no? Yo también quiero que seas sincero. Henry, dime, ¿qué sientes tú?

Le rogaba que me tuviera en cuenta y lo estaba haciendo. Sin embargo, no podía permitir que mis sentimientos hacia ella fueran el motivo de quedarse, porque nos arrepentiríamos toda la vida. También sabía que elegir entre su familia o el amor que yo le ofrecía y del que no sabíamos el futuro, debía de ser muy difícil.

El lago nos rodeaba como el decorado de una película, que acompaña suspendido en el tiempo donde nada existía, salvo nosotros dos. Quería responder a su pregunta: sentía tantas cosas que no sabía ni por dónde empezar. Me acerqué más a ella y cerré el abrazo. Ella suspiró en mi cuello provocándome un cosquilleo que me alcanzó hasta las ingles. La apreté contra mí y la besé en el pelo. Ella alzó el mentón y alcanzó mis labios. Nos besamos bajo las nubes que protegían el lago, y le acaricié por debajo de la falda acunados por el balanceo de la barca. Seguimos besándonos y mi lengua buscaba la suya con ansiedad mientras ella me aferraba más por la espalda. Nos abrazamos, buscamos respuestas en nuestros ojos y nos volvemos a besar. Natalie jadeó contra mi boca y paramos antes de que el deseo nos empujara en un momento en el que no podíamos saciarnos. Ella se derrumbó contra mi pecho, con la respiración entrecortada y yo inspiré hondo antes de volver a hablar.

—Siento muchas cosas, Nat —contesté por fin—. Como que te quiero y que me va a costar vivir sin ti si decides irte. Pero no te lo quiero decir, porque no quiero intervenir en tu decisión. Ni tu padre y sus temores, ni yo y los míos, debemos influir en ti.

—Yo también te quiero, Henry.

Su abrazo me sumergió en una burbuja de la que no quería salir. Aun así, la realidad nos alcanzó cuando miré el reloj y me tragué el nudo que me cortaba la garganta con una sensación punzante.

—Helen y Samuel deben de estar a punto de llegar a la cabaña.

Natalie se mordió el labio inferior, con la duda reflejada en la cara y una lágrima a punto de brotar de sus ojos acuosos.

—Ven a comer con nosotros.

Negué despacio, con una sonrisa triste, porque nada me apetecía más que seguir a su lado.

—Es algo familiar. Me gustaría estar para apoyarte, pero no debo. Nos veremos luego.

No insistió, porque sabía que era lo más razonable. Se inclinó y me besó en la mejilla con la suavidad de una brisa, un roce que se quedó impreso en mi piel mucho después de que se apartara.

Llegamos al embarcadero y la ayudé a bajar de la barca. Me quedé con la excusa de recoger y la observé mientras caminaba de regreso, con la luz reflejada en su melena oscura y el vestido de flores ondeando con cada paso. Se detuvo un momento antes de seguir avanzando, y se giró para dedicarme una de las sonrisas más bonitas que he visto nunca y que iluminó mi corazón. Sin duda era la mujer más especial que conocía y con la que me gustaría pasar el resto de mi vida.

CAPÍTULO 24

Natalie

La mesa estaba dispuesta con un cuidado exquisito. Helen había insistido en que fuéramos a su casa. Quiso preparar algo especial para la ocasión y, a juzgar por la calidez del comedor y los aromas que flotaban en el aire, lo había conseguido.

Desde la ventana, la claridad inundaba la estancia con calidez. La porcelana estaba dispuesta con esmero, y las servilletas de lino yacían perfectamente dobladas, bajo los cubiertos. En el centro, unas flores recogidas esa misma mañana y un par de velas sin encender me transmitían que todo se había preparado con mimo. Era una ocasión especial y la sensación de hogar nos ayudaba a templar los nervios.

Me senté junto a Fred, con Helen y Samuel frente a nosotros y mi padre en el extremo de la mesa. Charles Lambert estaba serio, pero no distante. Lo conocía lo suficiente para notar que se contenía, que estaba midiendo sus palabras y sus gestos. Quizás aún no sabía cómo encajar en esta nueva dinámica, en este espacio, donde su hija había construido algo fuera de su control.

Helen, con su elegancia natural y esa forma de hablar pausada que envolvía cada palabra de ternura, fue la que rompió el hielo.

—Esta *quiche* es exquisita, Fred Sin duda tienes buena mano.

—Creo que Nat no te ha comentado que soy cocinero. De hecho, tengo un restaurante en París, pequeño, donde hago cocina casera con toques vanguardistas… Bueno, eso dice la crítica —sonrió y me

sentí muy orgullosa de él. Había logrado su sueño a pesar de las reticencias de los Lambert, dedicados a la moda desde hacía generaciones. Por eso, que yo no siguiera en el negocio familiar, era más doloroso todavía para mi padre.

Helen le volvió a felicitar y luego se giró hacia mi padre, llevando ella el peso de la conversación como buena anfitriona.

—Debo decir que cuando supe de ti, Charles, me imaginé a un hombre huraño, con un porte imponente y un carácter fuerte. Tu suegro te pintaba muy mal, para que lo vamos a negar —sonrió con picardía.

Él alzó una ceja, intrigado.

—¿Y qué opinas ahora que me has conocido?

Helen sonrió con astucia y alzó la copa de vino con delicadeza, para brindar a la vez que respondía.

—Que no me equivoqué.

La risa de Fred fue la primera en resonar. Luego, Samuel, con una carcajada sonora, se sumó a mi hermano, y poco a poco la tensión se diluyó en el aire.

Las anécdotas comenzaron a surgir con naturalidad. Helen les contó cuando Samuel, siendo un niño, se paseaba por la librería con una maleta y el aspecto de librero errante diciendo que de mayor llevaría la lectura a todos los pueblos del lago. Concluyó que ese sueño infantil se hizo real, cuando conquistó a toda la comunidad con su paciencia y su amor por los libros, y se estableció con su mujer en *Silver Lake Bookstore*.

Samuel replicó con historias de su infancia, de cómo mi madre y él hacían travesuras en la librería familiar, de cómo se escondían entre los estantes para leer a escondidas cuando su padre les pedía que hicieran los deberes o le ayudaran a colocar los pedidos.

—Siempre tuvo una imaginación desbordante —contó Samuel con una sonrisa melancólica—. Recuerdo que una vez escribió una

historia en la que convertía la librería en un castillo encantado y a cada cliente en un personaje de cuento. Nuestro padre casi la mata cuando encontró las notas pegadas en las fichas de los clientes, con nombres como «bruja del desván» o «príncipe distraído».

La imagen de mi madre de niña, con la pluma en la mano y la mirada soñadora, me llenó el pecho de una emoción inesperada. Mi padre, en cambio, se quedó en silencio un momento, con los dedos jugueteando con el borde de su copa. Luego, suspiró y dijo con voz pausada:

—Siempre fue así. Soñadora, rebelde, con ideas fijas… y maravillosa.

Por primera vez desde que llegó, noté que la dureza de su expresión se resquebrajaba. Bajé la vista a mi plato, al percibir que esa grieta era más significativa de lo que él mismo iba a reconocer.

El almuerzo se prolongó entre recuerdos y conversaciones amenas. A medida que pasaban los minutos, la barrera entre mi padre y Samuel fue desvaneciéndose. Cuando Samuel lo llamó «hermano», quizá algo exaltado por los efectos del vino, fue el momento en el que supe que algo había cambiado de verdad.

Al despedirse, se abrazaron durante largo rato, sollozando, en un gesto sincero, que trataba de borrar de un plumazo todo lo que los había separado.

Cuando salimos al jardín de Helen, el viento de la tarde ya había cambiado de temperatura, y el aroma del lago llegaba más nítido con el aire. Caminamos hasta la cabaña, con paso lento y las palabras quemando en la garganta. Al llegar al porche de madera, Fred me abrazó con fuerza antes de susurrar en mi oído:

—Sea lo que sea lo que decidas, Nat, estaremos bien.

Le sonreí con los ojos húmedos.

Mi padre me miró un instante, y algo dentro de mí se retorció. Porque en ese cruce de miradas, entendí que todo lo que habíamos

vivido en los últimos días nos había transformado. Él inspiró hondo, y sin más preámbulos, me atrajo hacia su regazo con un abrazo cálido y firme, como los de mi infancia.

—Solo quiero una cosa de ti —dijo, con la voz más baja de lo habitual para que solo yo lo escuchara—. Que seas feliz. No importa dónde, pero feliz.

Mis labios temblaron al responder.

—Y yo quiero que no sientas que me pierdes. No voy a abandonarte, papá, solo quiero encontrarme a mí misma.

Él cerró los ojos un segundo y asintió con la cabeza.

—Lo sé.

Nos separamos, y cuando creí que todo estaba dicho, se giró hacia la mesa del porche, donde había dejado algunas de mis cosas. Mi cuaderno de bocetos estaba abierto por culpa del viento. Se inclinó sobre él, pasando los dedos por la página donde había dibujado algunos diseños de ropa, ideas sueltas que había esbozado por inercia, sin pensar en mostrarlo a nadie.

—¿Esto lo has hecho tú?

—Sí… Son solo ideas espontáneas. Dibujar me ayuda a pensar.

Lo miró con atención, frunciendo ligeramente el ceño como cuando analizaba patrones en el taller.

—Tienes talento, hija mía. No hay ninguna duda de que eres una Lambert.

—Papá… —protesté, nerviosa.

Alzó la vista y vi en sus ojos la misma expresión que tenía cuando me observaba de niña, con orgullo y curiosidad. Una mirada que tenía olvidada y que me recorrió el cuerpo como un bálsamo y me hizo sentir querida de verdad.

—Si es esto lo que quieres hacer, si te llena por completo, no lo abandones. Sé que te has dedicado al diseño web, pero tu posgrado

es de moda. Decide con el corazón, cariño.

Tragué saliva, con la sensación de que el peso de todas mis dudas se hacía más liviano. Sin embargo, un hueco enorme se abrió en mi pecho cuando le saqué el tema de trabajar con él.

—¿Y el taller…? Todavía no he decidido nada, papá. Puedo volver a París y tomar el relevo para que te jubiles, o…

—Bertrand quiere comprarlo —me interrumpió, con la voz más tranquila de lo que esperaba—. Mi marca seguirá unos años, porque le conviene mi fama, y ni tú ni tu hermano tendréis que preocuparos de nada. Además, eso me permitirá jubilarme con algo más de dinero y podré visitarte si decides vivir en Breatown, en Nueva York, en París o donde sea. Sigues la primera de la lista para hacerte cargo de la empresa, pero si no lo quieres, Bertrand lleva toda la vida conmigo y está deseando convertirse en el dueño.

El nudo en mi garganta me impedía respirar con normalidad. El peso de la responsabilidad que había cargado los últimos meses y que me asfixiaba, de pronto parecía evaporarse y hasta sentí que mi cuerpo flotaba. Sin duda mi padre había reflexionado mucho y hasta parecía contento con sus decisiones, que no me obligaban a nada.

—¿Hablas en serio?

—Sí, cariño.

Mi padre se llevó las manos a los bolsillos y me miró con esa media sonrisa que rara vez mostraba, pero en la que pude ver la ternura que había guardado desde que era niña.

—Y antes de que me preguntes, no, no necesitas decidir nada ahora. Sé que hay algo que te falta por hacer.

—Sacramento —murmuré—. Quiero ver todos los lugares en los que vivió mamá y visitar su casa. Dice Helen que todavía existe.

—Cuando quieras hacerlo, avísame. Fred y yo iremos contigo.

En mi estómago, el nudo que lo cerraba se convirtió en pequeñas burbujas que explotaban de alegría. Sonreí y afirmé con un gesto, sin las palabras que no llegaban para expresar todo lo que sentía y lágrimas en los ojos. Se acercó a mí y lo rodeé con los brazos. Hacía tiempo que no sentía la calidez de su pecho y recordé cuando de pequeña me calmaba solo con apoyar la cabeza en su regazo.

Esa noche se fueron a dormir temprano para ir al aeropuerto de madrugada. En la quietud me senté junto a la ventana de mi habitación y observé las luces de Breatown brillar a lo lejos. Por fin empezaba a sentir que las piezas encajaban. Aunque no las tenía todas, porque la vida es así, somos un puzzle en continua construcción.

Saqué el móvil y marqué el número de Henry.

—Hola, Nat —su voz sonó ronca, y temí haberle despertado.

—Hola.

—¿Cómo estás?

Inspiré hondo y sonreí.

—Lista para empezar de nuevo.

Hubo un silencio. Luego, en un susurro que me envolvió como un abrazo, me dijo:

—¿Quieres venir?

Apagué la luz, cogí mi chaqueta y salí a encontrarme con él.

CAPÍTULO 25

Natalie

Llegué a casa de Henry y de Ava en cinco minutos y él ya me esperaba en el porche con dos botellines de cerveza en la mesa. La brisa nocturna traía consigo el murmullo del lago y el crujir de las ramas le avisó de mi llegada.

—Pensé que te vendría bien un trago.

—Pensaste bien —sonreí y me senté junto a él—. Ha sido un día intenso.

Desde el porche de la casa de Henry, el mundo parecía reducirse a la luz tenue de las estrellas, que de alguna manera extraña siempre se agrupaban encima del lago, y al calor de su presencia junto a mí.

Estábamos sentados en los escalones de madera, con los pies descalzos rozando el suelo frío y una manta compartida sobre nuestros hombros. La quietud del bosque a nuestro alrededor era tan acogedora como la sensación de su brazo rozando el mío.

—¿En qué piensas? —preguntó Henry, con la voz más suave de lo habitual.

Me tomé mi tiempo antes de responder, con la mirada fija en la estela que la luna dibujaba sobre la superficie del lago. Me gustaba esa imagen, como si fuera un trazo que la luna pintara, con el pulso que le daba la brisa, y el agua fuera el lienzo.

—Pienso en todo lo que ha cambiado en tan pocos días. En cómo, de alguna forma, todo lo que estaba suelto ha empezado a encontrar su lugar.

—¿Y en lo que aún falta por encajar? —su tono era tranquilo, pero yo sabía que no podía esperar más a decirle lo que sentía y lo que deseaba. Se lo merecía más que nadie y su paciencia, como la de cualquiera, tenía un límite.

Giré la cabeza para mirarlo. La luz dorada del interior de la casa iluminaba el perfil de su mandíbula, la sombra de su barba incipiente y le daba un brillo contenido a sus ojos.

—También.

No había prisa en nuestras palabras. Era una de esas noches en las que el tiempo se alarga, en las que cada instante parece dilatarse en el aire, suspendido entre lo que se dice y lo que no se nombra.

Henry alzó la mano y me acarició la mejilla con el dorso de los dedos. Su tacto fue un ancla, una certeza que me serenó el corazón. Me incliné hacia él, sin dudar, y nuestros labios se encontraron en un beso lento, sin urgencias y sin preguntas.

Me sostuvo con firmeza cuando me acurruqué en su regazo, y enredó los dedos en mis rizos. Henry acercó los labios hasta mi cuello, y dejó besos pausados sobre mi piel mientras me abrazaba más fuerte.

—Vamos dentro —susurró.

Apuramos la bebida y entramos con los corazones latiendo al mismo ritmo. Dentro, el calor nos envolvió de inmediato. Su habitación olía a madera, a lavanda y a él. Nos movimos sin prisas, guardando en la memoria las caricias y reteniendo el placer de sentirnos piel contra piel. Nos amamos entre las sombras del cuarto iluminado por la luna, entre las sábanas que nos atrapaban en un refugio hecho solo para nosotros y nos hicimos un solo cuerpo hasta quedar extasiados.

Cuando el sueño nos venció, lo último que sentí fue la calidez de su abrazo y el sonido rítmico de su respiración contra mi pelo.

—No quiero que amanezca —susurré, sin abrir los ojos.

Henry besó mi frente.

—Entonces no pienses en ello.

Pero el amanecer iba a llegar de todos modos y significaría que mi padre y Fred se iban. No podía quedarme a dormir en su última noche conmigo. Aún estaba oscuro cuando nos vestimos en silencio y salimos al porche, donde el aire fresco nos despejó de inmediato. Caminamos juntos hasta mi cabaña, en la que también dormían mi padre y Fred, con los pasos amortiguados por la tierra húmeda.

Nos detuvimos a unos metros, junto al árbol de la entrada, para no hacer demasiado ruido.

—Voy a hacer como que me acabo de levantar. Ven en un rato y desayunas con nosotros, ¿quieres? —pregunté en voz baja.

Él sonrió y afirmó con la cabeza.

—¿No quieres que te dé espacio y aprovechar los últimos minutos con ellos? Es vuestra despedida.

Comprendía la intención de sus palabras, pero si Henry iba a ser parte de mi vida, ya era hora de que lo conocieran un poco más.

—Quiero que los despidamos juntos. Les caerás bien.

Henry alzó una mano y acarició mi mejilla con el pulgar.

—¿Quince minutos te parece bien?

—Perfecto.

Nos besamos una última vez antes de separarnos. Henry se quedó quieto mientras yo caminaba hasta la cabaña, y cuando miré por encima del hombro, aún estaba allí, observándome.

Al entrar, todo seguía oscuro. Encendí la luz de la cocina y preparé café para mi padre y para Fred, y saqué de la nevera un bizcocho de

naranja y canela que me regaló Helen. Puse el horno para calentarlo y preparé la mesa del desayuno. Oí el despertador de mi hermano y su voz al llamar a mi padre. Enseguida estaban los dos en la cocina, sorprendidos por ver cuatro platos en la mesa. Me senté con ellos, compartiendo los últimos momentos antes de su partida.

A los pocos minutos, Henry llamó a la puerta, cohibido y tan guapo que me derretí por dentro. Empecé a comprender a mi madre de verdad cuando me di cuenta de que lo que yo sentía por Henry era amor. Fue en ese segundo, al verlo entrar en la cabaña esa mañana, cuando decidí quedarme en Breatown. Al menos, intentarlo.

—¿Qué hay, chico? —le saludó mi padre con un manotazo cariñoso en el hombro. Fred, en cambio, directamente lo abrazó.

—Cariño, pídele a Helen la receta. Voy a querer más bizcochos de estos; hasta podría incluirlos en la carta de postres.

—En realidad, la receta es de mi prima Harper —señaló Henry—. Hace los mejores bizcochos y tartas del condado.

—¿Has oído eso, Fred? Si necesitas repostera para tu restaurante, aquí tienes una.

—¿Tienes un restaurante? —se sorprendió Henry que arqueó una ceja.

—Sí, en el barrio latino de París. Por eso no pude venir antes a ver a Natalie. Me consume muchas horas y apenas tengo días libres. Mi novia, Marianne, se ha quedado al cargo y está de los nervios.

—Sí, mi hermanito trabaja mucho y es insustituible —dije dando un beso a Fred.

—De todas formas, dudo mucho que Harper aceptara una oferta en París, es adicta a Breatown —rio.

—Chicos, es hora de irnos —anunció mi padre mirando la hora. Un boquete se abrió en mi pecho y sentí cómo las piernas me

flaqueaban. Era uno de esos momentos decisivos en la vida de las personas que sabía que quedaría grabado a fuego en mi mente.

El abrazo de mi padre al despedirse fue fuerte, sostenido y lleno de una ternura que necesitaba para llenar mi fuente de amor.

—No te precipites. Si necesitas volver a casa, no dudes en hacerlo. Cuando quieras.

—Aquí también puede estar mi casa, y la tuya, papá —respondí.

Él sonrió, con algo de tristeza, pero con más alivio que dolor.

—Ocúpate de ser feliz, como lo fue tu madre, a pesar de todo lo que sufrió, por vivir siempre con la ausencia de su familia. Yo siempre te voy a apoyar, cariño.

—Te quiero, papá.

—Os llevo al aeropuerto —propuso Henry de pronto.

—No, chico. Te lo agradezco. Quédate con mi hija y haz tu vida. Ya hemos pedido un *transfer*.

Cuando el coche que los llevaba al aeropuerto desapareció entre los árboles, me quedé quieta en el camino, con las manos hundidas en los bolsillos de mis *shorts* y la mirada perdida en la carretera que serpenteaba hacia la salida del pueblo.

Me sentía tan triste como feliz, porque esta vez me separaba de ellos, pero no estaba huyendo. Una familia que se quiere puede hacerlo a pesar de la distancia, porque ser hija no implica ser una posesión y mi padre lo sabía, aunque el miedo no le dejara verlo. Yo había encontrado el amor, como lo encontró mi madre, y no por eso le iba a querer menos. Al revés, su generosidad me hacía quererlo más. Los iba a echar de menos, seguro. Sin embargo, saber que mi felicidad dependía de mis decisiones diarias, me hacía sentir fuerte a pesar del miedo. Además, que ellos estaban conmigo, aunque lejos, era una realidad que me daba seguridad.

—Me voy a trabajar. Nos vemos luego.

Henry seguía rodeando mi cintura sin irse aunque ya llegara tarde. Lo besé en la mejilla.

—Gracias.

Él se fue y yo me giré para tomar el camino del lago y dar un paseo. El aire era fresco, pero el sol ya empezaba a calentar la superficie del agua, que brillaba como cada día. Me senté en uno de los bancos de madera junto a la orilla, con el diario abierto sobre las piernas y el lápiz entre los dedos.

Respiré hondo y mis pulmones se llenaron con el olor de la tierra húmeda, del bosque despertando y del agua que traía recuerdos de días pasados.

«Mamá», escribí.

Me detuve y sopesé la carga emocional de esa sola palabra que sostenía la página en blanco.

Miré al cielo, a las nubes que flotaban en la inmensidad azul, y me imaginé su risa, su voz contándome historias antes de dormir, su manera de acariciarme el pelo cuando era niña. De una manera un tanto extraña, pensar en ello hizo que mi inquietud se aliviara, como si realmente la tuviera a mi lado dándome consuelo.

«He encontrado mi lugar. No sé si es para siempre, pero por primera vez, no siento que estoy buscando algo que no sé nombrar».

El viento pasó entre las hojas de los árboles, moviendo el agua en ondas suaves; lo respiré y, con el pecho lleno de esperanza, seguí escribiendo.

«Sé que aún tengo caminos por recorrer, que hay piezas que encajarán con el tiempo. Pero hoy… hoy me siento en casa».

Sonreí, y cerré el cuaderno con delicadeza.

El sol se reflejaba en la superficie del lago, lanzando pequeños destellos que parecían estrellas. En ese instante, con el sonido del agua de fondo y arropada por el aroma del bosque, supe que, al menos por ahora, este era mi lugar en el mundo. No solo por mi madre, sino por mi misma, debía darme esa oportunidad.

EPÍLOGO

Natalie

Un año después

El aire de marzo traía consigo la fragancia húmeda de la tierra que empezaba a despertar tras el invierno. La primavera comenzaba a asomarse en cada rincón del lago, en los brotes verdes que cubrían las ramas desnudas, en las flores silvestres que se abrían tímidamente entre la hierba. El agua reflejaba el cielo despejado, y el sonido de los pájaros entre las copas de los árboles llenaba la mañana de energía. Ese era el decorado de mi nueva vida, la elegida por mí.

Desde la ventana de nuestra casa, el mundo parecía un cuadro en movimiento, vibrante y cálido. Henry y yo llevábamos meses viviendo juntos, compartiendo las estaciones, el trabajo y los silencios cómodos de la convivencia. La cabaña que había alquilado la primera vez ya no era solo un refugio temporal. Era nuestro hogar.

Él estaba en la cocina, preparando café, mientras yo revisaba la lista de cosas para la llegada de mi padre y de Fred. Habían prometido visitarnos desde hacía meses y, por fin, el momento había llegado. Al día siguiente los recogeríamos en el aeropuerto y, después, viajaríamos juntos a Sacramento.

—¿Todo listo? —preguntó Henry, apoyado en el marco de la puerta con la taza de café caliente entre las manos.

Sonreí, a la vez que doblaba el papel con la lista de cosas que aún tenía pendientes.

—Creo que sí. Helen y Samuel vendrán temprano para ayudarnos con la comida. Ava y Manuel también se unirán después.

Henry sonrió, con la sonrisa tranquila que aún me hacía sentir mariposas en el estómago.

—Tu padre va a alucinar cuando vea cómo has transformado la cabaña en un taller de diseño.

—En un taller, en una oficina y en un almacén improvisado —reí, inclinándome sobre la mesa, donde tenía los bocetos de mi última colección de ropa deportiva.

Había pasado meses diseñando y lanzando mi propia marca, vendiendo *online* y, gracias a Henry, en su empresa de actividades al aire libre, que había crecido enormemente en los últimos meses. Ver a la gente que pasaba por Breatown usando mis prendas y comprando mis diseños, era algo que jamás habría imaginado cuando llegué aquí.

—¿Sabes lo que más me gusta? —dijo Henry, acercándose hasta quedar detrás de mí. Me rodeó la cintura con los brazos, descansó el mentón en mi hombro, y su aliento cálido me rozó la piel—. Que sigues haciendo lo que amas sin renunciar a nada.

Me incliné contra él, disfrutando de su cercanía.

—Tú tampoco has renunciado a nada —susurré—. Tu empresa sigue creciendo, el gimnasio va muy bien... Has encontrado tu lugar.

Henry besó mi cuello, y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Mi lugar está aquí —susurró—, contigo.

Me giré entre sus brazos y lo miré a los ojos, esos ojos azules que habían sido mi refugio durante meses.

—Estoy feliz, Henry.

—Yo también.

Nos besamos, con la suavidad de quien ha aprendido a amar sin miedo, con la certeza de que no importaban los caminos que nos trajeron hasta aquí, sino que habíamos elegido quedarnos.

La noche antes de la llegada de mi familia, la cabaña estaba en calma. Afuera, el viento agitaba suavemente las ramas de los árboles, y el sonido del lago llegaba en susurros hasta nuestra ventana.

Henry estaba tumbado en la cama, con una mano sobre su abdomen y la otra descansando en la almohada. Me miraba con una intensidad que me hacía temblar. Me acerqué a él despacio, por debajo de las sábanas, hasta quedar acurrucada en su regazo.

—Mañana estarán aquí —murmuré.

Él me pasó un mechón de pelo tras la oreja y asintió.

—Y, en unos días, estarás en Sacramento.

—Vendré de vuelta, contigo y una historia que contar.

Henry no respondió. En su mirada, en el leve apretón de sus dedos contra mi piel, supe que no tenía dudas. Nos besamos con lentitud, como si quisiéramos retener el instante en la memoria. Sentí cómo recorría mi espalda con las manos, con la misma ternura del principio, a pesar de conocer cada rincón de mi piel. Sus caricias siempre aceleraban mis latidos y provocaban que mi respiración se entrecortara.

—Eres preciosa —susurró, mientras rozaba mi cuello con los labios.

Arqueé el cuerpo hacia él, buscando más, buscándolo todo. Henry respondió a mis demandas silenciosas con besos por todo mi cuerpo y yo jadeé cuando saboreó mis pliegues con la lengua. Gruñí y temblé de placer bajo su brazo. Subió de nuevo hacia mí y unimos nuestras bocas mientras nuestros sexos se rozaban hasta unirnos y bailar con la pasión de nuestros impulsos más primitivos.

Cuando la madrugada nos encontró abrazados, con el calor de nuestros cuerpos fundiéndose bajo las sábanas, sentí la misma certeza, tan profunda y real: no importaba a dónde fuéramos, ni los caminos que aún quedaban por recorrer, siempre encontraríamos el camino de vuelta a casa, a nosotros; a la noche en el lago que nos recordaba lo grande que era nuestro amor cada vez que la luna dibujaba nuestro nombre con trazos de luz sobre el agua.

¿Te ha dejado con buen sabor de boca?

Perfecto. GRACIAS.

Es el momento de dejar tu opinión, esa que tanto nos ayuda a las autopublicadas, en Amazon. Puedes usar este QR:



Esta es la tercera novela de la serie ***El lago de Breatown***, autoconclusivas pero con personajes comunes y un espacio que comparten y que es muy especial para mí. Si nos has leído las anteriores, puedes hacerlo aquí:



SOBRE LA AUTORA

Diana de Brea es una autora española de novela y relatos románticos y *feelgood* cuyo mayor disfrute es la lectura, afición que ha cultivado desde pequeña junto a la escritura. De imaginación desbordante, le encanta inventar vidas y buscar lugares en los que sus personajes puedan desarrollarlas.

Madre de familia, amante del mar y el buen comer, su filosofía de vida se refleja en cada página.

En redes la encontrarás en Instagram:

https://www.instagram.com/diana_de_brea/

Diana envía de vez en cuando la Carta de una escritora feelgood.

Suscríbete aquí:



Otros títulos de Diana de Brea

Serie *Amor a la italiana:*
Il mio cuore
La mia passione

Colección de relatos *Amor Infinito* junto a Carlota Martinelli

Serie Breatowm
Donde brillan las estrellas
El Refugio del Lago
La luna dibuja tu nombre

Serie *Romance en Escocia* con cinco novelas:
Otoño en Escocia
Invierno en Escocia
Primavera en Escocia
Verano en Escocia
Tú, mi lugar favorito (Otoño en Escocia II)

Las novelas independientes
Mereces un amor
La mentira que te trajo a mí

Serie *Destino* by Lady Rose (novelettes)
Destino Nueva York
Destino Highlander
Destino Champions
Destino Navidad

Visita mi página de autora en Amazon para acceder a todas ellas:
https://amzn.to/3NdLjIm



NO TE VAYAS TODAVÍA, que hay algo más:

Quizá me conoces desde hace poco tiempo y no sepas cuál es una de las novelas que más han gastado de todas las que he escrito, es ***Il mio cuore***, la primera de la bilogía Amor en la Toscana. Te dejo con el comienzo:

Diana de Brea



AMOR EN LA TOSCANA

Il mio cuore

1

IL MIO CUORE

Donde todo empezó

Dejó la foto en el mismo libro en el que la encontró, y lo guardó en la estantería junto a una cajita de música de madera labrada. Se dio la vuelta para mirar a su abuela, que seguía con el gesto triste y los ojos húmedos. Se sentó junto a ella y, tomándola de las manos, le volvió a preguntar:

—¿Lo querías?

—Mucho, mi niña. Pero no me hice malasangre —contestó—, lo que no pudo ser, no fue. Y no dudes ni por un segundo —añadió mirando a su nieta a los ojos y con el dedo índice levantado—, cuánto quise a tu abuelo.

—No lo dudo, claro que no. Pero, algo me dice que no sentías lo mismo, ¿me equivoco? —preguntó Olivia haciendo un guiño a su abuela para picarla.

La abuela se quedó pensativa, en silencio, sin darse cuenta del tono bromista de la nieta.

—Venga, Abu, cuéntamelo. Me parece una historia muy chula —insistió Olivia.

—Tienes razón. De nada sirve callarlo. Sí, lo amé por encima de todas las cosas. Como deseo que ames alguna vez —sonrió—. Solo estuve tres meses en Italia, de niñera de dos niños españoles. Él era el hijo de unos amigos de mis jefes. Y nos enamoramos desde el primer momento. Cuando los señores y su familia se dieron cuenta de lo que había entre nosotros, me echaron y me devolvieron a mi casa.

—¿Y no volviste a saber de él?

—Nada… Bueno —rectificó—, al morir mi madre y vaciar su casa encontré varias cartas de Tomasso en una caja que escondió en el altillo de su armario. Al leerlas me dio un vuelco el corazón. Había ideado una forma de encontrarnos, pero yo nunca lo supe. Me lo

imagino esperándome en un andén de la estación de Atocha, dispuesto a dejarlo todo por mí, y darse cuenta al caer el día de que yo no llegaría jamás. Cada vez que lo pienso la tristeza me envuelve. —Hizo una pausa que Olivia respetó—. Él me quería, pequeña —aseguró con sus ojos vidriosos que parecían mirar a otra dimensión —, y yo no aparecí. ¿Qué pensaría de mí? Las ideas me atormentaron durante mucho tiempo al descubrir esa carta. Sin duda, se sentiría abandonado y yo… Ni recuerdo qué hice ese día. Creo que mi madre me mandó fuera de Madrid. Qué diferente hubiera sido mi vida de haber recibido esa carta, ¿te lo imaginas, pequeña?

—¿Tu madre lo ocultó? Pero ¿por qué? No lo entiendo —se indignó Olivia.

—¡Y qué más da ahora! Nunca lo supe, cariño. Supongo que… por miedo. En aquella época se consideraba malo todo lo que venía de fuera. Además…, en aquél entonces, cuando se supone que Tomasso vino a buscarme, ya me había prometido con tu abuelo. Lo que no sé es si alguien fue a avisarle a Atocha o se quedó esperando, como te he contado. Nunca tuve noticias de él.

—¡Qué rápido te comprometiste!

—Sí, Oli, entonces era así. Nos presentaron en un baile y enseguida nuestros padres lo arreglaron.

—Pero, Abu, ¿cómo que lo arreglaron?, ¿no erais novios o algo así?

—Sí, cielo, sí. Él me gustó y mis padres me habían advertido de que debía casarme pronto. Ya tenía más de veinte años, la edad a la que nos casábamos todas. Además, me impuse olvidarme de Tomasso cuanto antes porque creía que todo se había terminado. De saber que él me seguía queriendo… Me convencieron de que solo quiso aprovecharse de la joven extranjera y, bueno, mejor no pensar en ello, cariño.

Se quedó en silencio, pensativa, sin atreverse a contar otras partes de lo que pasó. Olivia intentó atar cabos; su cabeza calculaba años e inventaba una historia de amor de las que le gustaba leer en las novelas. Su tremenda curiosidad de periodista no estaba saciada aún.

—¿Tienes las cartas?

—No, qué va. Por respeto a tu abuelo las quemé con otras cosas de mi madre. Me deshice de todo; bueno, menos de la caja de música que encontré junto a las cartas. No sé de dónde salió así que me inventé que fue un regalo de Tomasso que nunca llegó a mis manos. ¡Ay, niña! —sollozó mirando a Olivia—. No sabes cuánto lloré. Y… déjalo que ya te he contado demasiado. Más que a nadie. Está tan enterrado en mi memoria que apenas recuerdo escenas sueltas.

Olivia se acercó un poco más a su abuela para abrazarla. La besó en la sien mientras la mecía como a un bebé. A los pocos segundos se separó y la enfrentó para decirle lo que se le acababa de ocurrir.

—Abuela, ¿quieres que busquemos a Tomasso? Si sabes sus apellidos podemos mirar en Internet. Tal vez siga vivo y podáis reencontraros. ¿Te gustaría?

—No —contestó tajante—. Ya no. ¿Tú sabes todas las historias que me he imaginado sobre él? Quiero morir con esas ideas en mi cabeza. La realidad ya llega tarde. ¿Y si no me gusta la verdad? —se justificó cargada de razón.

—Pero —insistió Olivia—, abuela, yo creo que puede ser guay. Mira, dime el nombre y dónde vivía y yo investigo. Por favor —suplicó—; prometo no contarte ni enseñarte nada si tú no quieres.

—¿Cómo? ¿Con esas moderneces vas a encontrar a Tomasso? —dijo señalando al móvil de Olivia que ya había abierto el buscador de Internet—. Déjalo, niña, que seguro que ya habrá muerto. No merece la pena. La imagen que recuerdo es suficiente para mí y es la que quiero conservar hasta que me muera.

—Abuela, quiero hacerlo. Si me dejas. Sabes que soy periodista y me gusta escarbar —suplicó entre risas arañando al aire con los dedos.

—Haz lo que quieras, pesada, pero no me lo cuentes. No quiero saber nada, ya te lo he dicho —contestó en tono serio—. Venga, acércame la novela que has guardado. —Olivia bajó el libro que su abuela abrió con los dedos largos y huesudos, marcados por la artrosis, y sacó de él un papel arrugado y amarillento escondido

entre las páginas—. Copia lo que pone ahí y déjalo todo como estaba, anda, que haces de mí lo que quieres.

Olivia hizo lo que le pidió, anotó la dirección de Tomasso y guardó la nota en su bolsillo. Después siguió hablando con la abuela de otros temas para diluir la tristeza que le ocasionó recordar tiempos pasados por culpa de la foto que, de casualidad, encontró en una novela de Jane Austen. Cuando estuviera sola en su piso trataría de buscar a ese misterioso amor de la abuela Bárbara.

CAPITULO 1
Una bodega en la Toscana

La dirección que Bárbara le dio a su nieta Olivia ya no existía. Le llevó tres días dar con la calle correcta, buscando en Internet, ya que la habían cambiado de nombre varias veces. Llegó a Lucca una tarde de septiembre, tras aterrizar en Pisa, donde alquiló un Volkswagen rojo con el que llegó a la ciudad en la que vivió su abuela durante tres meses cuando tenía veinte años y muchos sueños por cumplir.

Ahora ella, con siete más de los que tenía Bárbara en aquella época, iba en búsqueda de… No estaba muy segura de qué hacía allí, pensaba apoyada en el coche de alquiler, frente a un edificio abandonado en una calle de la zona antigua de Lucca. ¿Tan importante era para ella saber más de ese episodio de la vida de Bárbara? ¿O solo era una excusa para salir de España? Durante los dos últimos años había asistido a unas ¿veinte bodas?; cuando pasó de la número quince dejó de llevar la cuenta. Sus cuatro vestidos de ceremonia los iba alternando según la cercanía con la novia, o novio, con retoques realizados por su abuela para no ir siempre vestida igual. Una ruina económica y social, porque ahora todas sus amigas estaban casadas, algunas ya con hijos pequeños, obligándola a hacer planes sola o con gente nueva. ¡Qué pereza!

Para colmo, su trabajo como periodista *freelance* llevaba meses estancado. De haber escrito reportajes para las revistas y suplementos gastronómicos más importantes del país, había pasado a una sequía informativa desde que decidió residir más tiempo en España para estar cerca de su abuela. En ese momento la necesitaba y no era cuestión de estar buscando historias por el mundo. Aunque eso contradijera el haber viajado a Italia en la que llamó *misión Bárbara*. Sí, adoraba a su abuela y quería cuidarla, pero para una reportera acostumbrada a viajar más de la mitad del año, llevar nueve meses en la misma ciudad empezaba a pesarle.

Bárbara le contó que la familia de Tomasso tenía una finca extensa a las afueras de Lucca en la que cultivaban sobre todo olivos

y lavanda, cuya producción vendían a fabricantes de aceite y jabones de la zona. Les iba tan bien que nunca pretendieron cultivar nada más ni producir su propio aceite. Pero Tomasso era emprendedor y muy inquieto. Por esa época la Toscana empezó a hacerse famosa a escala internacional por sus vinos por lo que el curioso hijo de los Conti propuso a sus padres dedicar una parte del terreno a plantar viñas. Aceptaron el pasatiempo de su hijo con la condición de que no le distrajera de sus estudios de Derecho en Milán. Bárbara lo conoció ese verano, cuando empezaba con su viñedo y solo le quedaba un año para terminar sus estudios en la universidad. Nunca supo qué fue de su vida.

Olivia se separó del coche, miró a derecha e izquierda de la solitaria calle, y decidió dirigirse hacia la que le indicaba su teléfono móvil como más comercial. Caminó por el centro histórico como una turista más, observando todo lo que encontraba a su paso e imaginando a una joven Bárbara, soñadora y bellísima, caminando por esas mismas calles, seguramente más vacías de lo que ahora estaban.

Al llegar a una de las puertas de la muralla decidió que era hora de darse la vuelta y recuperar su coche antes de ir al hotel. Tuvo que hacer uso del GPS del móvil para desandar el camino realizado por una ruta diferente y poder conocer mejor la ciudad. En la esquina de la calle en la que estaba el coche aparcado le llamó la atención una bodega. No porque ella estuviera muy interesada en el vino en ese momento, sino por el nombre. Sobre la puerta estaba escrito: *Bodega Conti, vinos de Lucca.*

Entró por curiosidad sin intención de preguntar aún por Tomasso. Como buena reportera, primero debía conocer el terreno y saber dónde pisaba para luego hacer las preguntas oportunas una vez ganada la confianza del interlocutor elegido.

El local tenía las paredes cubiertas de botellas de vino desde el suelo hasta el techo, algunas de ellas sin etiquetar. Unas barricas decoraban el fondo y daban un olor peculiar, mezcla de cueva y uva, que invadió las fosas nasales de Olivia. En una esquina, tres

personas hablaban en voz baja y ella, por respeto, se quedó mirando las diferentes botellas de la pared sin interrumpirlos.

—¡Cuidado, *signorina*! —escuchó tras de sí al dar la vuelta a una de ellas para leer la etiqueta—. Pídame lo que desee pero no toque; no se puede tocar —insistió.

La severidad de las palabras le produjo malestar aunque, en el fondo, lo entendía. Se giró para enfrentar al que suponía era el dependiente cuando él ya estaba con la mano en la botella para colocarla de nuevo. Olivia se quedó sin habla al contemplar los ojos más bonitos que había visto nunca. O eso le pareció pues la bodega tenía una iluminación tenue para que la luz no afectara a los caldos, como aprendió más tarde.

—Disculpe. —Es lo único que Olivia fue capaz de decir.

—Si desea algo, la atiendo enseguida —dijo él—, acabo con estos clientes y regreso con usted.

—Solo miraba, gracias.

—De acuerdo, si necesita algo me llama.

El dependiente se dio la vuelta para volver con la pareja que esperaba para pagar su selección. A Olivia le costó dejar de mirarlo mientras se dirigía hacia la mesa que hacía las veces de mostrador y él se dio cuenta. Sus miradas se cruzaron y Olivia, que notaba como el calor subía a sus mejillas, se despidió rápidamente, total, no pensaba comprar nada.

—Mañana vuelvo que se me ha hecho tarde —dijo desde la puerta—, muchas gracias.

—Aquí estaremos —contestó el dependiente con una sonrisa en los labios. Ya sabía él lo que esa frase significaba: «no volveré». Y sería una pena, pensó, pues la chica le había causado buena impresión. La mirada, eso era lo que Tomasso recordaba de ella cuando se quedó solo.

Algo de razón tenía Olivia en su despedida. Empezaba a anochecer y no quería conducir hasta el hotel a oscuras sin conocer bien el camino. Ya que esas iban a ser sus primeras vacaciones desde hacía tiempo, decidió reservar en un hotel a la afueras que presumía de ser un oasis de paz. Además de ser una casa solariega rodeada de

campo, el lugar presumía de tener un *spa* maravilloso en el que solo utilizaban productos ecológicos y artesanales. Todo, también la comida del restaurante, provenía de productores locales fomentando así un trato más respetuoso con el campo y favoreciendo a la economía local. A Olivia le maravilló la web y tuvo una corazonada: decidió que no quería estar en otro lugar. Al menos no en el centro de una ciudad con los ruidos propios de la misma.

Aparcó en la zona donde vio otros coches estacionados, cerca de la puerta de entrada al edificio de piedra, apenas iluminado por dos farolas que simulaban ser antorchas. Con la maleta a rastras entró al hotel al que se accedía por un porche con vigas de madera y paredes de piedra vista por las que trepaban enredaderas hasta el techo.

—Su habitación es la 306. A la derecha tiene un pequeño ascensor —señaló la recepcionista que la atendió—. Si quiere cenar con nosotros le reservo una mesa.

—Sí, si es tan amable, estoy cansada del viaje y hoy me quedaré aquí.

—Perfecto. Le gustará. Nuestro cocinero es un entusiasta de las tradiciones y seguro que va a probar la mejor comida de la Toscana —sonreía al decirlo—. ¿A las nueve?

—Perfecto. En media hora estoy en el restaurante. Muchas gracias.

—Bienvenida. Espero que su estancia sea muy placentera, *signorina*.

La habitación no podía tener más encanto. Una cama *extra size* con dosel, un escritorio junto a la ventana, un espejo basculante con el marco de madera y una mecedora para leer o reflexionar al ritmo de su balanceo, que fue lo primero que Olivia estrenó tras colocar la ropa en el armario. Le quedaban diez minutos para ir a cenar, el tiempo justo para darse una ducha exprés que le quitara el cansancio del viaje, y ponerse ropa limpia y cómoda. Con unos *jeans* azules, una camisa blanca como las zapatillas deportivas y una chaqueta de lana en color ocre, bajó al restaurante.

Las demás mesas estaban ocupadas por parejas o grupos pequeños que la miraban con curiosidad. O así lo sintió Olivia, como cada vez que iba sola a cenar o de viaje. En pleno siglo veintiuno y la gente seguía extrañándose de ver a una mujer viajando sola. Se centró en la cena, una degustación de tres tipos de pasta diferentes después de una ensalada *capresse* con productos locales que estaba de escándalo. Con disimulo, rebañó con pan el resto del aceite de oliva mezclado con los restos del tomate y del queso. ¿Cómo es que nunca le pidieron un reportaje sobre la gastronomía Toscana? Después de haber escrito sobre las tradiciones culinarias más extrañas del mundo, la sencillez de lo que estaba probando la desconcertó. Ella siempre tuvo claro que no era necesario complicarse mucho en la cocina para deleitarse con un manjar si el producto era bueno.

Mientras comía aprovechó para consultar en su *tablet* la guía de Lucca que ella misma confeccionó a partir de la información disponible en Internet, y los datos de la familia de Tomasso.

En redes sociales encontró varios Conti de Lucca; parecía que la familia se había ramificado hacía siglos y no pudo averiguar a cuál de ellas pertenecía Tomasso. Tiró del hilo de los bodegueros por la insistencia de su abuela de que la viña era su prioridad. Aunque Bárbara le dijo que no quería saber nada del tema, respondía siempre a todo lo que su nieta le preguntaba. En una de esas conversaciones le contó más cosas sobre la finca de los Conti y comentó que sería muy extraño que Tomasso abandonara su sueño para dedicarse al comercio de muebles o a la arquitectura, que eran las ocupaciones principales de las otras ramas del apellido Conti. De lo que no estaba segura, porque nunca supo de él y en las cartas que su madre escondió no lo mencionaba, era de si le habían obligado a ejercer de abogado en Milán. Olivia descartó esa idea porque no encontró ningún despacho jurídico con el nombre de Tomasso Conti en toda la Toscana. Aunque podría haber emigrado o trabajar para otros.

—¿Desea postre? —preguntó la camarera sacando a Olivia de sus pensamientos. Levantó la mirada para contestar y se dio cuenta de cuánto tiempo llevaba enfrascada en su *tablet* sin mirar alrededor.

Tanto que no se había percatado de que el chico de la bodega estaba hablando con el cocinero del hotel en la entrada del restaurante. El bodeguero estaba apoyado en una pequeña barra aguantando el peso de una caja con el logo de Bodegas Conti.

—Tiramisú está bien —dijo al fin cuando la camarera terminó de recitar la carta de postres.

Quizá lo dijo muy alto porque provocó que el chico de la bodega se girara y cruzara la mirada con la de Olivia. Ella, de nuevo, se ruborizó y bajó la vista hacia la *tablet* como si no hubiera pasado nada.

Algo le decía que el chico se estaba acercando, de alguna manera lo notaba y sentía que sus mejillas se sonrojaban cada vez más. Una suave sombra sobre el mantel blanco le confirmó sus sospechas aunque en el fondo deseaba que fuera la camarera. Olivia no entendía esa reacción de su cuerpo. Levantó la cabeza y encontró los mismos ojos que descubrió en la Bodega Conti hacía unas pocas horas.

—*Signorina*, disculpe, mi nombre es Bruno —se presentó ofreciéndole la mano derecha mientras la izquierda la mantenía oculta tras la espalda. Olivia se la estrechó—. Nos hemos conocido en la bodega, ¿recuerdas?

—Sí, claro. Perdona que me haya ido así, tan de repente. No conocía el camino para llegar aquí y no quería hacerlo de noche —se excusó—. Por cierto, me llamo Olivia.

—Siempre me siento mal cuando no puedo atender a un cliente. Me gusta dedicarme a cada uno como si fuera único y dar a probar mis caldos. Por eso… —se movió para adelantar el brazo que mantenía escondido y mostró una botella—, me he permitido invitarte a un vino de postre que marida perfectamente con el Tiramisú que has pedido. Si no lo consideras un atrevimiento, claro.

—¡Oh! —dijo con sorpresa Olivia tapándose la boca con la mano —. ¡Qué detalle! Yo…

—Acéptelo que para Bruno los vinos son como los hijos —río la camarera que llegó en ese momento con el Tiramisú interrumpiendo a Olivia.

—Gracias. —Olivia se sentía abrumada. Llevaba muchas horas de viaje y el tratar con gente desconocida siempre le costaba. En su trabajo se preparaba mucho antes de entrevistar a alguien en los reportajes y era ella la que conducía la conversación. Cuando tenía que improvisar se bloqueaba, justo como empezaba a sentirse en ese momento. La camarera los dejó y eso hizo que se sintiera un poco mejor. Solo un poco.

—¿Buscabas algún vino en concreto? —siguió Bruno sin que Olivia se atreviera a probar el postre con él delante—. Mañana puedes volver y te preparo lo que necesites.

—La verdad, no entiendo nada de vinos —medio mintió pues sí era cierto que no le interesaban especialmente, pero algo tuvo que aprender para poder escribir sobre ello en sus reportajes—. Entré por curiosidad. Es una tienda preciosa —comentó sin decirle el verdadero motivo de su visita. Iría a la bodega de nuevo, seguro, pero preparándose antes para averiguar lo que necesitaba saber.

—Disfruta del postre con el vino dulce. Mi cuñado hace el mejor Tiramisú de Italia —rio—. Al menos de la Toscana.

—¿El chef es tu cuñado?

—Sí, Gianpaolo del Fresno. Y mi hermana —Bruno giró la cabeza y, al verla, la señaló— es la dueña del hotel. La que está apoyada en la puerta. ¿La ves?

—Claro. Es la que me ha atendido al llegar. ¿Sois hermanos? —repitió para sí.

—Así es. Perdona. Debes de estar deseando acabar el postre. Te espero mañana en la bodega y prometo atenderte enseguida. —Bruno le guiñó un ojo al decirlo antes de marcharse.

Olivia, después de despedirse, se quedó pensando en lo último que le dijo Bruno. Su mirada quedó perdida en el Tiramisú por el que casi jadea tras probarlo. La primera cucharada que se metió en la boca le produjo un placer tan efímero como intenso. La delicadeza del mascarpone, la esponjosidad del bizcocho… le sacaron un «mmmm» que cortó a tiempo, antes de que el resto de los clientes la miraran como a una loca. El sorbo del vino dulce no hizo más que ampliar los sabores que explotaron en su boca. Abrió los ojos y se dio cuenta de que Bruno la observaba desde lejos. Le devolvió una

sonrisa como agradecimiento al mejor postre que había tomado nunca.

(...)

Sigue leyendo aquí:



Gracias a mis lectoras cero Sarah, Ana y Pilar, y a mi correctora.

GRACIAS a ti por leerme

Gracias por acompañarme en el movimiento *feelgood*

❤️